

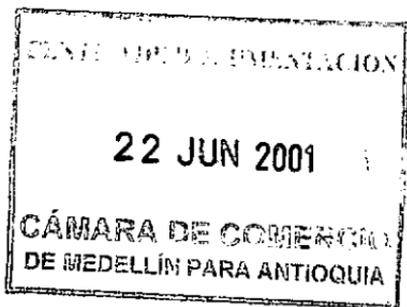
33 170 CA2)  
R436  
Ej. 3

MFW 13581

# Novillo suelto

## y otros cuentos

Juan Carlos Restrepo Rivas



# 1267 (CCCM)

- © Juan Carlos Restrepo Rivas
- © Fundación Cámara de Comercio de Medellín  
para la Investigación y la Cultura

Primera Edición, diciembre de 1998

Diseño, ilustración y portada: Juan Carlos Restrepo Rivas

Montaje electrónico: Ana Milena Gómez C.

Impresión: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

**RESTREPO RIVAS, JUAN CARLOS**

Novillo suelto y otros cuentos / JUAN CARLOS RESTREPO

RIVAS -1 ed.- Medellín: Fundación Cámara de Comercio de  
Medellín para la Investigación y la Cultura, 1998.

172 p.

Primer puesto, IV Concurso de Novela y Cuento Cámara de  
Comercio de Medellín

ISBN: 958-9221-27-0

1. CUENTOS POPULARES COLOMBIANOS. — Título

## Contenido

---

La zurda y las verduras

7

Fieras de tinta

33

Aura desposeída

49

Diadema de cocuyos

61

Novillo suelto

83

Ojos de sabaleta

119

El olor y la gata

135

Domadores en el puente

147

Un tren se va sobre los durmientes

159



## La zurda y las verduras

### Percusión de gel

**C**omo Mara también se disponía a ganar, lanzó los dados con la zurda sobre el quiebre del vidrio y allí se detuvo el tres. Si hubiese salido un doble, pero tiró el maldito dos y un uno, la patica de perra que no le alcanzaba a empujar sus fichas verdes hasta una piedra segura.

—Esta manicagada— se burló la tía y todos gozaron porque seguían vivos en el juego. Él sacudió vulgarmente los dados fastidiándola—. Te voy a enseñar a tocar la melodía del ganador.— Sonó el golpeteo, lanzó presadas, movió y se la comió con ese torito rojo; luego volvió a lanzar sintiéndose el triunfador y llegó preciso al cielo. Todos a pagar.

El teléfono de Tato no debería timbrar con ese ring-ring melcochero sino con el buen *wah-wah* a cinco ca-

nales o con ese grito Zeppelin de Robert Plant en "Perrero negro". Eso sí sería una llamada, pero le sonó el ring. —¿Te caigo en un rato?— le propuso Mara calculando el tiempo en las manecillas que le cortaban el pulso—. Vení que tengo un regalo— dijo él, (darle al cha-cha-chá). En el fondo de su voz se oían las cuerdas voraces de Zappa agitando la lentitud de aquel domingo vaciado de sol pegotudo. —De paso— le agregó —traeme verduras.— Y ella: —Me quedé sin cinco.

El cuñadito de mierda ganador del parque, no paraba de echarle encima su mirada de lobo hambriento mordiéndole los hombros, tal vez más. Ella pensaba <no le suelto ni media>. —¿Va a almorzar?— y quería decirle <se me quitaron las ganas>, pero le sacó el cuerpo con —no tengo tiempo—, disculpa de reloj sin cuerda. Él sabía que el tiempo de los domingos sobraba a borbotones.

Mientras el cuñado campaneaba con la cuchara, Mara le pidió unos pesos prestados a la tía que se embutía de chismes calientes. La tacaña digiriendo se ponía amplia: —Ya voy mijita. —Yo te doy esos pesos, que como gané—, le insinuó el mordelón que paraba las orejas antes de la sobremesa. Ella con mala cara —no gracias— y se puso a esperar que la vieja escurriera los platos. En el televisor, el ruido blanco rastrillaba la pantalla mientras la tía gorda le entregó unos billetes: —¿Ya vas para donde el melenudo? Manejate bien— como si ella no supiera manejarse. Lo decía con veneno y eso de que la virgen te acompañe, <virgen para que les cuide los carros a los choferes>, pensaría; —yo me cuido sola tía. Después te pago. Chao (gorda bocona)— y el cuñado lobezno que la mordía—: Chao—. (Que se haga la manoletina en público a lo Alice Cooper).

En la casa de Tato, Zappa seguía lamiéndose la mosca, cortando en tajadas sonoras el domingo. Ese sí que lo hacía con ganas.

## El jíbaro

Algunos vendedores ambulantes tienen más que cigarrillos, confites y chicles. Venden la verdura.

—Hey ¿tiene yerba?

—¿Cuántos va a llevar mi amor?

—Déme un paco— y señaló en la zurda dos falanges del índice.

—Le vale ocho pesos. Venga la plata que ya se lo traigo.

—Sueñe...— es que se largan con el billete y no vuelven; truco aprendido—. Yo espero con la plata (no suelto ni media).

El que menos aparenta vende la de Aranjuez, la de los Moncada de Tenche y de Papito o la Punto-Rojo de Sucre, que manda para más allá de la grandísima porra en dos pitazos. El jíbaro se fue donde el otro, quien guardaba la gruesa en un hueco a media cuadra. —Gócela mamita que está buena— y le entregó el taco, camuflado en una cajetilla como si hubiera comprado Marlboro. —Vuelva por aquí (puro veneno)— y cuando dio unos pasos, aparecieron ellos y el jíbaro se esfumó.

Ella sabía que algún día le iba a pasar esto. Se creía calmada pero se atemorizó con la cara del alto.

—Buenas tardes reina.— El bajito la intentó coger de gancho como si fueran a entrar a un circo viejo. Algunos de estos muchachitos uniformados son así, mani-

largos y antojados. Ella los fue a esquivar —¿Y no nos va a dar la propina?

—Usted tan buena y haciendo cosas malas— y el otro agregó—: Con esa carita de ángel hubiera pensado que es una virgen— (que la virgen te acompañe). Mara pisaba su cabeza de sombra (yo me cuido sola títa), mientras que al recostado de Tato nada le quitaba ese vicio y su tiempo de caucho lo alargaba dizque esperando que el éxito, fanfarronería que se tragan los trepadores egocéntricos, se topara de narices con él.

El par de verdes vieron la cajetilla gastada. —¿Me das un cigarrillo?— dijo el alto. Mara respiraba aceleradamente el aire de la tarde. El otro metió la mano, sacó la cajetilla y vio el envoltijo: —Huy qué cigarrillos tan raros (rraros). Es que las vírgenes deben fumar estos cirios pascuales ¿cierto cielito?— y miraron amenazantes alrededor (lobos en el infierno), procurando que nadie se entrometiera.

—¿Sabes qué es esto, esto, esto (*Delay*)?

—Picadura para pipa— dijo ella queriendo confundirlos ingenuamente y así intentando tapar con sus palabras ese boquete frío que se abría bajo el esternón.

—¿Te huele esto a pipa?— le dijo el espigado al otro.

—Yo huelo otra cosa.

—¿Oliste lo que yo olí?

—Creo que sí. No era pipa pero sí picadura.— El canijo preguntó tontamente—: ¿De la que pica duro?

—Yo también creo que es de la que pica más.

Mara nerviosamente los quiso convencer de que esa picadura era un remedio para untárselo a las papearas de la tía.

—¿Un remedio con eso?

—Sí, calma las paperas— y el más chico se agarró los testículos.

—Pero a ver con cuánto hace el remedio.— Así, el gigantón le metió la mano, le sacó la poca plata que le quedaba y le puso algo—. ¿Con ese otro envoltorio que lleva en el bolsillo?

—¿Cuál? (No tengo ni tiempo).

—Éste— y el pequeño sacó un fardo de papel con pepas Mándrax.

Ella oía su corazón en un estruendo y el brillo del sudor entre cejas le resplandecía.

—Eso no lo tenía, (manilargos).

—Resultó hasta mentirosa la doctora.

—Sí, salió payasa. Venga le cuento un chiste mi amor.— La agarró del reloj.

—Dejala en paz— dijo el alto—. A ver matasanos ¿cierto que estas pepas también curan la hemorroides?— y se puso el paquetico en el bolsillo de atrás del pantalón. (Métaselas por el culo).

Un par de improvisados deportistas domingueros pasaron sudorosos mordisqueando hasta el corazón, rodajas revejidas de piña, y siguieron.

—A ver malparidita— se alteró el retaco—. Vamos donde el administrador para quitarle esos calzones (caderona) y sacudirlos.— Por si cargas más de esa medicina— apuntó el alto.

Ella quiso dominarse. El brillo entreceja era gota de miel. —¿Cómo así?

—¿Cómo que cómo así? Pues que te vamos a inspeccionar la ropa por dentro, virgen inmaculada, por si cargas encima o adentro anti-paperas.— El bajito

estiró el brazo y bruscamente le puso el paco de hierba tapándole una fosa de la nariz a Mara—. Güelé güevona.

El otro se rió y preguntó que si no habían escuchado, que eso sí era poesía rimada.

—Virgen ¿conoces la estación Santa Teresa?, es colega tuya. Allí está el administrador (jefecito de mierda). Debe estar bravo porque los domingos se pone duro. Allí le van a temblar la boquita y las paperas.— El bajo se agarró abajo.

—¿Cómo así?

—Hay un hueco frío como detrás de las pantallas en las películas de cine — dijo el alto. (Hueco de Beatnik). ¿Le gusta el cine, flaca?

Ella quería hijueputearlos, pero acaso ¿no era tan inútil como moquear o sudar?

—Oiga sorda ¿le gusta el cine?

—Déjenme ir ¿qué quieren? No tengo plata.

—Es que no es asunto de plata (mijita). Ya tenemos algo. Nos diste un aporte voluntario hace poco— entonces el grandote se escarbó los bolsillos (y las güevas, ¡qué vicio!) y la miró. Le arrimó el bulto (gócelo mamita) y le dijo al oído con el tono suave que usaba el jíbaro—: ¿Te gusta el cine?

La gota cayó como si llorara (ruido blanco rastrollado en un televisor).

—¿Ya viste la película que dan en el teatro de allá?

—¿Cuál?,— soltó ella secamente.

—Ese junto al parque.— Allá vendían por costumbre, orgasmos fingidos de acetato y se llenaba los domingos con erecciones atajadas. En el parque, unos ni-

ños gritones comían chicles y chocolatinas. Tato estaba más allá de la grandísima porra.

—¿Cómo es que se llama la película que dan allá? —se preguntó el alto. Ella le hubiera dado mil nombres de películas para que la dejaran en paz, y el menudo martilló: —¿No sabe?

El enorme le hizo una seña al otro y como si fuera a lamerle el cuello a Mara, le dijo: —La película que dan allá se llama "Acuéstate conmigo y serás madre". — Ella le vio sus ojos brillando, idéntico que los de su cuñado en el juego (no le suelto ni media).

## Escaleras al cielo

Las nubes color bluyín desteñido filtraban la tarde. En la calle muy vacía, Mara pisó su cabeza de sombra yendo donde Tato (ido). Cruzó el sonido fluido de una quebrada. El timbre se oyó como Joe Cocker y sus perros rabiosos. Vio una silueta semidesnuda y deformada detrás del vidrio esmerilado de la puerta, (ruido blanco en esa pantalla). Era Tato sin camisa, con su sonrisa de agua burbujeante, su amable saludo apretándole las nalgas, estirando la lengua y tatuándole su abrazo que ella cortó de golpe.

—Quihubo Go (flaca sabrosa). ¿Qué pasó?

—Tus verduras se cocinaron.

—¿Qué?

—Pues que no vuelvo a hacerte ese mandado. "El que coma tierra, que cargue su terrón".

—¿Por qué?

—Fue que sencillamente me pescaron.

Él se puso la mano en la frente. —¿Y qué te hicieron?

Ella lo miró con un insulto guardado (yo me cuido sola). —La virgen no me acompañó.

—Sabes Go que tengo libertad condicional.

—Sí, ya sé que con vos todo es condicional. Pero no volveré a meterme a esa olla para conseguirte el viciecito cagado; chupate el dedo.

—Calmate flaca. Entrá que estoy trabajando con los muchachos.

—<No, tranquilo. Vine por el regalo no más, el que me prometiste y ya me voy> pensó, pero, con la insistencia amable de Tato, entró para verlos "trabajar".

Mara debía pasar los santos días en su empleo, con su *mood* hacia la máquina registradora del tiempo y sellar la hora de entrada al turno (*track*) en una cartulina verde con el apellido González, primero que su nombre (¿es un cuartel?) y un número que no quería aprenderse. Nunca había llegado tarde ni un minuto (*track*), nunca le habían dicho algo negativo sobre su rendimiento, porque nunca había sido bajo, ni le habían pedido explicación alguna por algo indebido. Todo era preciso y eficiente. Llevaba el deber a cuentas (*track*) (¿ejemplar?). Lo aprendió pegada a la maldita rutina, esa que gasta todas las cosas posibles. Y estos venerables peludos productores de lírica llamaban a su nota de domingo "trabajar", ensayos de laboratorio de desocupados empollando ruido disuelto (¿música?). Trabajo fue el que hizo Stravinski, o la Ionización de Varèse. Construcciones supremas. No esos sones junto al júbilo inmortal de un barrio pop, con esos griles nocturnos que sacudían alborotadamente puro chucu-chucu, sin el *wah-wah* de lujo de las auténticas guitarras blues.

Miró el reloj (ralentizaba). La caderona subió las escalas detrás del músico. Era una casa vieja con puerta nueva donde él montó su estudio, todo pagado apro-

vechando la simbiosis de su padre que veía por los ojos de su genial hijo artista (antojado). Había un patio desolado sin matas, una piecita con baño y un colchón (el polvorín), un taburete pintorreado, una cocina sucia y otro cuarto utilizado para ensayar esto y aquello. Allí Tato se creía un Dylan criollo, se ponía azogado con su Giannini y Mara se embelesaba mientras lo veía refulgente como si se tratara de un divino superhéroe venido del más allá (de la porra), y que cuando ponía a vibrar el aire, las furias de la mujer se iban diluyendo por el remolino de su ombligo, en armonía.

El estudio estaba forrado con cajas vacías para huevos, de pulpa reciclada y unos módulos de cartón corrugado. En perfecto orden estaba puesto un arsenal de instrumentos que serpeaban sus colas eléctricas en el piso, y micrófonos aquí y allá. Se saludó con los amigotes de Tato que lo adoraban más que mariconamente; lo veneraban y el hombre se inflaba como una santa rana tigre.

Ya unas notas se metían por la lengüeta de un saxofón, recorrían la masa invisible que penetraba hasta la médula y se posaba en el pabellón de Mara muy atenta, borrando el recuerdo verde y frenando el tiempo. Ella se quedó en la puerta del estudio, recostada. Tato les hizo una señal, se organizaron, afinaron y unieron el sonido a la tensión de sus pies descalzos golpeando el piso con frecuencia casi muda. Él vació el pulmón sobre una armónica que besó apasionadamente. Sus dedos se volvieron patas de araña rasgando la acústica de los hilos en su Giannini. ¡Qué carajos! Un blues es un blues, sin color ni lugar, y esta tribu de greñudos (perdón por las babas dichas antes) hacía música y se quería lucir. Tato sacudió la pierna como si Ian Anderson soplara su "Bourre" traveso mientras que con un gesto abierto de fiera tierna, lanzó su *feeling* hacia el caracol de Mara, que ya traía su ánimo azulado; entonces con

esa poética de los músicos, le dijo del regalo: —Esta canción para vos, flaca mía.

Bueno, no era precisamente la "Canción de amor" de Syd Barret, pero menos mal tampoco sonaba como el horroroso *track* de la máquina registradora de tiempo en la fábrica. Esto era algo y todos estaban vivos en el juego, y al viejo Syd se le acalambrarían los huesos oyéndolos, desde su paraíso perdido en el sanatorio.

Mara escuchó el torrente que le fluía. En otro lado, seguían dándole a la percusión de gel y seguían rodando besos de acetato sonorizado. Jimmy Hendrix encandilado vomitaba. Los lamparones de la luna *yankee* se asomaron y los ojos de la flaca florecieron en el abrazo musical de su greñudo sin camisa.

—¿Qué horas son?

—Éstas.— Ella mostró la mica de su reloj y todos arrinconaron los instrumentos. —Hablamos viejo,— decían unos—, suerte hermano—, y —listo, chao flaca—, hasta que se oyó un "maneja te bien", como si fuera la tía gorda. Frases aprendidas de unos a otros, repasadas por generaciones; pegadas. (Era un demonio lengüilargo el que se metía picante detrás de cualquier cara). Mientras Byron puso su bajo en un rincón, le lanzó una mirada lujuriosa a la caderona (caderona vení meneate), mirada idéntica a la de los verdes, (se la imaginaban *open*, o así) y se despidió babosamente de Tato. "Que la virgen te acompañe".

## Tirafuegos

No todos los días ocurre lo que debe ocurrir. Este domingo se gastaba rápidamente en las manecillas

percudidas. Tato rastrillaba sus dedos en la guitarra que abrazaba, siguiendo algún ritmo que rebotaba en su cabeza.

—¿Por qué no se me encarnan las notas en el tórax, si es que siempre toco sin camisa?— Mara no le entendió. Él quiso rozarla (goce mamita ese cha-cha-chá) y volviendo al recuerdo de la compra de verduras, ella lo esquivó. (Manilargos).

—¿Qué? Ahora no me vengás Go con que no tenés tiempo— le recalcó Tato.

—Hum, quien lo dice.

Él se aburría cuando lo eludían; sin embargo, sabía que la música, más que ligarlo a su flaca, podía unirlo con la comprensión al mundo entero. (Ínfulas de superioridad; delirio, le dicen).

—Vos sos tan indisciplinado que espero no se te vaya a secar el pozo. (Pica-duro).

Tato tenía el tic de no escuchar sermones; como todos los músicos, cerraba las compuertas de sus orejas cuando le venía en gana. Así que escuchó sólo lo que le convino. Mara González lo vio quedado (con su tiempo a borbotones) y puso el freno. Recordó una compra verde que le hizo el otro día. Sacó de la caja, donde su músico adorado guardaba las cuerdas de repuesto, una bolita de papel arrugado de cuaderno, rayada con las letras torpes en lapicero, tal vez de un niño y se la lanzó al colchón, furibunda. Él dejó de acariciar su Giannini.

—¿No te das cuenta que esto es una farsa? (Escupió candela). Yo comprándote porquerías, aguantando la mierda pública porque estés bien y vos, hipnotizado.

—Olvidé que tenía ese moño con chiruza.

—Lo olvidaste. ¡Claro! Se te exprimió el coco con ESO. Es que ESO es tu cuerda.— Las manecillas de su reloj estaban ecuatoriales.

—Mi cuerda es ésta...— y rasgó con brusquedad en su guitarra.

—Así estás por dentro— y la flaca cogió de nuevo la bolita arrugada.

Él se lo tomó a pecho esta vez. —Entonces ¿me la meto por el culo?

Mara ofuscada rompió el envoltijo, y junto con unas ramas secas y unas flores tostadas, salió el olor fresco de ESO, mentolado. El músico cogió la *cannabis*, haciendo una concavidad en la palma para que le sirviera como recipiente. Mara ensimismada. Con las yemas de los dedos, él comenzó a desmenuzar el contenido del moño roto, quitándole palitos y semillas verdegrises, hasta que el triturado tomó un aspecto suelto y limpio. Luego la puso a oler sus dedos dulces (güelélé). Ella le apuntó una mirada a sus ojos.

—Esto es una farsa— repitió. (Se le rayó el disco).

—Sí— respondió el hombre. —¿No te huele que los unos le echan cuentos a los otros y se los tragan enteros?— agregó mientras traía un *wicker*, un aparato del tamaño de sus dedos de guitarrista, y de un estuche sacó un papel cañuma.

—Me da flojera verte tan plumizo.

—Mírate al espejo Go. ¿Es que has ganado mucho? (Ruido blanco rastrillando esa pantalla).

—Deberías aprovechar tu talento antes de que esto te decapite mañana— señaló el contenido triturado.

—Eso, la música, es mi trabajo Go y se me mete hasta el fondo como ESTO, que me abre la conciencia.

—Dejá de hablar caca existencialista, que te siento ido.

—Y vos flaca, dejá esa moral beata. Estás como tu tía— y antes que reaccionara, Tato le suplicó—: Vení, vos sos la controladora de mis vuelos creativos. Vos te ponés erguida en la realidad, sólo estando. Es que tan sólo con ser así. Claro que mejor sin esa carepiedra, me anclás al piso, Maramusa.

—¿Mara-musa?— Ella se ablandó y supo que algo intenso la ataba a ese músico melenudo y que ella le daba cierto orden con su amor, y un control que lo encauzaba, sin atajarle sus impulsos. A lo mejor estaba en una trampa o este era un parangón que enfrentaban los seres libres. (Demonio lengüilargo). A lo mejor era todo una farsa, un juego. El tiempo... ese que lo diga. (Sueñen...).

Con las yemas, él cogió un poco de picadura que fue soltando lentamente en el canal donde estaba la cañuma, dentro del wicker. Ella conocía la forma de armar el pitillo en esa maquinita que le fascinaba.

—Dejá yo lo armo— y anotó—: Esto es cosa tuya—, entonces se quedó más tranquila. (Un solo de su mood). Cogió unas pinzas para ordenar la picadura, la distribuyó bien sobre el papel de arroz y la apretó. Cerró el aparato y puso a Tato para que con la punta de su lengua ensalivara el hilillo de goma del papel. Después jaló la banda de tela y por un maravilloso sistema a presión por movimiento, salió bien liado un tirafuegos más delgado que un lápiz. Ella puso otro papel, "verdura", ensalivó, jaló y listo. Tremendos "tabaquitos medicinales".

Él encendió uno de esos porros y su pieza comenzó a oler resinosa (pollo asado). Tato fumaba de un modo particular su chiruza: uniendo los dedos, hacía con las palmas una concavidad; el cigarrillo lo ponía al frente, entre el meñique de una mano y el índice de la otra (así

también se construye una ocarina con las manos) y pegaba a su boca los dedos pulgares que formaban unos labios con sus falanges. Así que besaba sus dedos chupando mientras que el humo atravesaba los cuencos de las manos para entrar a sus pulmones y a su torrente y al cerebro (fly Robin, fly).

Tato soltó sus palabras verdes como si besara la lengüeta de un saxofón virginal y así, muy Floyd, le dijo que ESO era un filtro para estabilizar sus impulsos, que ESO lo ponía más conectado a las cosas y a la vez más sublime y que el tiempo lo percibía deslizándose con una calma absoluta (chao títa). Que todo el asunto con ESO era para relajar el sistema nervioso, que se le ponía muy nervioso en el acelere de ciudad donde las rutinas se arrastraban a mil por hora, acelerándolo en las esquinas, tantas esquinas, tan iguales todas y juntas y tan ajenas y con esa gente andando fracturada (el quiebre del vidrio) sobre las vías, elípticas, sonando motores y mofles eșcupiendo monóxido. —¿Por qué las estrellas sí son mudas, y los párpados y los pétalos no se estrujan? —ESO, la música lo ponía así.

Mara guardó lo que quedó, en un frasco de té vacío. —Aquí queda la verdura, desmemoriado— y puso las nueve bellezas que armó con las cuerdas de repuesto—. Aquí las cuerdas que te dan tiempo—. Envolvió los restos de ramas y semillas en un papel y lo metió a la basura. —Tato, ¿cuánto hace que no sacás esta cochina basura?— Él respondió con la voz aspirada como cantando, que le hiciera un nudo a la bolsa, que mañana la sacaba.

Janis Joplin se rió después de que su voz acarició su alma en el pozo de la canción "Mercedes Benz". Así se taladró con placer el aire y atravesó el tiempo drogo. Pero un día esa voccecita de lágrima cayó y cayó hasta

que se rompió la dueña. Janis rota era un hada que en domingo aún cantaba hasta la eternidad.

## Cuidado con el hacha, Eugene

El olor aceitoso siguió revoloteando. Mara tragó un poco de humo "a lo pajarito", acercándose a la fuente que ardía y aspirando un poco la nube que Don Tiro de Chimenea soltaba y se puso a recoger cosas desordenadas (a otras les daba la risueña).

—Las vainas importantes como mi música, no las puedo dejar manar corriente abajo. Lo sé. Las voy a arri-mar a mi orilla y vivirlas.

—Sí, pero es que estás en la otra orilla.

—¿Acaso me hundo?

—No, porque estás volando— le agregó la controladora de sus vuelos.

Todo se puso como un reloj sin cuerda (¿y con el seis arriba?). La década apagaba los colores. Al fondo los carros rompían el silencio del pavimento, lijándolo. Ya las luces espabilaban en la bakelita del cielo. ¿Qué habría a esta hora en las casas de los otros? (Ruido blanco rastrillado en las ventanas). "Acualung mi amigo observa cómo corren las braguitas de volantes..."

—Me duele el tedio y saber que la fábrica encorva mis sueños. Me duele ver lo mismo y lo mismo y que no me atrevo a guillotinar ese aburrimiento. Soy Zurda y ya no creo que soporte más la bulla de dados que hace esa máquina para diestros que yo manejo. (Reloj de bruces).

Llegó un silencio que Tato aisló con música de fondo (blues), perdiendo las razones por el ojo oscuro con

pestañas encordadas de su Giannini. Afuera sonó una puerta vecina que cerraban. La noche acumulaba unas ganas bárbaras de decirle a todos los jefecitos del mundo que se fueran para la grandísima porra. El calor hizo que la flaca se quitara parte de su ropa y así, mientras su cuñadito de mierda bramaba a "su" señora que si ya estaba planchada la ropa para el otro día (lunes aserrado), y que si ya había tapado la jaula y regado las matas, y se disponía a ver el país fracturado en el noticiero de televisión (puro ruido blanco rastrillado), ella dijo: —Ya no sé cómo abrirme para seguir bregando en este plan que me han enseñado. Llevo años sorda a mí misma, desconectándome en cada cosa que dejo de hacer. Ahora es que estoy entendiendo que la vida es menos cuadrada que esa retícula en la que nos montamos, trabajando en fábricas (y los oficinistas en sus cubículos, y los funcionarios de... y más, *track*).— Él escuchaba. La dejó que soltara su *mood* y más ropa.

—Nos volvemos gente cuadrada que buscamos los rincones y en esos huecos nos deshacemos en tiestos ajenos, en productivas estadísticas, en números que no son de nuestro conteo, con teléfonos (si sonaran *wah-wah*) y tintos fríos, memorandos entrecortados como te-le-gra-mas, sillas prestadas y allí respirando aire artificial y metiendo las cabezas en ese *track* detestable del tiempo, taxímetro del sueldo que pasa (ya endeudado) apretándonos el cuello (*track*) hasta que escupamos cascajo al menudeo que no sirve para ahorrar sueños (manecillas en contravía).

—Tenés razón —siguió—, esta vida y todo afuera son poses, es una maroma que se revienta en la cortesía mediocre de llamar a la gente con títulos, "sígase doctor, ¿qué se va a tomar jefecito?" (Cicutu, bien pueda). Ya no aguanto sus lociones y sus corbatas y escarpelas de escudos. Me pagan tan poco por tanto voleo

(¿no me va a dar la propina?) Que venga para acá, que hágame eso limpio y más rápido, que no estoy, sáque-me algún cuento convincente y mentir sus incompetencias de mandos medios, y encima sonreírles amablemente, (máscara de mimo pintada con hiel). Gracias don Baboso (¿te gusta el cine reinita?), muchas gracias, ¿me puedo ir ya doctor? (Se quitó el reloj). Pues claro que me puedo largar cuando yo lo quiera. ¿Quién inventaría la puta rutina del trabajo? ¿Se la calcaron a la naturaleza?

Tato agarró el asunto y dijo:— El trabajo así es seguirle el ritmo a otra onda en una máquina entamborada de partituras ajenas.— Entonces se encendió un tirafuegos que parecía una chicharra tostada y aceitosa. La mejor música para el momento hubiera sido esa impactante que tiene un ritmo pausado y que trepa despacio, se llama "Cuidado con el hacha, Eugene", de Roger Waters que sobrecoge por el alarido desgarrador: el hacha, el grito, Eugene... y se huele la sangre. Chupó fuerte (tiro alto). Mara a lo pajarito continuó sentada en el colchón (caderoncita).

—No has visto Tato ¿cómo son de "queridos" todos cuando posan en sus trabajos?

—Sí, se aferran como loros cagados a sus estacas— y se cuclilló.

Mara cogió el pucho como si fuera un lápiz muy corto y suponiendo que el pecho de Tato fuera un papel, se lo acercó actuando.

—¿Cuál es su nombre?

—Tales de Mileto— le jugueteó él.

—Usted don Tales, ¿qué experiencia tiene o posee?

—Que estoy vivo hace rato.

—¿Cuánto nos va a valer su tiempo, don?— y casi lo quema cuando él respondió:

—No tengo tiempo. ¿Tú lo tienes?

Le acercó el cachito a los labios, él jalonó el humo y se lo guardó. Luego lo soltó mirando el cielorraso que le parecía una noche con estrellas fosforescentes. Para ella esa noche era un acetato de cine que se quemaba en la proyección.

## **Insectos bucólicos**

Don Tales le tapó la boca a ella con su saliva lírica (una novia que va a chillar es un martirio chino), la apretujó contra su cuerpo y le dijo que todos somos como perros que avanzamos o retrocedemos, según si llegá-bamos a formar en los ojos un pan o un garrote. (Creo que lo leyó de un libro sobre la necesidad del arte).

—Sí, eso de que los unos mascan cuentos reencau-chados por otros, ya lo creo Tato.

—Ya Go, deja de tirarte azotes (Opus pus) tan du-ros, que desde aquí escucho los golpes y a mí también me duelen— y el músico le arrimó el oído entre sus senos que brillaron hermosos cuando los acarició (que-maban). La Giannini era un cuerpo dejado a un lado.

Los carros laxos flotaban en un ritmo de King Crimson. Las hormigas encarnadas le visitaron los pe-zones y el hombre de Mileto se ofrecía eréctil. Ella des-pegó su lengua de un beso, se lamió la palma de la mano zurda con abundante saliva, le rozó el miembro suave-mente, untándolo de su sustancia (como ají) y más le gustó su dureza. Luego volvió a mojarse la mano con la saliva lírica del músico y se abrió las ganas con dos de-

dos, lubricándose. Entonces un dedo exploró y la lengua de Tato se hundió en el terciopelo entre piernas de la flaca (la que los hombres lobos deseaban). Ella le dio una chupada suave al ombligo y se lanzó corriente abajo, mordelona, a su nutritiva bragueta para tocar saxo en su sexo. Le untó su boquita de miel carnal y ubicándolo en su punto clave, él se deslizó entrando en ella sin dolor, moldeándose (cha-cha-chá) en la rompeolas, habiéndose y estiraron sus cuerpos en el amor. (El tiempo sobraba a borbotones).

No se dijeron nada durante un rato. Lo infinitesimal de las respiraciones se ensanchó titánico. Ella miró la hora por allá (manecillas juntas).

—¿Por qué no ponés música? Tal vez le coja el *swing* a otro empleo.

El músico se incorporó y desató la lengua: —Estamos rodeados de cúpulas y son vitrales. Las miramos desde adentro. Son grandes y desde adentro las veo cóncavas y se estampan sus reflejos en nuestros cuerpos. Quisiera estar en un campo verde y abierto, en una llanura inacabada, contigo.

—Vámonos de este cuento— dijo Mara (blues).

Tato cogió su guitarra Giannini y le sacó una música de insectos bucólicos. Las notas de tibias gelatinas rebotaban aliviadas entre el tiempo derretido como espermias y el *wah-wah* que soltaba, los catapultaba al paraíso. (Hello Mr. Zappa). Tato agarró una patica tostada de bareta y se la fumó y siguió tocando su guitarra (¿un pozo o parte de su cuerpo?)

—Mejor te puedo enseñar a tocar.

—Vos sabés que soy zurda (manicagada).

—Zurdos— dijo él—, raza aparte que les da furia social—; y agregó—: tocar es tan simple como un juego de parqués. Cuando se gana, te lleva al cielo. Ayúdame le volteamos las cuerdas a la guitarra.

—Enseñame mi canción— dijo Mara.

—Hay tiempo a borbotones.



## Glosario

- Bareta:** Cigarrillo de marihuana.
- Cannabis:** Cannabis Sativa. Planta con sustancias narcóticas, vulgarmente llamada marihuana.
- Cañuma:** Papel de arroz para liar cigarrillos.
- Chiruzá:** Cigarrillo de marihuana. Sinónimos: bareta, varillo, cacho, porro, pitillo.
- Drogo:** Drogado.
- Mándrax:** Pastilla narcótica. Deriva el nombre de su color mandarina.
- Olla:** Sitio peligroso.
- Paco:** Cantidad de marihuana empacada.
- Parqués:** Parchís, parchesi. Juego que se hace sobre un tablero dividido en casillas, por donde han de pasar las fichas de los jugadores.
- Pata / Patica:** Último fragmento del cigarrillo de marihuana.
- Pepa:** Pastilla, droga.
- Pitazo:** Fumada corta y rápida de droga.
- Porra:** "La porra" es un lugar imaginario que se indica como muy lejos.
- Porro:** Cigarrillo de marihuana.

- Presadas:** Doble. Cuando los dados lanzados quedan con el mismo número.
- Tirafuegos:** Cigarrillo.
- Torito:** En un juego de parqués (parchís o parchesi), última ficha de un jugador para entrar al "cielo".

## Extranjerismos

- Beatnik:** Movimiento literario de los años 60, que promulgaba libertad sexual y el uso drogas.
- Ciao, *Chao*:** Adiós.
- Delay:** Dilatado, lento y tardío. En tal sentido se entiende, aplicado al sonido.
- Feeling:** Sentimiento, emoción.
- Giannini:** Marca de una guitarra acústica.
- Grill:** Estadero con parrillada. Bar. Discoteca.
- Mood:** Humor, temperamento.
- Open:** Abierto.
- Swing:** Movimiento rítmico, oscilación.
- Track:** Registro, marca. Onomatopeya para golpe de sello o mordida.

- Wah-wah:** Onomatopeya. Técnica de dominar las cuerdas en una guitarra, impuesta por Jimmy Hendrix.
- Wicker:** Máquina para enrollar, envolver una cosa en forma de rollo.
- Yankee:** Indio norteamericano.



## Fieras de tinta

**E**l siniestro mundo de la maldad se estremeció, ante el poder infinito de esos dibujos impresos en las revistas populares. El Nato Padilla siguió pegado a la historieta de Arandú. Cuando volteó la página con lentitud, ahí apareció el grande, el desollador negro con su trapo amarrado en la cabeza.

—¿Iba Shrho et Malenco? (¿Quién llamó al General Malenco?)

La esclava Kandara besó la mano de su amo sumisamente y se arrodilló al borde de la hoja, ofreciéndole el sacrificio del guerrero Arandú, su víctima de turno:

—¡Oh, Shrho Malenco! ¡Iz añet Kandara iq dorer! (¡Oh, gran Malenco! ¡Tu fiel Kandara te saluda!)— y siguió haciendo su ofrenda: —Ako loe simrra kwormos (Aquí tienes a tu víctima).— Ella sabía que el grande era un sanguinario y le temía, traicioneramente...

Por fuera de los cuerpos y las bestias de papel, la fuente del parque hacía flotar invertidos los edificios y

los árboles, con el tranquilo tedio de siempre, que sabía aprovechar Tícher, el revistero.

El Ñato, uno de esos desempleados que ya no buscan empleo, más que cautivo a las hazañas de "el príncipe de la selva", estaba atado al gesto enérgico de la esclava Kandara, esa negrota en bikini y con turbante, seduciéndolo desde las páginas. En el parque, el hombrecito naufragaba con frecuencia en ese mar de tintasal de las diminutas revistas alquiladas a Tícher, de donde emergían historietas en formas de fieras al ataque de sus ojos, horqueteándose en el cuello, doblegándolo y así, evadiéndose del mundo, que pasaba tan rápido como la gente y sus afanes.

Para leer, el Ñato se estiró en una banca de cemento del parque, lavada con besos, mientras que las sombras de los árboles en ese bosque ciudadano acecharon con fiereza, clavándose en su espalda como la daga de Tarzán, o como el poder absoluto del prócer de bronce que vigilaba las fechas idas, untado de rila de palomas en su coronilla.

Tícher el revistero le alquilaba historietas al Ñato, que así ajustaba sus días de balde. Decía que en las revistas también se aprendía de la vida. Tícher era un viejo que lo tenía todo para sostenerse con su negocio ambulante, recostado en la franja del rebusque. Del cajón de madera, que era la bodega de las revistas, salía un parapeto de cañabrava para exhibirlas y alquilarlas. La chaza era muy distinta a las minifábricas informales de churros o solteritas, arraigadas como callos en las calles, repletas de colorines y de estampas sagradas y profanas. Ese cajón era un depósito de gestas de tinta, reemplazando fugas encarnadas, que a veces producía dolor.

Por ese parque, los empleados cruzaban en una procesión arrastrando sus colas plumizas de lagartos, huyendo del trabajo. También se asoleaban los jubilados, que entre la lectura de sus fastidios y de alguna fotonovela, se ponían a criticar el andar trasegado de las colegialas que envolvían sus culitos en uniformes cuadriculados. Su clientela además se componía de camajanes que alquilaban clítoris de papel brillante, embetunadores esperando cueros sucios y gentes del sector que se escapaban de sus arenas movedizas, para leer algo. Y entre varios clientes, el Ñato seguía apun-tando su nariz a un enorme estelodonte que apareció, saliéndose del cajón del dibujo, comandado por el gran Shrho Malenco.

—¡Wolo amhto! (¡Carne blanca!), ¡Is wokmerc! (¡Al ataque!)

Entonces Arandú, diestro en el manejo de la lanza, la tiró rápidamente iziinn! haciendo un blanco perfecto en el ojo del animal leído, allá, sangrando color siena. ¡Fue terrible lo que sucedió! El Ñato no pudo apartarse de las destrezas de Arandú y siguió leyendo lo trágico de la situación.

La tarde se llenó de trozos de hierro caliente en la cima del picacho. Tícher cerró el negocio y se alistó para irse. La hora se la dieron los que salieron del teatro al frente, que anunciaba con gigantes de vinilo chorreado, guerras de acetato.

—Ya voy, ya voy Tícher. Me falta un poco— y Padilla acercó más la nariz a la revista.

El viejo dueño de las historias de papel para arren-dar, llevaba en uno de sus hombros una ruana gastada

como cobija, doblada impecablemente. Usaba sombrero y movía su cuerpo encorvado hacia un lado. Estaba en una silla de ruedas-triciclo, un aparato híbrido y lento, lleno de soldadura, con dos ruedas laterales, y una llanta de cicla encadenada a la fuerza de dos pedales de mano. Los pies del viejo eran un par de muñones forrados en cuero embetunado, con gruesas suelas de trozos de llanta con remaches. Con el hombre que alquilaba revistas, apareció una muchachita.

—Vamos, que tengo hambre— dijo ella.

El Ñato Padilla siguió pegado a la lectura, arqueado como un pecado mortal. Él apenas se había dado cuenta del azul pesado que creció en el aire, y antes de anoecer, esa muchachita nueva comenzó a guardar las últimas revistas en el cajón. El hombre por fin paró de leer.

—Nos vamos ya señor— le dijo ella, impacientemente.

—No he terminado.

—Después, después— y ella estiró la mano acosando un poco.

La mujercita lo desenchufó de la revista para irse con su tío, el dueño del negocio rodante. El Ñato salió bruscamente de las garras del animal de Malenco, que ocupaba media página, ¡amenazante! La miró a sus ojos y de pronto se le transformó el rostro de inconcluso lector, en un ferviente admirador; porque ella tenía una tez, que en su belleza, borró las ansiedades ocultas del Ñato, que se le iban como sueños, que se lo llevaban deslizándose hacia otro mundo; esa cara lo desahogó más que los gimoteos de tinta seca, calcados a sus deseos, más que todo lo que la muda realidad de afuera le gritaba en vano.

El Ñato dejó en suspenso la lectura de aquella historieta de la bestia y la negrota Kandara, que tenía los ojos menguados, como esta bella muchachita. Entregó la revista y se esculcó el bolsillo. Sacó dos monedas para el pago.

—Es mucho— dijo ella con su vocecita adosada, y tomó una moneda de las ofrecidas, empuñándola como un obsequio. Luego dijo: —Le presto una revista y mañana me la paga.

—Déjeme la de Arandú.

—Es que esa la tengo comprometida— aclaró ella.

El Ñato insistió en saber qué era lo que seguía con Kandara, la del bikini rojo en la portada, y no la pudo convencer para llevarse la revista de El príncipe de la selva. Tícher sacó una buena publicación a color, de Tarzán. Mientras soltó con destreza el parapeto de caña y cerró el cajón ambulante, le dijo: —¡Es mandoncita! Lévese a Tarzán que no se la cobro; es una encima. Y la sobrina —señalándola con los ojos—, no le conviene; tiene su carnicero.

Dentro de la piel del Ñato comenzó a hervir un animal salvaje que le atrapó el corazón de víctima suelta, y se lo escurrió, mientras que las nubes de la noche le mordían con desespero el ombligo a las montañas, inmutables.

Ella puso a rodar el cajón, empujándolo por la avenida. Tícher pedaleó su despedida, yéndose con ella. —Mañana puede seguir leyendo la de Arandú; le sale gratis porque ya la pagó.

Padilla se tragó ese cuento y quedó debajo de los árboles del parque, como ido, con una fiera extraña revolcándole las tripas, tasajeándole los trozos de la car-

ne del deseo, como en una carnicería. De pronto, se agitaron las ramas mientras que las hojas de la revista de Tarzán abrieron sus mandíbulas llenas de color con el temblor del dibujante.

—¡Ay, la peste!

—¡Oh!

Tarzán lanzó un ruido colgado desde la página anterior: ¡Rass, rass!

—Indaga Cooke.

—¡No!, me contagio.

—¡Ve!

Cooke se alejó.

<Está en mi poder>, pensó Tarzán entre burbujas, mientras que con una palmada al anca, puso a correr una cebrá. Cooke se asustó más. El pillo corrió también.

—¡Auxilio!

—¡Cooke, vámonos de aquí!

Volteando la hoja, seguían asustados.

—¡Búscalos! Si no lo ves, ve al campamento.

—¡Sí!

Padilla recordó a la auxiliar de Tícher y enrolló la revista que tenía a Korak, el hijo de Tarzán, en la contraportada, sintiendo unas ganas incontenibles de ir tras ella. (Acción retardada).

Se quedó como un poste, hasta que pasó esa maldita buseta destartalada, haciendo mucha bulla con sus frenos de aire. Subió y pagó con la moneda que

aún tenía. Venía con algunos puestos vacíos. ¡Milagro!

Ya iban por la avenida, atravesando la ciudad, yendo para el centro. Él se movió como Chita, agarrado del tubo de la buseta, hasta el fondo, y allí aplastado, la baba de las fachadas le lamió la ventanilla. Así que el hombre mono atacó desde las ramas de un árbol y gritó en mayúsculas: —¡KRIGA!

—¡Eh! (¡Zas!)

Cooke lanzó un aullido increíble que resonó en una mancha cian, que era la selva. La pantera soltó su presa aterrorizada y se volvió furiosa. La fuerza del hombre se midió con la de la fiera y Tarzán logró hundir su daga en el animal descomunal, que con su negrura, hizo silueta en el fondo de un cielo sangrado. Él, sobre el felino muerto, quieto para el efecto, emitió su grito de victoria: —¡Ahahahahaaa!

El simio de piel blanca, ese "Rey de los monos" de Rice Borroughs, se internó otra vez en la selva, sin decir una sola palabra, como atravesando un ventanal, el de atrás de la buseta, donde había una felina de un material adhesivo y reflectivo, congelada en el ataque, igual que una portada de Mawa, la reina de la selva hindú, cubierta con piel de jaguar.

¿Por dónde iba esa buseta? Sentado en la banca de los músicos, buscó con hambre hacia afuera, y no halló al revistero y a la muchachita. En la avenida se rastrilló una bolsa de rayas, atravesada como una gata de plástico y aire. El Nato se fue de viaje en la modorra que le dio una luz roja hipnotizante, que se soltó junto a los espejos. Por el techo de "la nave del olvido", a través de una claraboya, se filtró el color del alumbrado callejero, pes-

tañeando. Oyó los sones de La Sonora, mientras que se transportó en el sopor de los saludos que la emisora dijo a quienes llamaron para reportar audiencia. Padilla se asomó buscando a la niña que lo llevaba imantado. La buseta resbaló de cuadra en cuadra, recogiendo más gente, resoplando con los frenos y los timbales de Tito. Llegaron al puente por donde el río de mercurio atraviesa la ciudad de sur a norte partiéndola como una herida. A ese vertedero de mierda, lo cruza todo el día y toda la noche, una corriente de ciudadanos adormecidos. Padilla comenzó a creer que la buseta se parecía a un catafalco, y que se internaba con esos forasteros por la avenida del castillo, hundiéndose en una revista negra, hacia una poterna, desapareciendo la ciudad como por arte de encantamiento. Sentado junto al Ñato, un tipo con la chivera del Doctor Mortis le sonrió con una mueca que lo desfiguró, al tomar del asiento dos paquetes muy extraños, unidos por conductos a su cuerpo. Se los ofreció a Padilla.

—¿Qué son esas bolsas?

—Son cascós traslativos.

El Ñato recorrió con la mirada el interior del vehículo que semejava un laboratorio preñado de efluvios malignos. Los ojos de la felina en el ventanal de atrás resplandecían. En parte impulsado por la curiosidad, en parte llevado por una fuerza que emanaba de algún rincón, parecía que se había anulado su voluntad. Así que Padilla se puso aquel artefacto para comunicarse con Tícher y con la hembrita mandoncita, perfectamente conservados en su corto sueño, por un sistema de frigorización en ataúdes, del tamaño del cajón rodante de las revistas. Sólo tres cuabras se demoraría Mortis para transplantar el cerebro del incauto Padilla en el cráneo de Alexandra Caligari, la personalidad oculta de la perversa sobrina del espía deforme. Pero solamente tres cuabras le duró esa sensación de punzón en la cabeza, que

pareció meterse en todo su ser, porque, el destino quiso que la buseta donde viajaba el Ñato, se topara con una carreta jalonada por un caballo flaco y un caballero con perrito, que lo sacó, herido por los ladridos punzantes de la fiera peluda, de aquella transfusión, isalvándose, despertándose!

Zonzo, tocó el timbre apresurado y debió esperar un poco hasta que el chofer paró donde le vino en gana. Mientras que la bestia reflectiva rugió por el exosto, él se devolvió a pie por un sector de no muy buena reputación, donde las paredes y los carteles lloraban lágrimas de mancha y de descuido; por allí siguió buscando el rastro de su deseo que destelleaba en unos ojos menguados. La gente pasó laxa escupiendo sus aburrimientos contra los zócalos de las prenderías y de los bares llenos de espejos, oliendo a miasos y a pinol, mientras que Padilla arrastró su búsqueda en ese río espeso con el color petróleo crudo. Hasta que emergió un indicio: era el ruido de rodachines con balineras. Volteó y por allí cerca pasaron varios cajones ambulantes. El sitio olía a pesebrera. Husmeó, y en ese convoy iba el revistero. Brilló la cara enlunada de la muchacha que se le parecía a Kandara, la del bikini rojo, pero más pequeña y con la misma mirada felina y sigilosa. Se acercó. El Tícher se extrañó con el Ñato.

Los ojos azules de Padilla, como los de Arandú (sólo en la portada porque dentro de la revista eran cafés), chocaron con la bella jovencita por unos instantes y él disimuló su afán torpe.

—¿Qué quieres, hombre? Vienes sudando— interpuso Tícher.

El Ñato los miró ruborizado y le suplicó al viejo: —Préstame a Arandú o me cuentas el final— no dijo nada de la mujercita.

Extrañado pero simpaticón, Tícher se acercó a la auxiliar. Ella movió la cabeza, y se la prestaron.

Ahora Padilla pudo seguir su cuento y devolvió a Tazán con un tímido "gracias" entre dientes. El hombre, ansioso, abrió rápido la revista de Arandú, el príncipe de la selva, para camuflar sus intenciones en la página (Resumen: sorprendido en una trampa hecha por Kandara, Arandú iba a ser devorado por un estelodonte herido en un ojo, comandado por el General Malenco).

—¡Me arrancará la cabeza!— gritó Arandú. Entonces el fétido vaho de la bestia tuerta, como un paralizante, envolvió al príncipe de la selva. En el último momento, el guerrero sacó fuerzas y desafió al animal y al General Malenco.

—¡Toma monstruo infernal! ¡Shack! —Chorreó sangre de tinta. Sintióse herida, la fiera giró lanzando un brutal coletazo. ¡Splas! ¡Cuidado, el monstruo regresa! ¡Hup! Volteó en el aire y se fue a otro cuadro en la siguiente página. Ahí, ese reptil gigantesco que hundía a su víctima, cayó sobre su enemigo, el guerrero pisoteado en el fango.

—¡Je! ¡Loter irk amortken! ¡Je!, ¡somos grandes guerreros!— dijo Shrho Malenco.

Kandara, en la revista, no aparecía por ningún lado, con sus ojazos. Ya el Ñato se estaba quedando sin fuerzas, casi aniquilado por el encuentro.

En eso, llegó un tipo con delantal blanco de carnicería, salpicado de sangre y con un trapo amarrado en la cabeza, sobre una bicicleta pesada con parrilla enorme adelante. Se bajó y puso su vehículo en equilibrio,

sostenido por un marco de tubo que le sirvió de gato. Al Ñato Padilla aquel tipo se le pareció a Shrho Malenco. El carnicero saludó y el Ñato leyó en los ojos de la muchachita: "¡Oh, Shrho Malenco! ¡Iz añet Kandara iq dorer! (¡Oh, gran Malenco! ¡Tu fiel Kandara te saluda!)". Luego, el negro fortachón fue a la esquina, hasta un local con una vitrina rectangular del tamaño de una pecera, donde se arrinconaba un morro de empanadas calientes, con sus aletas apretadas por los dedos de la cocinera, flaca sudorosa y buena. Al lado de esos peces amarillos, había cuatro buñuelos tan grandes como naranjas enormes y del mismo color. La flaca despachó el pedido del carnicero en una bolsa kraft, con el sello de un indio emplumado en la cabeza, parecido al héroe Turok, el guerrero de piedra de otra historieta. La manteca comestible fue poniendo la bolsa de un semitransparente color terroso. El carnicero entregó el paquete a la muchachita. Ella le ofreció una empanada al Ñato que aceptó, soplándola y ella cortésmente le reclamó la revista ya leída de Arandú, carcomida de sudor, para dársela al carnicero sonriéndole coquetamente.

En la revista que metió el carnicero en el bolsillo de su delantal, Kandara, con los ojos de la niña, se había ocultado tras unos árboles. Esa mulata (de bikini rojo en la portada) quería palparle los duros brazos a Arandú, herido y embarrado. Lo soltó, pero Malenco la dominaba. —¡Mer Ju! (¡Serás mía!) El Ñato se estremeció recordando lo que una vez Kalimán le había dicho a Solín, cuando lo rescató de un fango que se lo quería tragar: "Nunca debes pensar en lo que pudo haber sucedido, sino en lo que sucedió, para actuar".

Los carros pasaban de afán. El río podrido seguía vertiendo su olor rancio. La muchachita masticó un buñuelo y contempló el mordisco. El clima se venía in-

flando muy caliente. Ella guardó el resto en la bolsa que ya estaba untada de parches, como la piel del estelodonte.

Ahora, ellos eran siluetas rodando en el río duro y no muy manso del pavimento. Mientras que las horas irrecuperables se escondieron en las esquinas, alguien inventado por la fe se asomó allá arriba para leerles los destinos, que eran como historietas.

Padilla no dominó la dulce sensación que le causó la presencia de aquella chiquilla y disimuló con marcada excitación en los ojos. Pero el carnicero también los acompañó, echándole cuentos a la muchachita, desollando al Ñato en asuntos de detalles para la conquista de un amorío. La voz del carnicero no retumbaba como la vozarrona de Malenco el grande, sino que era suave y acariciante como la de Kalimán. En su tono no había celos ni rencor, sólo cariño para ella, que al oírlo, sintió que desfallecía para seguir recostada al cajón rodante de las revistas. Tícher había dejado de pedalear su silla de ruedas-triciclo, para comerse la empanada, mientras que el Ñato lo venía empujando sin mucho esfuerzo.

La voz del carnicero compitió con el juego de las miradas que el Ñato le lanzó a la muchachita y que no dieron en el blanco, porque pulgada a pulgada, los profundos ojos de la hermosa mulata recorrían el cuerpo del carnicero, palpándolo.

—Kwizto uka ewokmer (Este hombre me gusta).

La noche caliente se pegó a la columna de Padilla y le dio una sed enorme; sed de arriba llamada beso. El resto del cuerpo en bochorno, envolvió sus ganas que se perdían en un túnel (como la poterna del Doc-

tor Mortis). La mujercita no se despegaba del carnicero y dejó fluir sus ojos menguados (igual a los de Kandara), hasta el deseo vivo y atajado del Ñato. Todo comenzó a pesarle entre sus nuevos afanes, cuando los vio agarrados de las lenguas, y ya aquello no encajaba en sus ganas, que rodaron. El Ñato Padilla dejó de empujar a Tícher y se apartó de aquel encuentro. Tícher siguió pedaleando, muy fresco; masticaba bueno. Padilla vio que esa muchachita aún sin senos, ya sabía besar como una mujer grande. Ella tan pequeña, se aferró a los labios del carnicero, hombre duro en su apariencia. Ese beso fue como sentir un zarpazo de la felina de la buseta, que ya retornaba, marcándolo en el pecho; fue como si Tarzán se le lanzara con su grito de guerra ¡KRIGA!, y le apuñalara el corazón; como la flecha de Arandú hundiéndose en el ojo del estelodonte furioso.

La muchachita siguió besando a Malenco, el desollador negro, que chupaba y tenía los párpados cerrados. La calle se puso dura y ella le lamió la lengua a su hombre, mirando a Padilla, que se internó con sus ganas vivas en el bosque, vulnerable ante las fieras, plagado de fangos y arenas movedizas.

—¡Eukow ulowa tkarzlo Kandara! (¡Será un plati-  
llo digno para Kandara!)

Juntos, Tícher pedaleando y el carnicero con la muchachita, atravesaron la noche como almas en pena, arrastrando las ciclas y el cajón rodante, calle abajo, empujando ese sonido prolongado de las ruedas, antes de comenzar un toque de queda voluntario, mientras que Arandú, el príncipe de la selva, se fue estremecido para un nuevo capítulo, en otra entrega, dando la espalda a la lujuriosa debilidad de Kandara.

**İz aňeço Kandara iğ furmos! (İTu desertora  
Kandara se alejal)**





## Aura desposeída

**P**ocas veces entré en contacto con los viajeros. Mi empleo de tintorero los atraía hasta mi refugio de vidrio, que parece una plaza pública abierta a los ojos de ellos y a sus lentes fotográficos y de video.

Paralelo a la calle que se empina hasta perderse en una nube de arenisca, se alargan interminablemente las fachadas transparentes del vecindario. Las casas como cajones, tienen las entradas a la altura de los chorros yodados que sueltan los postes en las noches. Para llegar a las puertas de las casas se debe ascender por escalerillas de madera, parecidas por su flacura y en su ángulo, a las de las embarcaciones llenas de turistas que atracan en los muelles. Allá, un grupo de palmeras en fila alarga sus sombras hasta la última pieza de las casas, que juntas se muestran hacia afuera, desde los balcones donde se cuelgan a secar los trapos de colores con los que se confeccionan los uniformes.

Nuestro oficio y nuestros actos se notan desde cualquier lado de donde nos miren. Los movimientos y los gestos encapsulados dentro de nuestros recintos, de esta

ciudad con paredes, pisos y techos de vidrios frágiles, han quedado registrados en prestigiosas revistas o documentales, o en videos caseros, por montones. La *Ley de Tour* hace que todos los visitantes puedan ver nuestros actos privados. Se puede saber qué hacen los vecinos detrás de los trapos colgados de los balcones de vidrio en "la colonia", sin escucharles sus parloteos inaudibles.

Desde hacía años podíamos vernos holgazaneando y durmiendo la siesta inaplazable, tragando un pan o un queso, jugueteando con algún *souvenir* o discutiendo airadamente, también lavándonos los cuerpos o los uniformes sociales y por supuesto, tiñendo, que era oficio de hombres. Y se veían los ancianos y niños pegados de esas imágenes oficiales que se transmitían intermitentemente por las cajas negras, modulando sus gestos y sus bocas comunicantes en programas de dibujos animados. En las noches yo permanecía en mi cama viendo a mi vecina Aura acostada, y ella miraba. Así conseguíamos soñar tibias calmas.

Desde mi cuarto he podido sentir los crepúsculos en los que explotan noches volcánicas llenas de flashes y reflectores imprudentes, y cómo se van las estrellas por el abismo de los trapos colgados, cruzando de colores nuestras casas transparentes hasta que, por ley, se oscurecen las sombras cuando el centinela apaga el último bombillo y sólo quedan las cajas negras encendidas, parpadeando sus dibujos animados y esos chorros luminosos y yodados de las lámparas callejeras bañando las entradas, aseguradas con doble llave contra los muy curiosos turistas.

También he esperado el desfile de ancianas cargando la luz del alba en sus canastas repletas de panes. Pasan a la hora precisa cuando me rasuro.

Una madrugada vi a través de tantos ventanales a una mujer de pelo largo azabache, que vestía una falda ancha de un tinte extraño, llevarse hasta la nube de arenisca a la vieja madre de mi vecina, chancleteando. No vi su rostro. ¿Sería extranjera? La vieja madre se le escapó y pudo volver, pero desde entonces tiene su mirada perdida, y ancla los ojos en un punto muerto más allá del aire. Por eso la ponen frente a la pantalla de la caja negra, por si se ilumina. Aún escucho un eco de su arrastre chancleteando, y aquel ruido me quita el sueño.

Al fondo de la transparencia de las casas en fila, sobresale una masa color aceituna que se agita uniformemente, clavada al suelo terroso por troncos coralinos, unos más gruesos, otros más altos. Contra ese fondo vi a mi vecina, que también se agitaba.

Aura, la casada no casada estaba sola, sin su hombre. Ocurrió de pronto. Y estando sola y sin su hombre, perdió la sonrisa, y algo tuvo que hacer.

Hacía frío. Ella salió del baño, estaba llorando. Se puso las gafas negras que estaban sucias, tomó un vaso, abrió la nevera, sirvió jugo de fruta como neón, bebió y dejó la mitad, servido. El clima empañó un poco los vidrios. En mi ventanal también gotearon todas las cosas tristes. El vapor de una taza de té de menta se alzó hasta mi garganta. Atrás del ventanal, Aura estaba mojada.

Así que Aura, sin casi nada puesto encima, se montó en la cama y comenzó a ejecutar su danza. En las otras casas se levantaban hombres como sombras, muy ansiosos. Ella se rozó la piel abierta de par en par por entre el abismo de sus muslos, ofreciéndose, y allí en el fondo, se acarició como si fuera un estuche, forrado

en su interior de los poros y papilas de los vecinos, y se hundió húmedamente en el recuerdo del hombre aquel, su hombre ausente, conquistándole el alma, contemplándola.

Mientras Aura la casada no casada se entregó a la danza, pude sentir que otra mano la tocaba, que sus dedos no eran suyos, ni eran dedos. A ella le gustaba mirarse en los reflejos de los ojos insinuantes del espejismo, que detrás de cualquier vidrio podía estar su hombre, convirtiéndose en espejo para sus reflejos.

Los vecinos la observaron, tocándose la desnudez lanzada a la disposición de sus miradas lascivas. Y esos dedos ya no fueron suyos acariciándose, porque ella aprendió a prolongarse de la carne hacia afuera: aprendió a estirarse y duplicarse con sus recuerdos en su propia imagen y así le gustaba mucho bailar para ellos. Su oficio fue su cuerpo, y con nuevas ganas, la mujer de la sonrisa pagada fue aprendiendo a reconocerse en su doble. Esa proyección se pegó a ella, marcando un lugar paralelo al entendimiento, donde la maldita soledad dolía más que el cuerpo resistiéndose al olvido.

Yo permanecí quieto contemplándola, mientras que el tiempo, fluyendo en remolinos, enfrió mi bebida. Las paredes transparentes me dejaron ver que ella no podía dormir, y recostada contra el vidrio que nos unía, se estampó vaporosamente, y allí comenzó a dejar goteras que señalaban surcos hacia abajo.

El vapor de mi té se difuminó: danza efímera, así es todo lo que está vivo. El vidrio hacia el lado de Aura se cargó de más trazos húmedos. Afuera y arriba, la noche escamosa se condensaba del color del atún. Los turistas ya dormían con sus instantáneas visiones. Yo por dentro me volví blando como espuma, y recosté mis

ojos en ella, empapada. Atrás el verde continuaba agitando. Bebí el té y me pegué a los labios una de esas hojitas de menta. Su cuerpo contra el vidrio surcado de hileras líquidas, hacía su propio sonido tan débil, y la luz le hirió. Se deformaron más los troncos coralinos de los árboles y las palmeras con sus hilos de sombras sobre nuestras presencias encapsuladas dentro de las casas, y ya no se vio el firmamento que clareaba los insomnios.

Entonces pegué mi cuerpo desvestido a esa pared que nos unía las soledades, y ella, abierta, entendió mis propuestas de caricias, así que se quitó las gafas negras y se lanzó a lamer el vidrio donde nos recostábamos. Ella puso sus manos donde yo puse las mías y aplasté la hoja de menta en sus labios que entreabrió con un beso que quería traspasar ese límite, hormigueando de placer desde los vellos de los muslos hasta la nuca, sin romper el hilo que unía nuestros ojos.

Cuando me excité con sus poses precisas para mí, vi que ella también se agitaba con mis intenciones, como esa fronda de la muralla de árboles afuera, sacudida, y vi que las comadres de "la colonia" nos observaban gustosamente con curiosidad libidinosa, a través de las otras paredes de vidrio en sus casas. Eran tantas las miradas ajenas que se esforzaban por penetrar los vidrios de mi recinto o el de ella, sumados a otros recintos y a otros y a otros más, hasta un fondo de perspectiva anulado por la distancia. De este modo todos habíamos ya perdido las vergüenzas, husmeando en las intimidades de los otros, hasta que las desapariciones de lo visible se interpusieran. Así las formas que unían, también apartaban. Ciertas transfiguraciones hacen que alguien se encuentre el trapo del destino y cuando se asoma por el otro lado, se descubre a sí mismo en otro espacio, huyendo de sus actos y de sus pro-

pios juegos, entonces ya no regresan nunca más y se quedan solos, cubriéndose. Así parecía que era Aura, que se dió cuenta de su encierro cuando ya casi todos se habían marchado a dormir. Algunos, ni se enteraron porque resbalaron sus ojos por las pantallas de las cajas negras que de forma ininterrumpida transmitían dibujos animados coloridos.

Después de aquella noche, cuando compartimos los brillos de nuestras pieles y del deseo, ya no hice sino alimentar mis ganas por su encuentro, para poder tenerla.

Hoy la vi salir de su casa, bajando las escalerillas, y cuando recorría apresurada esa fila interminable de fachadas transparentes, de palmeras, troncos coralinos y gente, casi la alcanzo para saludarla, olerla, tocarla, oírle su voz, pero ella huyó de mí, caminando de afán, escapando, hasta de mis ojos llenos de preguntas. Y quedé leyendo el aire como si persiguiera palabras esquivas, para gritarle corazonadas y ganas de tenerla conmigo. Pero ella fue evasiva, y se perdió presurosamente dentro del tumulto de muchísimas mujeres uniformadas con esos trapos color añil. Tal vez éste era su modo de hallar refugio: huyendo.

En la calle había grupos de mujeres azules aquí, y corrillos allá, y todos debíamos ocultar los cuerpos de los demás, en especial de los turistas, dejando descubierta tan sólo la ranura para la mirada. Los niños descalzos se agolpaban tras las rejas, con sus voces de súplica por un trozo de pan o un lapicero. Los hombres usábamos túnicas color de granadilla madura y no podíamos mezclarnos con ellas, azuladas.

Debíamos ir a los lugares públicos pisando unas líneas de baldosines con ornamentos de contiendas

heróicas, que demarcaban ramificaciones en el piso de barro y basalto, hacia los sitios de trabajo. Ellas hacían sus recorridos dentro de zanjas, de modo que en las encrucijadas, cuando atravesábamos sus rutas, sobre los puentes minúsculos de tablas, los hombres casi que podíamos acariciarlas con los dedos de los pies y tocarles las cabezas cubiertas de azul, a las mujeres allá abajo. Ellas miraban alzando la frente hacia nuestros ojos para no sentirse aisladas, pero unos vigilantes camuflados con nuestro color granadilla madura, les arrojaban arena a sus rostros, a ras de la abertura de sus ojos, para irritarles los mirajes como castigo.

Hoy todos íbamos arrastrando nuestros trapos viejos, yendo hacia el trabajo. Cuando estuve fuera de la casa, busqué la mirada de Aura en otras; todas se retraían y ocultaban sus expresiones detrás de las prendas que las envolvían, esos trapos de color obligado que teníamos que usar socialmente. Yo seguí buscando sus ojos en otras mujeres, pero no la hallé entre sus miradas populosas e ilegales. Calculé su estatura y en los puentes hice la caricia del dedo en la cabeza, hasta el límite de lo prudente. Por eso, mejor vestí de añil para bajar a la vertiente humana, para encontrarla, y descubrí que no era el primero en ocultarme tras del color del trapo; descubrí la farsa. Hombres iban y venían vestidos de azul para sondear a sus mujeres y ellas también se atrevían a vestir nuestro uniforme de granadilla madura queriendo encontrar al de los ojos limpios que la amaba. Pero era un juego peligroso; quien infringía cualquier norma de la *Ley de Tour*, podía ser severamente castigado con la peor pena: la ceguera.

Esta norma de andar afuera, cada uno por su lado, los unos y las otras aislados, era difícil de soportar, por no decir imposible de aguantar.

Yo insistí en buscarla, quería escuchar el tono de su voz, olerla simplemente. Una vez, la seguí tan aprisa como su andar escurriéndose entre la masa añil de desteñidas, lavadas o radiantes, y ella cuando supo de mis ojos, salió tras los postes, retorciendo la perspectiva y quiso escapar.

Casi todas las que iban en fila, andaban con gestos concentrados en llegar pronto a sus trabajos, silenciosas, y no notaron mis afanes. Se dirigían a la gran boca desdentada de la plaza, y salían correteando en puntillas, para ocupar los puestos de trabajo. Allá iba Aura.

Una cantidad ilimitada de antorchas rompían hacia el firmamento. ¿Qué eran aquellas fogatas? Al abrirse la zanja se llegaba a una calleja, y al fondo, La Gran Plaza con aquellos fuegos como los trapos que teñía, azotados por un viento seco.

Escuché sirenas de un posible incendio, explosiones de pólvora detonante y el barullo ensalivado de los turistas que se agolpaban armando corrillos alrededor de ellas. Yo no sabía de sus actos, así que me hundí con unos viajeros que venían de lejos y cambié mi ropa azul a uno de ellos, por un pantalón y una camiseta: *souvenirs*. ¿En qué rincón del mundo nos habíamos metido?

En el fondo de esa plaza, y dentro del bullicio, vi la presencia de aquellas mujeres. Y entre todas, estaba ella. Inconfundibles los ojos de Aura. Estaba lista para su acto, y para ser mirada por los lentes de las cámaras de video y de muchas fotográficas de los turistas aplanadores de imágenes fragmentadas y por mis ojos semi-apretados de asombro.

Ella giró en una danza como si su cuerpo estuviera sumergido en agua tibia. De pronto volteó el pecho y me

reconoció, pero siguió su función. Por debajo de aquel trapo que la envolvía, llevaba un recipiente con bencina y petróleo crudo; se ponía en cuclillas, tomaba el combustible con su boca apretada, la que besé tras el vidrio, la que perseguí para ponerle una sonrisa aunque fuera tapada; luego ella se puso como felina en posición de ataque y la fiera humana lanzó un chorro que se volvió fuego, al contacto con una antorcha. Era una corriente luminosa que le salía por entre los pliegues de su vestido azul; fuego intenso que se movió como una enorme lengua serpenteando el aire. Los turistas emocionados le lanzaron aplausos, y flashes y depositaron gemas en un cuenco que ella tenía suplicante, atado entre las piernas.

Cuando ella creyó tener las suficientes gemas por su acto, una y otra vez repetido, apagó la antorcha, rompió el círculo de turistas agolpados y se fue a hacer trueque. Yo la seguí. Cambió unas piedras de color por panes aplanados, quesos amargos y un lapicero. La fui a tomar del brazo y se escabulló. Los guardias las cuidaban como tesoros vivos.

Desde un fondo oscuro, vino hacia ella un ciego pedigüeño suplicando a la gente, que ya no había en el corrillo, "dame algo". Había recorrido toda la plaza alargando su mano, estirando una súplica en vano, con su sonsonete "dame algo, dame algo".

Ella contó las propinas y de un impulso ilegal abrió su boca jugosa y le chupó al ciego sus dedos alargados; así, sintió un torrente raro que la cautivó. En aquel lugar deshabitado, como la mirada de este hombre, Aura bailó igual que en su espejismo, vestida. Luego lo besó en las cuencas de los ojos, y por el arte de magia del recuerdo ido, ella rompió las reglas del espectáculo que llamaba "uno en mí y yo en otro".

Aura guardó el resto de las gemas en una bolsita que se metió entre los senos y volvió a "la colonia", donde le dio a un niño el lapicero y le dio de comer a su madre, que estaba cerca a unos arrumes de revistas viejas. Permanecía inmóvil como una lámina, con los ojos abiertos y muy fijos en la pantalla de la caja negra, que no paraba de transmitir dibujos animados.

Aunque la comencé a amar, preferí el aire de afuera que ese aire enrarecido dentro de la casa de vidrio en "la colonia", y cultivé mi silencio de despedida con la semilla de otros sueños que reventaron en menguante. Me fui con los extranjeros, persiguiendo estrellas con sus linternas que tenían la potencia de un faro.

En el fondo de su pieza, Aura se arrimó al reflejo del ventanal que se comunicaba con ese otro cuarto. Se vio. Miró que se miraba. Estiró las yemas para el contacto consigo misma. Se desnudó y se puso a lamer su reflejo en el umbral del vidrio, ahora deshabitado al otro lado. Y en ese límite nacido del acá hacia el allá, giró en una danza como si su bello cuerpo estuviera sumergido hasta el cuello en agua tibia, la de su llanto. Se puso en cuclillas y como una felina al ataque, lanzó un grito con un sonido único y penetrante que le salió desde el fondo de su soledad, como un cuenco vacío de gemas: "Amémonos", y fue tan fuerte y prolongado, que su voz de fuego resquebrajó el gran vidrio del enorme ventanal que se derrumbó en forma de lluvia de cristales azucarados, hasta que su cuerpo intacto y deseoso, cayó dulcemente al otro lado ya vacío.





## Diadema de cocuyos

**L**a vieja sacó un tabaco de los que llamaba "medicinales". Oliva comenzó a chuparlo y a escupir en la palma de su mano, con pena de tirar saliva espumosa en el piso.

—Te aseguro seriedad, honorabilidad y cumplimiento en mi trabajo. Te soluciono los asuntos de amor, hogar, enemigos ocultos, enfermedades raras, asuntos de plata y otros. No lo pensés más. Movete hacia acá niña, y no botés la ceniza.

El pucho chispeaba.

—Echá la cusca en este cucurucho de papel y tranquila, podés escupir en el suelo que la tierra se traga todo. Así soltás el mal que te hacen; puede ser un pacto, algún rezo. Hay que solucionar rápidamente esos problemas.

Oliva chupó y escupió.

El cuello templado exhibía una hondonada blanda entre los dos tensores, cuando arrastraba palabras a buen volumen, con su acento de tierra, sin erre y sin dientes. Con sus labios reseco y su lengua vulgar de lorito real, siguió diciendo:

—Tengo riegos para que comprobés la suerte que da, porque la suerte no te está acompañando— y agregó—: Veo una sombra que te puede hacer daño, que cubre tu casa, que puede destruir.— Aquello último, doña Pastora lo dijo de golpe, sin medirse en lo que estaba sentenciando, sin guardarse nada en su boca mueca, y sin modificar su gesto indiferente en la cara, con voz monótona y revejada; pero se puso enérgica y amenazante cuando le recalcó: —¡No dejés que esa sombra te haga daño!

—Estoy como estancada—, dijo Oliva.

—¡Maleficios!— rápidamente soltó la expresión aquella vieja llena de trapos hasta la cabeza—. Salamientos, ligas y demás. Yo te ayudo, niña.

—¿Todavía hay esperanzas?

—Tengo el chamdú de Vaupés, la macumba de Brasil.— Se acercó y le dijo con voz débil—: ¿Tenés su retrato?

—Aquí llevo uno.— Le entregó una foto de José Guerrero y el cucurucho con las cenizas.

Ella desenrolló el papel sobre la mesa. Con la uña del meñique comenzó a mover las cenizas de un lado para otro, y dijo: —Le hacemos oraciones, le armamos un muñeco para amarrarle cintas; te lo dejo agarrado.

—Me dijeron que con limones lo sugestionaba.

—Limonos secos, vecina— y agregó—: También con penca sábila. ¿Creés en gatos?

—En los negros.

—¡No te dejés engañar! Son inofensivos esos ani-

malitos, tan poco efectivos como los alumbrados con espermas; peores son las danzas de cocuyos candelosos y las mulas endemoniadas.

La doña siguió moviendo las cenizas con la uña, buscando indicios, formas, letras y no se sabe qué más.

—¿Me curaré de amores?

—¡Claro! Tengo poderes indígenas. Tengo una experiencia grande en raíces, ramas, aceite de bufeito, el palo de cruz, el iraporu. Uno de los grandes secretos, te lo doy y te cuesta otro poquito.

—¿Mucho?

—Algo, no más.

—¡Dígalo doña Pastora!, que le pago.

—Con ese anillo... es fino para el secreto.

La vieja arrastró unas cenizas sobre la foto de José Guerrero y tapándole la frente, dijo: —Todo problema tiene solución, y toda enfermedad curación, por difícil que sea. Mi trabajo y mis tratamientos los han comprobado infinidad de personas. Aguarde...

Revolvió, se levantó, esculcó en un atado y trajo un nudo de trapo con algunas cosas adentro, para continuar con su particular deajo, sin dientes en las palabras: —Te llevás el amuleto que se llama Mata cru brasileiro. En pocos días estarás viendo los resultados a todas las dificultades, con solución efectiva. Aquí aparece... siguió leyendo las cenizas sobre la foto.

—¿Le cuento el daño?— le interrumpió Oliva.

—¡No!, no me cuente nada niña que yo leo las verdades. Esto no se equivoca. No te resignés a tu triste situación, por difícil que sea la angustia y el fracaso.

—¿Saldré adelante doña Pastora?— y Oliva se tocó el vientre hinchado.

—A ver, miremos que leo en su fuma— y escarbó en las cenizas. —Qué usted triunfará, porque yo le guiaré por el camino de la felicidad y el éxito. Vea niña, es que soy parasicóloga, espiritista, botánica, naturista, santera y curandera.

—¡Ayúdeme!

—No hay cosas imposibles sino personas incapaces. Todo mal lo saco: suerte, negocios, envidias, enemigos, pleitos, cosechas, herencias, impotencias de amar, frigidez, salamientos, vicios, timidez, hogar roto, desesperación, traición, dudas, dominios, consejos, tesoros, guacas, maleficios, brujería, hechizos, espíritus poseídos, males postizos...

—¿Y el niño será sanito?

—Yo te lo traigo a este mundo protegido. Para eso te tengo el brebaje, el bebedizo, el ritual para su conjuro. Despójate del anillo.— Lo puso a un lado de las cenizas.

—Te sucede un fenómeno misterioso niña. Aquí sale, mirá te muestro. Esto te traerá dolor.

—¿Mi niño?

—Tranquila mujer. Te llevás esta esencia astrológica, este riego solferino, este baño y un sahumario. Lo encendés en tu pieza y te echás unas gotas en el vientre, y el talismán te lo colgás y no te lo quités hasta el parto. Es la contra, es el amuleto que te dará la magia para que el cuerpo quede libre de maldad, y salgan esas grandes virtudes de las que estás dotada, mi niña. Sí te ayudás, yo te ayudo.

—¡Lo haré!

—Sentite segura y feliz. El resto, llega.

—¿Y no me preocupo más?

—No te hagás más daño. También te voy a recomendar que te llevés el dividivi de la Guajira, para que alejés al enemigo y te protejás de tantos males.

Recogió los restos de la ceniza, y con la uña del índice de la otra mano, se limpió la del meñique, oscu-

ra. —Volvé en ocho días y te diré más. Por hoy, te dije lo que necesitabas saber. Vení en una semanita para que sigamos el tratamiento. ¡Qué el bien te bendiga, niña!— Y se guardó el anillo y unos billetes en los trapos que servían de alcancía, entre los senos.

\*\*\*

El agua que cayó a cuentagotas, sobre los hombros de Germán y la negra Lucero, tenía el sonido de un tambor. Ellos se escamparon debajo de un pequeño alero de zinc, que protegía la estatua de la virgen y su diadema de bombillos encendidos, cargando al niño profeta de cemento. Se santiguaron.

Al borde de las montañas apareció un color curuba, y ese aroma fresco del paisaje cayó con el aguacero que ya venía descolgándose, cada vez con más furia. Vieron un portón cubierto con un curazao que se aferraba a la cal revejada, trepado vivamente. Allí se marcó el límite entre el camino y esa propiedad, y antes de que todo se pusiera más borroso, corrieron hasta el lugar. Atrás se escuchaban los sonidos brillantes y acuáticos del río.

Detrás del cerco de crotos, abierto por el portón, había una casona de dos pisos, con chambrana roja en los corredores y unas enormes ventanas arrodilladas, llenas de calados. El redoble de tambor vino desde atrás de las tejas y del empedrado de la entrada, juntándose con el golpeteo de un motor de una planta eléctrica. La tapia descascarada mostraba sus costillas de guadua y por debajo del dintel de madera, mordido por candados y por el abrir y cerrar desgastado de una puerta medio colgada, apareció aquel hombre descalzo, con las manos untadas de algo, limpiándose en su delantal salpicado de puntos luminosos en la tela.

José Guerrero Rivera andaba descalzo desde que llegó a su pueblo con las botas del ejército llenas de sangre, y ya no estaba su familia. Desde entonces se puso a andareguiar por ahí, afanado, con las uñas de los pies amarillas como cachos, y sus callos igual que barrancos en tierra caliente, mordidos por el río.

—¡Buenas...! dijo José Guerrero, saludando casi familiarmente.

—¡Qué tal! Es que andábamos buscando un lugar para escamparnos— le dijo la negra Lucero.

—Arrímense hasta el corredor, que allí donde están, se van a mojar más— y el hombre, entre dientes, reclamó por tanta lluvia.

Era un corredor de tierra apisonada y de un barrio limpio que se salpicó con el agua.

—Con permiso— y se arrimaron.

—Bien puedan. ¡Se estaban empapando! ¿Van para lejos?

—Para el pueblo— dijo la negra. —Sólo caminábamos por aquí un poco perdidos— completó Germán.

—Por aquí se acaba la vereda para ir al pueblo, así que está bien lejos! Cruzando el pastizal y los árboles de mango, por allá— señaló detrás de los bombillos de la virgen. Por donde el hombre indicó, llegó una bruma plateada cerrando el paisaje, dificultando continuar la caminata. El río aumentó su rugido caudaloso.

El campesino tenía el pelo apretado y sudoroso, pegado al cráneo. Se notaba la marca de un sombrero, con una franja descolorida en la frente. Con las yemas se rascó una cicatriz en el cuero cabelludo. Tenía cuatro surcos sobre las cejas pobladas y una nariz tostada.

—Vengan y se secan y aguarden a que pase el agua.

Primero entró aquel hombre de delantal, que daba confianza y lo siguieron por un zaguán muy oscuro. Pasaron por una sala sin muebles, bordeando un patio empedrado sin matas, con una pileta en el centro, y en la esquina del fondo, vieron un cuarto medio ahumado donde crujía la leña que Oliva intentaba acomodar dentro del fogón ceniciento, soltando sus brillos chispeantes, hasta la penca sábila que se deformaba sobre el umbral de la puerta.

—Oliva, hija: unos forasteros— dijo Guerrero mientras les acercaba unos bancos.

Ella siguió atizando la leña y volteó la cara para saludar, con un gesto de las cejas, sin palabras. Los caminantes soltaron el cansancio tímido por la boca: —¿Qué tal?

José se acomodó en un rincón y con un hacha, sobre un tronco gastado, partió un espinazo que crujió aterradoramente. Las chispas del fogón se mezclaron al crujido de los huesos y cayeron gotas salpicando su delantal como luces diminutas. Afuera, el río revolvía más sus corrientes.

—Aquí llueve así, como de golpe— dijo el hombre. —Así como arranca, escampa, pero a veces, dura. Mejor, porque se limpia la fresca y se alborotan los cocuyos a la hora de dormir.

José le dijo algo a la mujercita metida en su recelo. Ella vestía una blusa de otra talla, con un bolsillo descosido, donde no guardaría ni un peso si estuviera cosido o si tuviera un peso, y una falda cubriéndole las rodillas. Él, volvió la mirada confiable para ellos y se dirigió a Lucero:

—Se pueden quedar, sin afanes.

Oliva agitó las brasas con la tapa de una olla, y sin voltear su cara, les ofreció agua de panela caliente.  
—¿Les provoca una taza?

—Bueno, gracias— dijo él.

—Y ¿usted madrecita? preguntó el hombre descalzo a la negra.

—Está bien, gracias.

El campesino se arrimó hasta el fogón donde trepidaban los leños, para mirar a su mujer de un modo extraño, dominándola. Quitó la tapa de una olla y salió ese olor dulzón que recorrió las paredes, y con la bebida hirviente llenó unos tazones de loza blanca con bordes de azul mariano.

—Cuidado se queman, que está como un infierno.

La mujercita refugiada en su sombra, centelleando con el fogón, le lanzó un gesto a su hombre José, que pareció una señal un poco brusca. El campesino volteó a mirar a Lucero. Ella, intimidada, bajó los ojos al tazón humeante. Bebieron, soplando el líquido como un espejo. Así sudaron la lluvia, calentándose.

Oliva seguía encorvada, tapándose y cubriendo un envoltijo. A la luz de los destellos color ladrillo, se le vió un perfil muy bello y sus ojos resguardados lanzaron puntos encendidos.

Cerca al fogón había un pupitre de escuela, lleno de trapos organizados para guardar algo. Lucero, muy curiosa, se asomó y vio unos diminutos párpados y la boca de alguien que estaba arropado por una cobija de lana, dentro del pupitre.

Guerrero continuó triturando el espinazo que cruja parecido a las rocas que arrastraba la corriente del

río. Sus dedos eran gruesos. En sus manos se enraizaban las venas. Tenía una venda en su muñeca, porque —una lata se me vino de filo, desyerbando, y me cortó la vena grande—, dijo. —Tóque aquí junto al dedo y arañe, y verá que no siento. Esta carne está como dormida.

Su piel color jarabe de tanto chupar canícula sudaba parejo, curtida como un buen taburete.

Oliva se acercó hasta esa cuna provista de botellas en las esquinas.

—Son de agua tibia— dijo protegiendo a su criatura, abrigándola pacientemente.

Los hachazos terminaron y la joven madre, con un poco de desconfianza ante los visitantes, bajó del fogón una olla con leche. El del delantal entendió un gesto mandón en ella. Él le entregó una totuma que puso a flotar. Luego, con el hacha al que le limpió el filo en su delantal, cortó un bloque de mantequilla de dos dedos de grueso, que ella revolvió en el líquido blanco, vaciándole un poco de salvado de trigo.

Entonces José interpuso: —La partera, esa vieja yerbatera, nos dijo que si no nacía varón, no se levantaba— y apuntó con furia de machismo —son más debilu-chas las hembras.

—¿Cuánto tiene de nacido?— preguntó Lucero.

Oliva los miró y respondió que era prematuro. —Ahora, va por los tres meses.

Ella se dobló la manga, metió el codo en la leche, a modo de termostato, y esperó un momento, guardando un silencio que se interrumpía por el golpeteo constante de la lluvia y el trasegar del río.

La mujercita le hizo un gesto al hombre descalzo, moviendo la cabeza, y se hizo una sombra pronunciada en la pared de la cocina. Éste salió al patio donde campaneaba una ponchera de aluminio. Cuando José estuvo afuera, ella quiso cambiar de actitud rápidamente y se acercó nerviosa para decirle algo a Lucero.

La negra le vio un rictus desesperado y cuando le iba a contar algo, llegó aquel hombre sin mucho ruido, cargando la ponchera. Miró, pronunciando unas arrugas *pate-gallina* de bronce junto a sus ojos azul ratón. En uno, le llovía una catarata que no le impedía ver hasta la otra orilla del río ancho. Entonces Oliva se metió de nuevo como una lagartija, en la sombra, callada.

Mientras él vació el líquido blancuzco, ella desvistió al niño que tapaba con su cuerpo y con la sombra; esa penumbra le daba a la criatura un color extraño en la piel de pergamino entre violeta y rosado. La madre, con una mano, tomó al niño desgajado en equilibrio; con la otra, cogió la totuma para comenzar a darle un baño blanco, su acostumbrada lluvia vivificante de leche. El indefenso no berreó como suelen hacerlo los otros niños, que chillan parecido a gatas en celo.

—Pesó 1600 gramos, pero ya va engordando— dijo, mientras le vació en el cuerpo, boca abajo, otros chorros tibios, y con una voz nerviosa y apagada contó que al nacer, le habían dicho que le diera al niño, a cuentagotas, un preparado y que eso era para dormirlo.

—...Y no le di ese remedio, porque si él se la pasaba dormido, ¿a qué hora le provocaría alimentarse, y con qué ganas se aferraría a la vida?

—¡Esa bruja partera!— Masculló José, con rabia de Guerrero.

Ella terminó de darle al niño laxo, su baño tibio. La mujer le intentaba dar en goteras, la leche que se había extraído. Se veía tierna, pero el brillo del fogón le ponía una sombra que, recostada a la pared, la desdibujaba. El fuego brilló, silbando. La noche se apoderó de los espacios y se intensificó la negrura que trajo un sopor lento, acompañado del continuo sonsonete de la lluvia, que seguía cayendo, y el bramido del cauce, al fondo, agitado.

—Caerá agua otro rato— dijo José—. Ojalá que a ese aguacero se lo trague la noche y que el río no se nos crezca.

El motor de la planta de luz golpeaba en algún rincón. Fluían noche y agua.

—Es mejor que los acomode— y mientras la negra y Germán se miraron con dudas, José continuó—: La casa del patrón lleva tiempos vacía, y aquí junto a la cocina es muy estrecho para ustedes. Esperen yo les muestro y se organizan.

Él se acercó a su mujer y en un tono casi inaudible, le dijo algo con un gesto regañón. A ella no le gustó mucho. Él le replicó y se limpió las manos en el delantal. A Oliva se le alargó esa sombra, desdibujándose más y movió bruscamente la cabeza. Luego reacomodó su sietemesino y de un cuenco que colgaba junto a la sal, sacó unas llaves viejas que le entregó con desgano.

—Vengan por aquí, les muestro.

El ruido extraño y animal creció junto al golpeteo del motor.

—Es que, no queremos incomodar— dijo Germán.

—Acaso estorban. No ven que esta casona está vacía hace rato— y casi juntando su cabeza a la del cami-

nante, José le planteó que allí se dormía bien y que, además, no les iba a costar nada.

La pareja se miró, vieron la noche encima y decidieron quedarse, estaban cansados: —Bueno, con permiso...— se despidieron de Oliva que continuaba con algo para decir, cuando no estuviera su hombre cerca.

—Vengan— apresuró Guerrero.

Pasaron debajo de la penca de sábila que colgaba, bordearon el patio, cruzaron la sala sin muebles y en un rincón oscuro, estaban las escalas de tabla cepillada que crujieron bajo los talones. El sopor se hacía inguantable. El golpeteo del agua en el techo comenzaba a arrullarlos. Al extremo del corredor había un balcón y un bombillo donde revoloteaban chapolas. Al lado, una pieza que el hombre descalzo abrió con aquella llave vieja. Encendió un bombillo y les dijo:

—¡Bien puedan!

—Aquí se pueden dormir. ¡Síganse!

Germán se descargó pesadamente en una silla a la que le chirriaron los resortes.

—Mire joven...— lo llamó José golpeándole los hombros con sus falanges, como si se tratara de esa lluvia tocando su tambor.

—¿Sí?

Pausadamente, y en son de advertencia, le dijo: —Aquí, a veces se oyen ruidos como de golpes, y el aire llora como un recién nacido, pero eso es sólo el viento que termina adormilándolos. ¡Aprovechen!

—Y, ¿lo de los cocuyos?— preguntó Lucero con curiosidad.

—Ah... iesen animalejos!, vea usted, se alborotan más tarde. Verlos, sí que da un sueño de los buenos, de los que hacen olvidar todo. Cuando se vayan a acostar, piensen que van a soñar con agua, así se profundizan más y sueñan más frescos.

Guardó las llaves y se oyeron los pasos bajando las escalas, apresurados.

Acompañando esa sensación de humedad, las gotas de sudor comenzaron a correr por las cejas, las arrugas del cuello y las axilas, olvidando a la mujercita sombreada. Cuando Germán se quitó la camisa, un chorro cayó al piso de tablas, salpicando la sombra de la negra, que ya estaba desvestiéndose en la poca luz. En la pieza había una cama ancha de madera, con adornos vegetales y frutas abiertas labradas, una estampa de la virgen fucsia y azul, la misma de afuera, la de cemento con su diadema de estrellas y su niño pálido. Había un escape enorme, vacío, y un taburete rojinegro que se recostaba como si alguien se sentara allí habitualmente para mirar por la ventana el pastizal y todo el paisaje. Germán se estiró sobre la cama para leer las vigas.

Lucero había quitado el tendido de retazos lleno de colores, y golpeó el trapo contra la baranda. Con la bulla, le sacudió la modorra a su hombre. La sábana olía a mal de la tierra, pero estaba limpia y no era el momento para exigir; aquello no era un hotel.

Alrededor, todo se vertía calmadamente. La negra recogió el desorden y puso la camisa abierta sobre el taburete, como un abrazo inconcluso. Y, como si las horas trajeran el olvido, nada se dijeron sobre esa pareja que les brindó refugio, mientras que la noche se volvió más lenta y pegajosa, flotando en el río. Junto a los sonidos del viento asmático, el motor lanzaba en olas

acompañadas su pequeño estruendo, y las tablas de las escalas crujieron como si docenas de clavos descalzos con óxido acumulado, se lamentaran, sujetando un tropel de caminantes pesados. Pero tal vez era sólo ese viento y esa lluvia que traían de vez en cuando un golpe seco, como un hachazo.

—¿Veremos los cocuyos cuando acabe de llover?— dijo la negra.

—Si nos deja el sueño— le contestó Germán.

Por unos minutos más, siguió el tamborileo y el eco de lo que parecía un alegato; por las nubes rotas cayó el cuentagotas de la lluvia, tapando las palabras, arrasando hasta los sonidos más duros y luego, así como empezó, escampó de golpe.

El escurrir de las canoas no pudo ahogar aquella vocecita puntiaguda del llanto que parecía recorrer todos los rincones del caserón, como una rata de granero.

La negra, con su cabello escurriendo un brillo delirante se recostó y comenzó a acariciar a su hombre con los ojos y a hipnotizarlo con sus frases susurradas, hasta que, con movimientos casi imperceptibles, agitó el placer en los cuerpos drogados por el clima y la humedad. Sobre las tablas, porque esa cama chillaba más que el mocosito, se lanzaron los gestos calientes acumulados en los poros, sudando dulce como agua de panela. Allí, la pareja respiró bocanadas de besos extendidos y, en turnos, se probaron unas caricias tan largas como las tablas, hasta que se hundieron en el silencio de los cuerpos abrazados. Pero la negra se levantó y salió así, sin ropa que la cubriera: —¡No se ven los cocuyos! Sólo la diadema de la estatua.

El campesino que entró al cuartucho oloroso a queiroso, donde estaba la planta de energía, la vio cuan-

do pasó a quitarle la banda al motor y apagarlo. Ella no supo nada.

El aparato alcanzaba para dar fuerza eléctrica a un enfriador, unos pocos bombillos pegajosos y la instalación de lucecitas como diadema de estrellas, que coronaban a la virgen de cemento, pintada del mismo azul del borde de las tazas.

Todo el caserón, menos la habitación que daba a la cocina, donde ellos mantenían unas veladoras prendidas, y los destellos del fogón, quedó sumergido en una oscuridad tal, que los cocuyos se veían por constelaciones enteras, danzando.

La negra creyó ver al campesino afuera, pero pronto, lo que se le pareció a su silueta, fue anulado por la oscuridad, y sin la bulla del motor, la casa entera se anuló en la pradera y se borraron los cuerpos y el paisaje en la noche, con ese llanto que también se fue apagando, cada cual en su propio sueño. Quedaron las cigarras rasgando sus alas tostadas, apareándose.

La negra entró a tientas en la pieza, con ganas de abrir una lata de sardinas en salsa de tomate. Los párpados de Germán eran jalados por un sueño que se colgó, pesado. No había abrelatas, así que cualquier herramienta serviría. Él le alumbró con la linterna y ella sacó de su pantalón una navaja forrada en carey, que metió forzosamente en la lata y a golpe de palma, sangró tomate. Por una pequeña hendidura, la negra introdujo los dedos para comer unos cuantos lomos de sardinas. Tendido en la cama, adormilado, él le miró los labios rubicundos mientras que, ella hizo que él le alumbrara la lata herida. Se comía las sardinas con un apetito singular: con los dedos, tomaba suavemente el lomo del pescado, para que no se le desbaratara y le chupaba la salsa, luego se llenaba la boca hasta que se

le hiciera difícil masticar y al final, se lamía el untado entre los dedos, uno por uno, insinuante. Hizo esto con cada lomito, mientras Germán permaneció en ese sopor, mirándola con provocación, aprovechando para desviar la luz hasta su ombligo resplandeciente. Una gota de salsa cayó entre sus senos. Él lamió y se dieron un beso que les supo a mar sangrado.

Desde afuera y por la ventana, se comenzó a colar un murmullo ajeno y ahogado de hula-hula de sexos, mientras los clavos del piso gemían. La negra lanzó un "shhh" hasta el fondo.

—¿Quieres comer sardina?

Él ya estaba quedándose dormido como en un baño de leche, así que la respuesta salió con un tono nocturno, ido, sobresaltado del sueño:

—Tragate eso de una vez y vení a dormir.

El traqueteo continuó, así que la negra soltó una risa pegajosa que se fue convirtiendo en carcajada con estruendo, cuando dijo refiriéndose al niño: —Shhh, que se despierta el murcielaguito.

El ruido en la casa se cortó de golpe y esta vez fueron las ranas junto al río, las que inflaron sus cotos sonoros a punto de reventar. El olor de la sardina se interpuso como un oleaje inmenso, pero más pudo el sueño que los arrastró como peces ciegos, tragados por un remolino de tinta negra. Recordaron: "Cuando se vayan a acostar, piensen que van a soñar con agua, así se profundizan más y sueñan más frescos", y así lo hicieron.

El sonido de las tablas llegaba en creciente, como un chasquido asombroso, pero no era lo suficientemente fuerte como para interrumpir el sueño denso.

Detrás de los cocuyos remojados, apareció José Guerrero Rivera y su afán, descalzo y aterrado. La mula oscura parecida a la muerte, mordía el freno con desespero y encima del puente de piel, y sobre el lomo, se aferraba un pellón y el hombre azotando velozmente al viento. Crujieron las rocas, esquivó troncos húmedos, y se perdió rápidamente detrás de la maleza hacia la orilla del río. La luna le daba al agua un color azuloso profundo, que bañó al jinete sobre la mula endemoniada que recibía azogados golpes de palma en el anca, yéndose, escapando. Se vieron las cabezas que flotaban. Contra el barranco de la orilla, comenzó a rebotar el latido de un corazón vivaz, igual a ese que sienten los jinetes cuando el del animal y el propio, danzan en ritmos paralelos, desbocados. Y un sonido de derrumbe rebotó en las paredes de la pieza, despertando a Germán, como una maldición.

Con la sed que le dio en el sobresalto de su sueño, acumulado por el escurrir de la lluvia, Germán bajó por un poco de agua, tanteando el sonido crujiente de las tablas y esa sensación gritona del río. Cruzó el patio, entró a la cocina y allí se tropezó con algo.

La joven madre yacía en el piso, con un corte en el cuello. Su sombra era un chorreado que el piso de barro no pudo chuparse del todo. En la esquina, dentro del pupitre, estaba el niño, desarropado, rodeado de botellas con agua al clima, y vio, alumbrando con su linterna temblorosa, que el neonato tenía los ojos hundidos en sus órbitas huesudas y que no respiraba. Las ollas estaban regadas, la sal en el piso. El cadáver de la mujer tenía atado un amuleto que le colgaba, como una baba. Con la linterna, él le alumbró los muslos blancos y la sombra se escurrió como una iguana. El cuerpo inerte de Oliva estaba bañado en leche y sus senos se pegaban a los pliegues de la ropa empapada.

Con estupor, oyó que el viento reemplazaba su sonido con el del llanto del niño muerto, así que, torpemente, buscó a José , el agregado, y no lo halló.

Fue hasta la pared de tapia de la cocina, donde colgaba el cuenco, con las llaves de la pieza en la que dormía profundamente la negra Lucero. El muro estaba caliente, los cuerpos fríos. Corrió, atravesó el patio, subió las escaleras, llegó al corredor y al cuarto, y le alumbró la cara a su mujer que, entredormida, se volteó en su letargo.

Él salió por ayuda, sin despertarla. Se calzó sus botas, echó llave para protegerla y sin romperle el sueño, se fue a la pesebrera, que encontró vacía.

Acongojado, vió que detrás de los árboles de mango, surgía como una aparición en la pradera extensa, una luz que rompía la furia desatada. Rápidamente, llegó hasta el abrigo de las hojas del mango y se recostó en el grueso tronco que sostenía un follaje pesado y cargado con gajos de frutas biches, que caían pendulares sobre la cabeza. Lleno de cadillos, el sudor frío se le mezcló a la sensación táctil de miles de agujitas penetrando la piel. El hombre siguió corriendo agitado, por un camino entre la maleza, buscando aquella luz que se hacía más clara, junto a los arbustos retorcidos de guayaba y encontró que provenía del corredor de una casucha sembrada entre un guamal.

Todo parecía un mal sueño, un maldito sueño anclado, como si la realidad le estorbara a la noche, carcomida por un rezo monótono. Varias voces ancianas surgieron en un llanto coral flácido, gimiendo desveladas. Rezaban un "cabo de año". El viento se lamentaba.

Unas comadres del lugar, decían jaculatorias alrededor de la estampa de una María Auxiliadora. Germán entró apresurado, rompiendo el ritmo, que recordaba a un difunto necesitado de oraciones para no arder en el purgatorio. Se espantaron las voces como pavesas, y ellas, santiguándose, se protegieron con las camándulas.

El hombre sudoroso habló de una mujer muerta, del llanto de un sietemesino y de un esposo fugado. Ellas se miraron incrédulas, y la más anciana, que era quien le adivinaba el destino a la gente, y leía el tarot, el naípe español, el "tabaco medicinal", se arrimó al hombre lleno de pánico y le dijo:

—Una noche, hace tantas, la oscuridad borró el recuerdo de esa casa.

Él la describió con chambranas rojas, con un porción cubierto por un curazao, un cerco de crotos, las escaleras de tabla, las ventanas arrodilladas...

—Allí vivió la difunta Oliva, que parió su bebé muertecito. De eso, hace mucho. El niño la desgarró.

—Pero esa casa existe. Allí está mi compañera—dijo con incredulidad.

La vieja le contó que esa casa y esa gente que mencionaba, ya no existían; que ellas rezaban por un aniversario más de la muerte de Oliva y su niño, en el parto. Entonces llegó un silencio aterrador, como un abrazo malquerido.

El hombre salió, y no vio nada, y corrió desbocado. Lo siguió con su paso *gagá*, doña Pastora, la vieja yerbatera. Él buscó en la oscuridad algún indicio para volver. Cruzó los guayabos y no pudo encontrar la estatua

erguida de la virgen. Había en el suelo un bloque de cemento corroído, como un mojón demarcando el pastizal, forrado de musgo. Eran los restos de lo que fue una estatua de la virgen María Auxiliadora, abierta por el cuello arenoso, como una lata.

El hombre, lleno de cadillos en las piernas, se asomó por el barranco que daba hacia el río, con sus rocas aristadas y vio que la corriente bajaba fresca en medio de los brillos que salpicaban, igual que constelaciones de cocuyos trasnochados. Tampoco encontró el portón con el curazao, ni el caserón con su negra mujer, dormida. Se pasó dando vueltas junto a la orilla del río, buscándola, hasta que llegó la vieja rezandera y, detrás de ella, volvió el viento con el eco de un niño que berreaba y berreaba y no paraba de berrear.

Entonces la vieja, a la que no le cabían más años venideros para sumarle a su edad, gritó: —¡Maleficios, sombras estancadas, salamientos! Ese muchachito se quedó en el Limbo.— Los cocuyos comenzaron una danza luminosa y la madrugada se abrió para el rosario de aurora.





## Novillo suelto

**L**a mula llegó con Efrén Zabala en el arco del lomo, cansado del viaje, agujereado por gotas tostadas de barro rojo en las piernas.

Muchos habían desocupado sus casas y sus negocios, dejando el pueblo faldudo muy solo. Llegó donde había unos pocos rumiando. Los que aún seguían arraigados en este pueblo, tenían músculos de barranco, savia viva y huesos de guadua. Habían estado allí, como terrones en las laderas, con sus camastros y sus trebejos, por generaciones. Pero las calles también cargaban forasteros flojos que no sabían de ganado.

Esa tarde de color amatista corrió extraña por los zócalos oblicuos y sacudió las puertas mal cerradas, igual que aletas de tilapias por fuera del agua. El clima montaraz hacía doler, pero cuando ese dolor se metía, ardía cansino, aporreando similar a la embestida de un novillo suelto.

Desde que los animales comenzaron a bajar por la calle del Trincho, Nohelia empezó a acosarse porque

quería salir del pueblo con un hombre que se acostara entre sus piernas, amándola de verdad. Por eso, ella rondaba la estación y al Capi. Por eso, se le metía una calentura por las braguitas, manoseándola, y el deseo la agarraba de gancho. Entonces aplacaba sus impulsos fumándose un cigarrillo rompepechos, a su manera: cercando la luz hasta que la caldera del fósforo casi le quemara las uñas; luego chupaba el tabaco rubio y se le entraba el ardor hasta el fondo. Ella creía que las bocanadas eran besos de humo al aire, pero se habían vuelto alaridos en su estragada soledad, esa soledad que le infló la ilusión de que algún día, un hombre como el Capi, se desbordara con ella de la mano, con ella sonriendo, con ella por ahí juntos en un parque, en una casa: su hogar. Ansiaba vivir con ese hombre sin estar prestada a los unos y a los otros, vuelta pedazos. Pero Nohelia sufría de insomnio si se le arrimaba alguien con la verga dura y sin sueños.

El mes estaba gastado doce días y el año se venía envejeciendo. Nohelia ya contaba con los dedos de una mano, los meses faltantes para que fuera diciembre: mes caliente. Vio al forastero que llegó rendido y le cayó, diciéndole que si necesitaba algo.

—Vea varón, descargue en la residencia mía, que allá lo atiendo. No se meta a esa otra, que se está desplomando. En la mía es como si estuviera en mi casa. Le hago la comida. Es que yo vivo ahí mismo. La cama es aseada y hay baño limpio.

A los ojos de un forastero, la hembra estaba presentable. Nohelia sabía su oficio para engancharle a la gente nueva unos buenos pesos, con algún meneíto blando. Le había sacado el jugo a unos choferes y mecánicos de otro pueblo más afuera del farallón, pero se aburrió de tener ese olor a grasa y a gasolina en todas sus cosas. Era mejor elegir a los clientes, que tenerse

que aguantar a cualquiera. Ya algunos de los que se habían ido, le sobaron el culo, pero a esos, también les había costado algo. En sus mejores épocas, cuando había cosecha, los recolectores la agarraban bueno y ella los aprovechó para acumular unos ahorros junto a esos sueños por largarse. Siempre, después de cualquier encuentro con un tipo, ella se persignaba, se hacía un lavatorio con jabonado y limpiaba las culpas contando la paga. También le había cobrado a los muchachos curiosos por un toquecito de afán. Pero era la necesidad por sobrevivir, la que mantenía su tedio remunerado, lleno de bocas sucias y cuerpos vulgarotes. Esta vez Nohelia quería atraparle los bolsillos al forastero con hambre.

—Venga le sirvo algo bueno para que se coma, antes de que pasen los bullosos. Yo le preparo algo caliente y le doy una buena sobremesa.

—¿Cuáles bullosos?

—Esa gente que reza y después termina bailando.

—¿Cuánto me va a costar la atención?

Ella, creyéndolo cubierto en polvo de oro, le dijo que veinticinco pesos el día.

—¡Oigan a ésta!

—Le incluye dormida patrón, una comida y merienditas... usted sabe. ¿Se va a quedar harto rato?

—Para una diligencia de unos asuntos que me quitarán, si mucho, hasta mañana.— Se tocó un papel en el bolsillo.

—Ah, pues despreocúpese, que yo me ocupo para que pase bien y aliviado. Ahí no dejamos de arreglar lo justo —y continuó su pesca de varón cargado—. ¿Primera vez que usted viene por aquí con esos ojazos?

Efrén Zabala, que era de cuerpo aburrido, tenía hambre.

—Hágale pues. Dejémoslo en quince— le dijo él.

—No puedo. Queda pues en veinte.

—¡Listo!— y él agregó: —Hasta tenés un tonito que me recuerda a alguien.

—¡Mejor!, así nos sentimos más cercanos.

Mientras charlaban por la calle, yendo hacia el Hoyo, a la residencia que era la casa de Nohelia, el Capi por allá arriba del Trincho alzaba la mirada hacia las nubes altisonantes, y el muro con balaustrada de alto hasta la cintura, le sostenía su aburrimiento.

Por esa calle empedrada, las mulas arañaban el relieve abrupto del farallón. Más allá se volteaba hacia el barranco de Casabaja y se veía el puente para la salida a Santa Susana y en la cumbre, el monumento del Salvador iluminado. La falda arriba se llamaba la Cuchilla y por donde doblaba, en la esquina de la trilladora Mejía, aparecía un parque muy solo, con un enorme árbol de mionas y la calle del medio. Al fondo, hacia abajo, quedaba el Hoyo, en donde estaba la casa de Nohelia, que también alojaba a una bagre novata. Estas dos tenían su alcurnia, porque no se mezclaban con las lavanderas de las vueltas del río, que más que lavar, enjugaban y escurrían a los hombres que caían en sus remolinos de espumas, y les pegaban venéreas, de ñapa. Estas dos, sí eran limpias.

Desde la Cuchilla, quería resbalarse una lluvia que acosó más el afán de Nohelia por atender al cliente.

—Apúrele, que se nos viene encima la escupita.

El Caratejo Libardo Salgar se les cruzó. Nohelia le pidió un rubio. El Caratejo miró con reparo al nuevo y le ofreció un cigarrillo, después de darle el resto de la

cajetilla a la mujer. Salió rascándose una picadura que le alargó la cara.

A esta mujer de faldita violeta, Efrén le siguió sus piernas y su ruta. Bajaron más calles y más aceras escalonadas. A ella le gustaba que la siguieran; era buen negocio, cuando con su juguete carnal podía espantarle los cansancios a sus visitantes o complacerlos.

Cuando ella se fue tocando la fachada con los dedos, llegó a una puerta aguamarina de dos alas. Abrió un candado, agachándose, tentándole la vista con el escote. La casa era una de tantas, como calcada. Una vecina chismosa asomó su silueta que habitaba la otra orilla de lo cotidiano, machacando carne y cortando tajadas de plátano maduro para la comida de su señor. En este pueblo largo, las gentes parecían siluetas bordadas a las cortinas que daban hacia la calle; eran como láminas pegadas a las puertas entreabiertas y cuñadas con piedras, que repetían sus poses de casa en casa, bajando hasta el Río Bravo, como cine de cartón visto desde una terraza; cine de la vida sin la protagonista que Efrén venía buscando, guardada en una imagen en el bolsillo, guardándose también su sentimiento, cansado sin su Silvana del retrato.

Ajustó la puerta. Adentro, ellos se convirtieron en siluetas adheridas a los bordes de las cosas, de los pocos muebles, de una silla roja, un Buda brillante, una cocina arrinconada y una mesa con mantel florido que se recostaba contra unas escaleras inconclusas, sirviéndole de alacena para el revuelto; un peldaño con cojín era butaco de cemento para el comedor. Al fondo estaba el baño entre dos piezas sin puertas, y antes de salir al solar, había otras dos piezas. A esa hora, parecía que medio pueblo era parte de una amnesia voluntaria y el otro medio ordenaba algún

jolgorio. Se notaba por el correteo de los niños y el volumen de las voces.

Nohelia arrojó la mirada sobre el hombre que había pescado y, moviendo ollas, sacó un perol para freirle una carne y picarle una ensalada de repollo con rodajas de tomate pintón.

La lluvia se quedó estancada detrás de los brazos abiertos del Salvador. Efrén mordió su carne. Ella destendió la cama y alisó la sábana. Sacó una toalla. Puso música en un radio que sonaba rastrillado. Las voces de afuera se alzaron. Nohelia se asomó por la ventana. Efrén seguía mordiendo la carne.

Ya algunos vecinos se habían puesto los mejores pantalones para la procesión y las mujeres habían desenredado sus rulos y guardado sus chanclas de plástico que usaban en los días corrientes. Porque este atardecer estaba para calzar zapatos y para que las niñas se pusieran sus vestidos de muñecas, de esa tela vaporosa, brillante y semitransparente, predominando el color rosado y el amarillo de llama.

Los pasos y el volumen de música comenzaron a llenar la calle empedrada y el interior de la residencia y las piezas y el comedor, aplacando la música del radio. Efrén se asomó, mondándose los dientes. El barro rojo salpicó los vestidos de estreno, pero no importaba mucho, porque en medio de esa corriente, afloró un sentimiento religioso que sustancializaba los gestos melancólicos en expresiones de fe, cantando: "...Y es por eso que los colombianos, la llamamos madre, la llamamos madre, madre celestial..."

Efrén cerró la ventana a los cantos y rezos. Entró y puso más volumen al radio.

Del gentío momentáneo se desprendió alguien que entró por la puerta aguamarina de la residencia, pasó por el corredor y los miró. A Nohelia no le importó que la viera con un hombre atrapado. La que entró era la mulata con quien vivía, que tenía su pieza y sus asuntos particulares, compartiendo gastos.

Por la calle venían los niños brincando y rondando una virgen lívida, de madera. Y le daban vueltas y revueltas jugueteando. Los adultos venían rezando y charlando. Parecían peces de colores buscando la comida en un estanque. Alrededor de la figura pálida vino la marcha que creció con los cantos, todos apretujados como si no cupiera un alma en media cuadra, agitando pañuelos amarrados a guaduas, saludando a los que se asomaban desde las casas. Ya la ventana de la residencia sin letreiro de Nohelia, marcaba visita encerrada. Adentro, ella coqueteaba mucho. Afuera, pura algarabía.

Efrén respiró acelerando el pulso y se lanzó a besar a Nohelia.

—Que pasen los bullosos.

Ella jugó con su lengua. La otra que había llegado, no les importaba. Pasó al baño y miró complacientemente. Nohelia le hizo una seña. Él chupó y no miró. Ella estaba gozando. ¡Sí que gozaba! Y a Efrén se le puso duro. Nohelia abrió las piernas, subiéndose la faldita violeta y bajándose los calzones hasta los muslos. Él bajó el volumen rastrillado del radio. Ella lo quería mecer.

Allá, las mujeres con pierna fuerte cargaban a Carmen que seguía virgen, montada en un altar con cartulina y papeles crepé de colores azul hortensia y fucsia, agujereados con tijeras. Todos esperaban algún favor

de la virgen de manos blancas. Servía para ahuyentar los males de por allí y no caer en la furia endemoniada de los novillos que se soltaban falda abajo, con los cuernos filosos parecidos a dagas.

La figura resplandecía a la fe, con un corazón de bombillo, que alumbraba sangrado en el fondo de un nicho, en su tronco sin senos.

Ya Nohelia se había levantado una blusita vaporosa y él tenía la cabeza anidada entre los senos. Le lamió los pezones. Alguien más entró por el corredor y Nohelia se compuso el vestido. Ese que llegó, ella lo conocía: era el Capi, que le gustaba tanto. Efrén no entendió. Ese otro hombre entró de afán, buscando a la mulata antes de seguir y atravesar una cortina con chaquiras de la pieza del lado, donde ella buscaba algo. Miró a Nohelia. Ella se ruborizó. Así son algunas mujeres. Había querido adueñarse de ese hombre, apropiarse; es que, Nohelia era posesiva. La virgen seguía afuera, en su marcha. Los de la procesión pasaron, poniendo la medalla de San Benito entre huecos diminutos que hacían en las tapias de las casas; decían que ahuyentaba vecinos malucos y los protegía de caer en malos pasos.

Apoyándose en la confusión, Nohelia se quedó quieta. Los otros se fueron alegremente, con una botella de ron en la mano. Ella no les quitó el ojo hasta que salieron, mientras quería lamerle el paladarcito blando a su cliente de turno. Abrazó su nueva adquisición, agitándose, diciéndole cosas con el lenguaje de la piel y con el lenguaje de la boca, diciéndole otras, jugando con la lengua sobre su extensión, llevando ritmos extendidos, sopesándose y besándose y así, hasta hundirse en el ardor de una sabaleta sin cola atrapada por el señuelo de la entrepierna, amasijándose, apa-

reándose, actuando un amor esquivo. Luego se santi-  
guó, se lavó y exigió unos billetes: —Son de adelanto,  
usted sabe.

Aquel racimo de creyentes se fue unido, y cuando  
llegaron a las curvas del río, las doñas de piernas grue-  
sas arrastraron la devoción, regresándose. Abajo se que-  
daron algunos hombres que ya se pasaban las botellas  
de ron y de aguardiente, babeadas en el pico. Los niños  
volvieron con la gente que se dispersó.

Allá, junto al cementerio, en una caseta esterillada,  
los tremendos e incansables cuatro músicos, con sus  
platillos oxidados, dos flautas de caña brava y un tam-  
bor de cuero de ternero, hacían sonar un bullerengue  
ceremonioso. Después, pusieron música a todo taco,  
"Ay caderona, caderona; caderona vení meneate. Vení  
meneate, pa' enamorate; caderona vení meneate", y en  
parejas amasijadas, brillaron hebilla. Algunos tiraron  
voladores detonantes y papeletas, mientras que los  
más creyentes y las ancianas examinaban sus súpli-  
cas, derritiendo esperma en velones encendidos en sus  
casas.

Cada uno estaba en lo suyo, pero siempre hay gen-  
te metida en las vidas ajenas; por eso Nohelia se había  
venido gastando en la saliva timorata de medio pueblo  
lengüilargo: "Nohelia, es una bagre". Eso, salido de  
las doñas, de las vecinas, de aquella y de la otra, ya so-  
naba amenazante como un mal deseo que venía espan-  
tando sus enganches. Había que aprovechar la carnita  
fresca para atrapar a un tipo que viera por ella y des-  
pués, todo muy simple: juntar complacencia y marcar  
territorios. Además, el cuerpo todavía guardaba un buen  
cariño para entregárselo, no a quien la eligiera, sino a  
quien ella le diera la gana de elegir. Pero con el Capi,  
no había funcionado, ni con rezos aprendidos.

Después de que Efrén y la mujer se anudaron en ese juego de los cuerpos, que sobrevive más que muchas especies, los aplacó la fatiga de caderas y cintura y ese cansancio por haber poseído un cuerpo sin amor. Así que Nohelia, con su particular abrazo de medio lado, se descargó sudorosa y le provocó fumarse un cigarrillo. Le ofreció al hombre un trago de aguardiente. Encendió, cercando la luz del fósforo y chupó fuerte, para hablar un poco con el extraño de cuerpo degustado. Las palabras iniciales fueron de humo.

Después, le contó que en ese pueblo se soltaban los novillos más bravos que bajaban al matadero y sacudían su furia en la falda del farallón, aterrando con sus malas mañas. Muchos quedaban desdichados al castigo de su paso y de sus astas puntudas.

—Ellos acaban con el que encuentren al paso— dijo ella. Pero a Nohelia le importaba más un hombre vivo como éste, que le diera unos billetes, que hablar de difuntos, y apartó la conversación y la cabeza, como queriendo convencer falsamente a Efrén de que esa sinrazón le era indiferente.

—Es por eso que vengo— dijo él.

—¿Cómo así? Acaso, ¿te querés morir?

—¡No! No es eso. Busco a alguien que de pronto estuvo por aquí. Se llama Silvana, o se llamaba. No se qué se hizo. Dicen que los novillos sueltos han matado a muchos.

—Podés estar buscando a una muerta— le dijo ella secamente.

Efrén sacó de la ropa doblada sobre un baúl el retrato de Silvana y se lo mostró.

—Mejor encontrármela sin vida, que no saber si aún vive por ahí, con otro.

—Ojalá no se haya encontrado con los novillos en un camino o en este pueblo. No siempre llega primero el rumor que baja en los cascos. A veces tenemos tiempo de encerrarnos de eso tan endemoniado, de esa maldición— y la mujer se santiguó como una rezandera de las del desfile.

—Dígame lo que pasa.

—Contarle pesares le cuesta como una merienda con ron y un paquete de Pielroja— queriendo sacarle provecho a su ansiedad.

Efrén le compró la botella y los cigarrillos, que ella sacó de la pieza de su compañera y luego le arrendó la lengua mojada y abierta. Su voz se tornó igual que como lo hace un megáfono promocionando la cháchara de un politiquero o de un cura.

—En esta época de tormentas, los animales se enfurecen y bajan desbocados. Vienen muy rápido y creciendo como cuando se derrama la espuma de la leche que hierve. Salen siempre desde arriba, de la Cuchilla, de atrás del Salvador y se resbalan en su carrera hasta golpear el Trincho para descargarse con toda su furia con quien se atraviese. Parece un chorro de maldad.

También le contó que eso no venía bajando precisamente con un sonido de pito o de flauta anunciándose, sino que llegaba con un tormentoso bramido en arrastre, resollando, azotando zócalos: —Se lleva en su avalancha a quien encuentre por ahí o se esconda mal escondido— completó ella.

Lo aterrador no era lo rápido como los novillos ejecutaban su correría, sino que no daban tiempo para huirles, para meterse en algún zaguán o encaramarse por unas escalas, o voltear rápido en las esquinas, escapando. Y Nohelia continuó vendiéndole palabras.

—Los novillos hacen un estruendo contra las puertas cerradas y los cascos sisean entre los surcos de las piedras enterradas en la calle. La gente sale despavorida, huyéndole a la furia tronadora.

Efrén le preguntó que si las calles las dejaban vacías en un santiamén.

—Ojalá se pudiera. En su arremetida ellos no dejan y se llevan por delante todo lo que se encuentren. Parece una venganza de Dios. Muchos se han largado a otros pueblos o a una "mejor vida" en el cementerio.

Nohelia temía que el Capi la dejara algún día, sin haberla tenido. El forastero seguía imaginándose a los novillos.

—Ya la rutina se conoce. Primero llega un tabletazo seco, como un trueno. La gente que tiene tiempo, se esconde hasta que todo pase. Ni mi Dios muestra misericordia. Como que ya no tiene mucha por estos lados. ¿Y usted viene a buscar a una perdida?— preguntó Nohelia.

—A mi Silvana.— Y completó—: Hice una promesa.

—¡Promesas, promesas! Ustedes siempre prometen. ¿Para qué una promesa si no creen mucho? Así ella no aparece.

Él guardó silencio.

—Con estos animales no valen las promesas, creo que no vale ni mi Dios, ni el Salvador. ¡Nada! ¡Es un tormento!— aseguró Nohelia desesperanzada.

Efrén le dijo que él creía que Silvana había estado en ese pueblo.

—Creer es asunto serio. Esas intuiciones alivian pero a veces fallan— dijo ella y agregó—: Mañana le muestro de dónde puede sacar alguna información de su Silvana del retrato.

A él se le aliviaron parcialmente los ojos, antes de que le diera un sueño cansado. Nohelia ya acumulaba unos tragos de ron encima. Terminó su jornada con ese tipo, que le daría con qué comer en los próximos días, y con el que se había desatrasado en la piel, aún caliente y activa. Percibió que Efrén, cóncavo y aturdido, cómodamente se sumergió en un sueño, no con ella, que era puro cuerpo; tal vez con el alma de su Silvana.

—Cuando no pasa nada, parece que pasara algo— se dijo Nohelia, que tenía un Capi picándole con ají entre el ombligo y sus ganas de tenerlo, o que él la tuviera, no sólo en sus brazos, sino en el amor, tan resbaloso.

Efrén estaba con el semblante espeso, colgado de las pestañas. Afuera, los bombillos destelleaban sobre los letreros de bares y en la caseta debían estar bailando, y el Capi bailaba bueno cuando se le daba cuerda. ¿La mulata sí le estaría dando suficiente amañe?

Nohelia se tomó un ron y se metió en los labios un cigarrillo que chupó intensamente. El tiempo se arrinconaba en la media noche. Con ese tipo ahí entredormido, no habrían revelaciones ni muchas ilusiones de esas que agitan el corazón, abrillantan los ojos y clausuran soledades acumuladas.

Efrén parecía que reposaba como un sietemesino, aunque un zancudo vibrara incesantemente igual que el filamento de un foco encendido al medio día. Con una sobresábana, se tapó del filo de luz que entró des-

de el resquicio de la puerta aguamarina, atrancada. Afuera, los cascos de una mula asolaban las piedras. Volvió a vibrar el aleteo del zancudo y al sentir el tintineo de un manajo de llaves, se sobresaltó:

—¿Sos vos mujer?!

Nohelia de pie no dijo nada y se miró en el espejo, evadiéndolo, y halló sus ojos, y le habló mudamente a sus ojos: —¡Controlate! Este pueblo no es tuyo. Este hombre tampoco.

Ella se escuchó con esa oreja moral que hay por dentro de todos, esa oreja profunda, que en forma de copa carnal, sostiene y escucha los pensamientos rotando como zancudos. Abrió el grifo del lavamanos, que estaba en el corredor, junto al baño, y tragó agua y besó la toalla. Se miró de nuevo y en el reflejo, ya era otra. Se rayó los ojos y aplicó labial, olvidando que se había acostumbrado a esa costumbre negociada del cuerpo. Qué importaba este hombre, si es que las ganas por el Capi le habían encendido una piedra de lumbré en el pecho, dándole a su gesto alquilado un poco de aire nuevo, de respiro.

Volvió a sonar la percusión de cascos bajando la falda. Las horas no campaneaban. Efrén intentó dormir de nuevo, pero se entró un resoplido del viento cuando se abrió un ala de la puerta aguamarina, y con el viento se entró esa algarabía trasnochada de la música floja de por allá. Nohelia ya no estaba metida en la cama, ni en la pieza, ni en la casa, y un taconeo de afuera, ya no era el de sus pisadas con chanclas, lejos.

El hombre del desencuentro se volteó con lo puños apretados, intentando dormir el desenfreno que le había acalorado la mujer. Por allá repicaba un bullerengue

pegajoso, "Adelina vente pa' cá, dame un beso que te agarro...". Era un coro que quería ahuyentar el recuerdo de la bajada de esos novillos endemoniados y alegrar a los dolientes que había dejado el último año. El sonsonete del maldito zancudo no dejaba pegar los ojos en esa cama ajena. La almohada le bostezó en la cara blanda, un olor a cenicero. La volteó y por fin cayó profundo en el sueño inconcluso de encontrar a su Silvana, aunque fuera dormido.

Soñó que dormía. Durmió soñando en el sueño de Silvana. Soñó que la puerta se abría y de afuera llegaba una voz familiar.

—¿Sos vos mujer?— preguntó él—. A vos te conozco niña.

—"Usted a mí, no me conoce, sino que me ha tratado"—. Y ese aguacero que amenazó desde los brazos del Salvador, se soltó. Llovió en la voz, y llovió sobre la puerta cerrada de golpe, y llovió en el sueño espeso sobre la cara dormida de Efrén.

El reloj y el zancudo continuaron sus ritmos. Nohe-  
lia ya se sacudía en esa masa de mortales, aglutinados en cantos sin rezos, amasijados y bailando en una sola lazada. Se fue para ver al Capi, morderse de celos con su amiga y lanzársele al Caratejo Salgar encendiendo un cigarrillo rubio y tomando disimuladamente la botella de ron que se había llevado, medio vacía.

En la madrugada, Efrén se despertó de soñar mentiras y se despegó sudoroso de la sábana. Aún caía la llovizna que rebotaba en el empedrado, surcándolo, chisqueteando hasta las escalas de la acera y hasta los zócalos coloridos. Los terrones se desmenuzaron y se deshicieron los cagajones.

Nadie había en la residencia, más que él. "¿Dónde estaría Silvana?", pensaba.

Una bulla lejana rebotó en las paredes; eran rumberos que todavía rastrillaban onomatopeyas. Las puertas de los negocios estaban con candados; las horas también. Al fondo, en otra casa, repicó el martilleo del agua que escurría y afuera siguió el andar de herraduras. El golpe volvió a sonar con insistencia. Estaban cerradas la barbería, la tienda, el liceo en vacaciones, la botica. Estaban abiertos los cafés madrugadores, con trasnochados que comían empanadas para calmar la resaca, y la iglesia con el rosario de aurora. El goteo se adormeció en los techos. Volvieron los cascos. Alguien llamó a otro con un silbido. La gente afuera pasaba despaciosa y con las botas mojadas. Esperó, por si venía Nohelia. El taconeo —¿sería de ella?—, podía ser el andar de Silvana perforando la niebla de ese pueblo semidurmiente. Se iba —¿a dónde iba?—. La calle se iba con ella y se perdía en el caudal, que busca desembocar siempre más abajo, para abajo, para allá iba, para la zona roja en las vueltas del río.

—¿Quién está allá sonando unas llaves, sos vos Nohelia?

Volvió un ruido de mulas pasando. Volvió ese recuerdo de Silvana con las manos tibias. Volvió Nohelia con el Caratejo Salgar: —...somos monedas— le decía ella.

—¿Y entonces?— retacó el Caratejo.

—Que ese es, un forastero buscando a otra forastera.

—Estará dormido. ¿No será de los de la quebrada arriba?— preguntó el hombre.

—No me suena que es de los de allá.

—Muchos tienen cara de forasteros y son de por acá— dijo él, susurrando.

—No sé los nombres de todos los de este cagado pueblo, ni de los que viven al borde de la carretera. He pasado mucho por la carretera y veo las caras. Conozco caras vistas, no nombres. Cuánta gente que vive entre esta casa y el parque, no la conozco y apuesto que a mí sí me conocen.

Efrén se hacía el dormido, escuchando la conversación arrastrada en las lenguas.

—¿Quién se habrá muerto conociéndome, y yo sin conocerlo?— dijo Nohelia.

—Peor para ellos— agregó el Caratejo.

Nohelia sonó llaves. El Caratejo Salgar se fue tambaleando. Ella se metió a su cama. Efrén se hizo como si se volteara dormido. De su boquita pintorreada le salió un ronquido quejumbroso. Los zancudos también se quedaron dormidos.

Cuando Efrén Zabala despertó del todo, ya era medio día y Nohelia compraba algo en la plaza. El hambre se asomó hasta las encías. Seguía cayendo esa llovizna mojabobos. Efrén esperó a Nohelia para que le diera un tazón de caldo de pollo con menudencias. Cojeó con una pierna encalambrada y con las manos atrás se amarró un afancito. El minuterero goteó. Efrén, quieto miró al fogón, se rascó y no hizo nada; esperó. Esas pisadas no eran de Nohelia. Se tragó el salivazo mudo con el que renegaba del agua, de los golpes afuera; alegatos consigo que no le brotaron más allá de la ruta de Eustaquio, entre oreja y oreja, con su voz deslenguada diciéndose un montón de ansiedades por dentro, porque si salieran al aire, serían putazos lanzados sin precisión por sus caucheras verbales. Estaba harto de ese pueblo. Esta mujer no llegaba con su taconeo particular y un candelazo de arriba con un trueno simultáneo,

le hizo morder un "Santa Bárbara bendita" y lo empujó hasta una herida abierta en sus recuerdos.

—¿Dónde carajos se metió Silvana?!

Escuchó a una mujer llorando, mientras que los árboles de los solares se sacudían. Se había caído el rayo, justo en la casa vecina, y la serpiente eléctrica asomó la cola por los barrotes torneados, arriba de la puerta aguamarina de dos alas; parecía que quería entrar hasta el corredor y Nohelia llegó acosada de la tienda, con su escote deliciosamente profundo y mojadito.

En la cocina, hervía el agua sonando grillos de vapor en fuego medio. Nohelia le vació las menudencias y una pizca de sal y cilantro. Puta hogareña, ésta. Ama de casa con una bata floja, insinuante. Él supo cómo era debajo de esa ropa: ¡pura candela!

Se tomaron el consomé y Efrén quiso caer en el recuerdo de aquel cuerpo, marcando sus marcas, para intentar borrar eso que lo aquejaba. Ella no le dio la sobremesa, acosándolo para que fueran donde el Capi.

—Anoche le mandé razón de su vuelta, de la mujer que busca. ¡Muévase!

—No ve que no me he bañado.

—Yo lo llevo donde ese capitán con gusto. Apúrele que despacha hasta temprano.

Efrén se dio su baño sonándose la nariz, se puso la ropa limpia y brilló los zapatos con las medias sucias. Nohelia vistió una blusita ombliguera que le asomó los hombros como dos senos bronceados y sabrosos, sin pezones, y se fueron subiendo las escalas de la acera.

—¿Traés el retrato?

—¡Hum! No me desampara.

Llegaron al despacho, oscuro como una nave de la iglesia. Ella entró decidida. Otros estaban esperando en una banca.

—¿A la orden?— dijo una cuarentona fea detrás de un pupitre, vestida como una colación.

—¿Está el Capitán?

—¿De parte de quiénes?

—Dígale que soy la Nohelia y que es por el asunto de la desaparecida.

—Es que el Capitán no se encuentra. Si quieren, lo esperan un ratico o anotamos una cita.

—No gracias.

Nohelia sabía que "un ratico" allí podía significar horas, o días, y agarrando a Efrén, que no entendía de esos trámites, salieron al corredor del despacho.

—Yo sé dónde lo encontramos más fácil. Aquí, se nos cuaja el tiempo. Venga.

Salieron deslizándose entre la sombra de los otros que esperaban. El muro tenía un escudo patrio con un cóndor cabezón y garritas de pollo.

Unas cuantas cuadras arriba, estaba el Capi, mascando pipa de táparo, recostado en un zócalo anaranjado, viendo al Caratejo Salgar y a otros dos muchachos que jugaban machuque, acucillados en la acera. El oficial hacía campanear con sus llaves una moneda que sostenía en equilibrio en la uña del pulgar. Nohelia y Efrén se acercaron.

—Yo a usted la conozco— le dijo el Capi a ella.

—Usted a mí no me conoce, sino que me habrá tratado.

Efrén pensó que el tipo había tenido a Nohelia an-

tes que él. Es que la hembra daba ganas de acalorarse con ella. Y recordó que aquella cara y sin uniforme caqui, había estado la noche anterior en la residencia de la mujercita; había entrado con la mulata, de afán, por una botella de ron y había interrumpido una chupada.

El Capi volteó la cara hacia las monedas lanzadas en el juego y dijo despectivamente:

—¿Qué le provoca?

—Es por este hombre...— dijo ella.

—¿Y es que es mudo, o usted se le comió la lengua?— le soltó con una voz de cuchillo de doble filo.

Ella cerró los ojos y Efrén se le presentó. Nohelia no pudo hablar más y mejor se fue a desaprender de amores estancados. Así que dejó al par de hombres para que cuadraran sus asuntos y se unió a la jugarreta de Libardo el Caratejo y los otros.

Al Capi le importaba un comino de dónde venía este tipo, que le mostraba una foto con una tal Silvana, ni cuál era su apellido.

—Bueno, bueno, hace calor.— El Capi y los muchachos siguieron golpeando las monedas, cada uno con su estilo.

—Venga vamos a tomarnos algo.

Nohelia se quedó prestándole unas monedas al Caratejo, que sonriendo, lo habían ripiado. Ella estaba en otro juego, lanzándole miradas al oficial, y el oficial atravesaba su mando, como si ella tampoco importara mucho.

Entraron en la tienda y del bar que cruzaron, salió un saludo hipócrita de un billarista, "Quiubo Capi", rebotando con el golpe (tac) de las bolas en la mesa.

—¿Qué les doy?

—Un par de horchatas— dijo el Capitán, consultando el gesto de aprobación de Efrén.

—A ver hombre, ¿cómo me dijo que se llama?

—Efrén Zabala.

—No, la de la foto. (tac)

—Ah, ella... ella se llama Silvana.

—Y ¿qué tiene para decirme de esa Silvana, o lo que sea?

Hasta la tienda seguía llegando el ruido de las bolas (tac) que iban y venían, entre bandas golpeándose; también se alcanzaba a escuchar el chasquido del arrume de fichas que crecía en el alambre que contabilizaba un ganador y persistía el olor fermentado de los miasos del orinal vecino. Nohelia y el Caratejo ganaban en el machuque.

—Y si, a esa, ¿se la arrastró un novillo?— dijo fríamente el Capitán—. Ustedes los forasteros no saben como es esto. Es bravo el asunto. Ni se lo imaginan. Saben puras palabritas oídas o inventadas y no saben realmente todo. ¡No entienden nada!

—Puede que no se trate de eso— dijo Efrén.

Se quedaron un rato callados tomándose la bebida con el fermento de panela, nuez moscada y harina de arroz. Fue un momento en el que llegó el silencio cansado, que después se toteó con la moneda en el pulgar y, después de un nuevo golpeteo de las bolas de billar, dijo:

—Mire hombre... Efrén. Las leyes no alcanzan para encontrar gentes que no se sabe dónde están, si pintiparadas por ahí— y miró hacia donde estaba Nohelia embolsillándose unas monedas que se repartía con Libardo —o andan con otro, o si ya están dormidos, con la boca llena de tierra de cementerio.

Entonces el oficial cogió un impulso resentido: —Esa puta manada de novillos nos quiere borrar del mapa, nos quiere dispersar y que sobrevivamos pocos— y a Efrén le tocó escuchar un montón de hazañas dichas con voz dura y muchas babas.

—¿Y Silvana?— le preguntó Efrén como entendiendo una derrota que no se conoce, pero que se quiere aceptar.

—Hombre, no se pegue más golpes de pecho. Si andaba por aquí esa hembrita, es mejor que le eche cascajo al asunto y se devuelva.

Nohelia estiró los ojos furtivamente hacia la tienda, hacia el sonido agudo de la llave sobre la moneda en la uña, hacia el trasero de pato del Capi.

Salieron. Efrén pagó porque el oficial no hizo el intento de cancelar el pedido, jugueteando con su moneda en equilibrio.

—Puede que no esté por aquí o puede que esté en esos otros casos sin resolver, el de los cuerpos mutilados, calcinados o descompuestos. Esos troncos bajan por el río y se estancan en las curvas, junto a la zona. Hieden más que las bagres.— Buscó a la mujer con la mirada.

—Vaya pasado mañana y miramos los archivos o averiguamos. Déjeme la foto de ella.

—Mejor yo se la llevo después a su despacho.

—Como quiera.

—Gracias Capitán.

El hombre aquel no dijo nada más y siguió golpeando la moneda sobre la uña. Y ese sonido se le clavó a Efrén, que se relajó con Nohelia esa otra noche.

Al día siguiente era miércoles, día de descanso en el pueblo, como un domingo en otro lado, y Nohelia se

lo llevó a un charco y encima de una piedra caliente se hundió en él, desacomodándole la pantaloneta que ella le prestó. Y así por la noche, mientras lo consoló, ella durmió con la ilusión alquilada y unos billetes arrugados en la barriga de un Buda de alcancía.

La residencia seguía con este sólo visitante y su dueña. La mulata volvió más tarde, llegó sin ruidos y sin acosarse.

El jueves, Efrén despertó con la música que sonaba rastrillada en el radio, afanado para ir a ver si en los archivos del Capi estaba Silvana. Nohelia había ido a comprar huevos y leche y la mulata dormía con un blusón que se le recogió hasta la cintura, mostrando por el descubijado, que tenía buena piel, pero con unos raspones como la carne dulce de los mamoncillos, parecida al Ecce Homo. Se acercó. Ella dormía su dolor con los párpados hinchados, plácidamente.

La puerta chirrió como una inhalación y Efrén vio que nadie entraba, pero que de afuera se colaba un susurro empantanado. Se asomó y creyó ver que en la cuadra de arriba iba una mujer con el andar y el cabello y la piel cetrina y las manos largas y un vestido color verde de mango biche, igual a Silvana.

—¡Silvana!

Y la mujer corrió con pánico como si un novillo suelto bajara por la calle de la trilladora, tumbando al prócer de bronce que nunca falta en todas las plazas. Esa mujer se le perdió, volteando su gesto lívido en la esquina. ¿Sería otra? Miró el retrato y Silvana, en blanco y negro, seguía bonita. Se echó a llorar, pero no de tristeza, sino que comenzó a llorar de alegría porque creyó que por fin la había encontrado, y ese sufrimiento se acabaría. La aparición fue tan breve como la de las al-

mas que deshacen los pasos o penan, para que les recen.

Azogado, Efrén fue al despacho del Capitán. La cuarentona fea repitió lo mismo del otro día.

—¿A la orden?

—Vengo donde el Capitán.

—¿De parte de quién?

—Tengo cita— se anticipó a las palabras que salían duplicadas por el papel carbón de los labios de la mujer.

—Dígale que soy Efrén Zabala, el del otro día. Muéstrole, que es a ella, a mi Silvana, que ando buscando.— Le entregó la foto a la fea secretaria.

—Un momento.

Se entró. El Capitán no se dejó ver de Efrén. La mujer que vestía horrorosamente, salió al corredor oscuro con el cóndor deforme, pintado en la pared.

—¡Venga! —Le dijo, sin mirarlo.

Abrió una puerta y ella le señaló el interior del cuartico lleno de arrumes de papeles amarrados junto a una bandera descolorida, unas escobas y pancartas. Además un archivador gris.

—Busque ahí. Le toca ver de todo, porque no está en orden. Sólo que en ese cajón están las mujeres y en ese otro lado están los hombres— y le devolvió el retrato.

Desde afuera venía un bramido (—¿otra procesión?—) y la gente que estaba en el corredor se alteró. Efrén en su ofuscamiento, no vio la fotografía de su Silvana en ese desorden de rostros de papel, porque el

ruido de la gente y de los animales, era más violento que el estruendo del relámpago que había azotado la puerta aguamarina de la residencia de Nohelia. Entonces, muy cerca a la guarnielería, venían los novillos sueltos. Eran muchos y de cachos largos, asustando y asustados, como si fueran empujados hasta el filo de la daga de un matarife. Ocupaban, por lo menos, media cuadra de larga, y venían persiguiendo a la mujer del vestido verde de mango biche, con su cara lívida y su piel cetrina parecida a Silvana, y los animales embesaban a otros que estaban paralizados del pánico.

Efrén estrujó a los que curioseaban desde la puerta y salió corriendo en la dirección de aquella mujer, junto a unos perros arrastrando las lenguas, ladrando, ladrando. Por el atrio y desde el fondo oscuro de la iglesia, borbotearon rezos que se anegaron con la gritería desesperada de los que pasaban por el parque. Efrén corrió y corrió para alcanzarla y esos animales endemoniados venían corneando a quienes se cruzaron en su carrera nerviosa. Entonces se atravesó el Capi que venía con la camisa oficial color terroso, enrollada en el puño, silbando, queriendo llamar la atención de las fieras en tromba, para alejarla de la mujer de verde y de otros pueblerinos, como si espantara una colonia de avispas tiranas. El Capi soltó frases muy vulgares y se metió empujando, en un zaguán que se cerraba con un portillo mugriento. El terror no dejaba llorar a los curiosos ni a los perseguidos. El Capi escupió un sartal de palabras sucias y vociferó como un arriero, pero el estruendo animal bajó resplandeciendo, destrenzando su oscuridad de ola bestial y furiosa, arremolinándose en las puertas mal ajustadas que los animales empujaron en su desbocado afán.

La manada bajó apiñada, con turbulencia. Bajó en un amasijo informe entre la fila de las fachadas, igual

que una rueda de fuego endemoniada, destellando las pezuñas que descendían y alzando el sonido impetuoso del movimiento, con un olor rancio a cagajón. Unos cayeron, otros se golpearon, pisoteados, impotentes en su huida, contra las puertas cerradas, contra las patas y los cachos, contra las piedras y los zócalos y las escalas: contra la atrocidad.

Los novillos cambiaron de dirección intempestivamente haciendo temblar las tripas. Después se arrojaron por la vertiente de escape hacia Casabaja. Unos tipos agitados se pusieron a silbar y a llamar a otros, hasta que por fin, la manada se hundió en los bajos del pueblo. Efrén aprovechó para ir donde la mujer del verde de mango biche, que creía que era Silvana, y esa otra respiró sus últimos aires y le salió un lamento ahogado en la sangre volcánica, un lamento que era un nombre, no su nombre, antes de que la quietud diera la última señal del desgaste de su vida.

La mañana se había reventado con aquellos animales mortíferos que chisguetearon los zócalos, dejando la piel de los muros con un desgaste de herida.

Entonces el aburrimiento de los recién levantados se había sacudido y se siguió escuchando ese ruido largo, que duró mucho, alejándose. Nadie calculó la magnitud de lo que pasaba, y la manada dejó a su paso una realidad inexorable, una niebla aplastante.

A Nohelia ya no le había alcanzado el llanto que retuvo en su cuerpo menedito por tantos años, para dulcificar su despedida.

Cuando los animales iban lejos con sus violentos bramidos, salieron las señoras gritando nombres desconocidos para un forastero. Ellas acecharon los tumul-

tos de curiosos con alaridos llorosos y se desgajaron. Desde las esquinas y los postigos, las gentes se llevaban las palmas a sus caras queriendo tapar el daño. Las víctimas estaban atravesadas en los andenes. Fueron sorprendidos afanando el escape. La calle quedó sumergida en un dolor, con pueblerinos, forasteros, vecinos, parientes de los unos y los otros, casi todos desconocidos para Efrén. Muchos quedaron ahí tirados y no estaba Silvana.

Efrén Zabala tenía labrado en su búsqueda el nombre de Silvana, la cara viva de Silvana, los dientes, las manos, la sonrisa del retrato. Rabiaba como la primera noche sin ella y sintió un trapo juagado en limón y vinagre dentro de la tráquea, en el recuerdo del espacio vacío de la cama, de su cama.

Esta mañana el dios de los creyentes se llevó un reguero de gente al purgatorio, y de cualquier escondite, salió a borbotones un gentío entrometido con sus ceños de cocorilla. Salieron revoloteando igual que chapolas en un foco, por las puertas que chirriaban, por ventanas y balcones y terrazas, aspirando ese aire trillado que quedó sobre los cuerpos regados en la calle del Trincho, y en la calle del medio, y en la del Venteadero y en la falda del Hoyo también. Y salió volando un rumor desgarrado entre bocas temerosas y orejas distantes cuando alguna doña o un deudo lanzaba su grito "Mi Dios, ¿por qué te lo llevaste?", y empezaron a agolparse los vecinos, desde la Cuchilla hasta las curvas del río. ¡Eran tantos! ¡Eran muchos! En ese pueblo que se creía desocupado.

Se asomaron por los postigos, y algunas señoras que salieron a las puertas escondieron sus ojos detrás de las cabecitas de sus niños de brazos. Cruzaron las manos como escudos en el tórax, bajaron los gestos,

aguzaron los tímpanos para el chisme, estrujaron recuerdos y hasta se sentaron en los quicios, esperando el espectáculo aburrido de los enterradores, que comenzaron a llegar con la paciencia de sus particulares oficios.

Entonces llegó el jefe de la cuadrilla, Libardo el Caratejo Salgar, fumando y con otro cigarrillo de repuesto en la oreja. Vino para ejecutar su acto, más aprendido por la rutina, que pensado. Miró la falda de arriba hacia abajo y mandó a traer las mulas que pastaban y tragaban melaza en una pesebrera más arriba de la tienda.

La labor al diligenciar el levantamiento de cadáveres como éstos, era difícil, pero al fin y al cabo, los puestos oficiales daban para vivir y sostenerse tranquilamente. Los enterradores buscaban con aquel empleo, tener una vida un poco más digna, convirtiendo esa nada aplastante de la muerte, en un rastreo de sobrevivencia deseable para tantos allegados, que desesperados, buscaban el consuelo oportuno de un "todavía vive". Los heridos, pesados como colchones inundados, los encaramaban en el lomo de una mula y los llevaban al patio del hospital. Los muertos eran montados a las mulas y cubiertos con cualquier trapo; luego se los llevaban para el cementerio.

Efrén se metió en el tumulto y llegó donde el Caratejo para decirle que si podía ayudar.

—No sé de ella— y le mostró la foto de su Silvana—. No sé de ella por semanas y a mí eso, me va a matar.

—¡Hágale, y sin torpezas!. Júntese, que yo sí le pongo oficio. Y recuerde esto, forastero, el que no está conmigo, está contra mí— y le preguntó:

—¿Y Nohelia?

—No sé, por ahí estará fumando— dijo Zabala.

Mientras el Caratejo Salgar tomaba fotos a las víctimas, para engordar el anaquel del Capitán, Efrén movía el cuerpo caído y entintaba las yemas inertes, para estampar las huellas dactilares en unos cartones verdes y formateados oficialmente. Efrén creía que Silvana podía estar por ahí, tal vez en el próximo tirado.

Una señora rabió mirando al Cristo Rey, el Salvador con su gesto indiferente de cemento:

—¿Y tus brazos tiesos de qué sirven Señor? —decía. ¿No ves, ni escuchas con tus orejas sordas los llantos de los allegados? —Ese profeta ya no avisaba ni en sueños la protección que muchos pedían, con réplicas en la sala y espermas encendidas. El cura con sus cruces en los dedos y rezos no hacía nada. Así no se salvaba una vida.

Del grupo de figuras quietas viéndolos trabajar, siguió destacándose esa madre que cargaba a su niño ingenuo, tomando jugo de curuba en tetero.

Efrén parecía adormilado, insensible. Asumía aquello como parte de la búsqueda de Silvana, su Silvana del retrato. Tomaba dedo por dedo del occiso y como queriendo resolver el duelo, estampaba el pequeño laberintos dactilar en el formato. El Caratejo cumplía su labor, vaciándoles los bolsillos, quitaba hebillas, ganchos de pelo, prótesis dentales, anillos de herencias, matrimonios o regalos, llaves, botones finos, cadenitas con el Salvador y menuda. Casi nadie cargaba más chucherías junto a los documentos (si es que llevaban) antes de morir así. Los curiosos caían en la cuenta de lo poco que valía morir de este modo y se agarraban la cabeza, atendiendo aporreados y heridos.

El Caratejo y los enterradores vestían un delantal de dril color caqui: color oficial de los empleados que trabajaban con la muerte, como los del cuartel. Se ensucia menos de tierra, carbón o sangre. Los enterradores terminan por soltar las lágrimas de para adentro mientras que las de los dolientes brotan hacia afuera en chorros, maldiciendo y rezando.

Zabala siguió ayudando. Se frotó las manos entintadas y vio en un charco de leche con barro anaranjado, su reflejo. Volteó el cuerpo y era Nohelia. La piel de Nohelia estaba hecha para eso que llamamos felicidad, no para este estrujón de mala racha. El Capi, cogiéndole la mano, yacía absurdamente al lado, corneado, desangrado. Todo quedó en desorden. La panadería aún olía a parva fresca y afuera, la gente desconsolada se sentó donde pudo.

||

El Caratejo se aterró, porque se le ancló el corazón a la inercia de la mujer, esa que le había dado más que ratos calurosos dentro de su cuerpo, que había sido su apoyo, su amiga más allá de la carne, el reemplazo de ilusiones que ahí se vencían, con Nohelia muerta.

—Hemos dispuesto los medios a nuestro alcance —dijo el Caratejo Salgar con ese lenguaje falaz— ...para que cada una de las familias afectadas por el desastre, encuentre algo de tranquilidad.— Eso también lo había dicho posudamente tantas veces el Capi, y los dolientes no notaban. Sólo querían dejar el afán para recuperar y llevarse a sus muertos, a descansar en paz.

—Llévense a los muertos que ya registramos, para el cementerio— dijo él, asumiendo el mando, más realista que ese palabrerío aprendido al Capi—. Luego veremos qué vamos a hacer.

Efrén Zabala huyó de sí mismo para un tiempo en contravía y ante él, desfilaron los minutos gotereados, pero esa gente fisgona seguía pegada, estorbando.

—A ver, no estorben de a mucho— gritó el Caratejo y recuperó el ánimo.

A la cara lívida de Nohelia no le tomaron fotos, ni estamparon las huellas de sus yemas. Efrén recordó que ella encendía el rubio sin filtro con un gesto encocando los dedos y creyó ver que esa llama y esa vida se iban, igual que una bocanada de humo que alguien muy grande se tragaba. La montaron en el arco del lomo de una mula y la cubrieron con el trapo de color verde de mango biche de la mujer que no era Silvana. Quedó como testimonio de dolor para los ojos.

El Caratejo tuvo que seguir con el oficio, entre los quejidos de la gente que fueron subiendo de volumen: eran lamentos arremolinados y "diosmios" moqueados.

A los cadáveres les pesaban sus gestos de defunción y Efrén tembló al verle los ojos idos y el desgaje, así que comenzó a bajar la loma con la difunta Nohelia, hacia el cementerio. La gente vio al forastero que bajó por la calle del medio, que bajó por el Hoyo, que pasó frente a la residencia de Nohelia con la puerta aguamarina de dos alas, donde sonaba rastrillado un radio mientras el ritmo cansado de los cascos también bajó y llegó a la zona de las lavanderas. Los niños curiosos se enredaban con las patas de la mula, haciéndole un cortejo nada triste, correteando igual que como lo habían hecho en el desfile de la virgen pálida de las súplicas, hasta que llegaron al cementerio.

Los niños vieron que el forastero cruzó el cementerio largo, con ese andar de herradura lenta, lleván-

dose a la difunta Nohelia, que no tenía quién la reclamara y quién la llorara, y que quiso en vida irse del pueblo con un hombre.

Cuando llegó al puente para la salida a Casabaja, en el río Bravo, Efrén desató una canoa que se sujetaba a una piedra ya caliente por el sol de la media mañana y ese hombre forastero se llevó navegando a la mujer envuelta en el trapo ajeno de color verde de mango biche, por las vueltas del río profundo, ya anaranjado de barro. La canoa se fue flotando desfallecida, río abajo. Siguió y siguió río abajo y allá se fue.



## Glosario

- Bagre:** Mujer de mala reputación.
- Biche:** Que aún no está maduro.
- Bullerengue:** Música autóctona de las negritudes colombianas.
- Cocorilla:** Maracuyá.
- Esterillada:** Hecha con esterilla (guadua abierta en forma de tablillas).
- Farallón:** Monte rocoso, peñol o domo ígneo.
- Jugarreta:** Juego.
- Machuca:** Juego de azar que consiste en voltear monedas con un objeto, golpeándolas.
- Malucos:** Que no gustan.
- Novillo:** Res de engorde, macho y castrado.
- Pintón:** Entre verde y maduro.
- Revuelto:** Comestibles vegetales como plátanos, yucas, papas, arracachas, etc.
- Ripiado:** Que perdió todo en un juego de azar.
- Rumbero:** Que gusta de las rumbas, fiestas, bailes.
- Trincho:** Muro que protege la caída hacia una falda, un barranco o un despeñadero



## Ojos de sabaleta

**C**uando Manuela barre, el piso seco queda pintado de limpio. Arrastra hojas y semillas de almendro y el suelo de tierra queda como nuevo. Mientras ella mira cómo se mueve la escoba junto a la punta de sus dedos, piensa en otras cosas. Levanta los ojos y ve a Jota rumiando su gesto quieto. Sus manos, que aprendieron a barrer, siguen moviendo incesantes la escoba vieja, que lee bien la sombra tendida por el árbol.

Allí, se clava una silla mariapalitos roja con los brazos señalando hacia la quebrada, aparentemente inmóvil como Jota que está sentado, mirando los filos luminosos del agua yendo hacia el río. El perro duerme su siesta entre la mugre revuelta. Manuela recuerda cuando ella era joven y andaba descalza barriendo, siempre pulcra.

La escoba suena su brochazo seco y rítmico, igual que el viento arrastrando páginas tostadas de otros tiempos; un sonido que no siempre da calma. Luego, ella recuesta la escoba sobre el tronco y junta un morro de cosas recogidas en la base del almendro, que vive carga-

do de hojas rojizas y luminosas, pintadas por el sol. Pero no todo queda tan claro en un suelo de tierra oscura.

—¿Te traigo un aguardientico Jota?— y sin palabras, él le hizo un gesto en broma con las cejas diciendo sí y moviendo con la cabeza un no. Manuela entendía: le gustaba aquel juego. Al momento ella se aparecía trayendo dos vasos llenos, uno con el trago anisado y el otro con leche al clima, porque así calmaba la agriera.

Él se tomó un sorbo breve y desde la mariapalitos acostumbraba leer el paisaje y en él los sueños fluyendo. Así que ancló sus ojos sobre el cauce de la quebrada y se puso a divagar, con esos recuerdos que se sacuden por dentro del cuerpo y que remueven los tiempos idos.

—Ojalá que el agua fuera perpetua— dijo y de nuevo estuvo callado. La quebrada seguía bajando su rumor anfibio hacia el valle y entre el golpeteo del agua trajo aquel evento que comenzó a palpitar de nuevo, y que se hizo un recuerdo cada vez más fuerte: eso que pasó en la quebrada, allá donde se cruzan las sombras de los chochos gigantescos bañando un pastizal, allá junto al potrero con el alambrado que aún marca el límite del solar, más allá de donde ahora estaba Manuela recogiendo la ropa asoleada, dándole abrazos al viento. Desde allí venía ese aire que iba adormeciendo a la tarde sobre la espalda de las tejas. Pronto aparecería el arco del ocaso bostezando, mientras que La Chaparrala se iba sumergiendo en su camino pétreo y Jota se hundía más y más en sus repasos no tan frescos, más bien tostados como su voz.

—Ese día fue azul añil— comenzó a decir él, señalando al cielo abierto detrás de la quebrada—. Por eso

fuimos a bañarnos a Charcolargo. Después de cruzar los chochos altos y que nos internamos en el cerro, cruzando la hondonada poblada de rocas del tamaño de vacas echadas, llegamos al sitio.

Ya Manuela prestaba su atención apoyándose en la silla, recordando que al llegar allí había metido los pies descalzos en la corriente y que la quebrada se los había iluminado con una luz de abajo, como de adentro, con una luz mojada que bajaba confianzuda y sabrosa. —Yo ayudé a desvestir a mis primas, tapándolas detrás de una grandísima toalla. Después me tocó a mí el turno —dijo ella.

Jota interpuso sus palabras y le recordó que ella se movía y se agachaba insinuante para dejarle ver su cuerpo, lleno de malicia, pero que las sombras sobre la grama no quedaron escondidas y eran sombras desnudas vistiéndose. —¡Vi tu sombra desnuda Melal— y levantó su gesto en la ceja. Jota tenía otros gestos para otros sentimientos. Éste era uno bueno, pero no todos eran siempre gestos tan amables.

El calor se hacía insoportable y pegotudo. La Chapparrala bajaba golpeándose entre piedras redondas que hervían, como esa ansiedad que él tenía represada. Las chicharras de la orilla estiraron sus zumbidos de ruido vivo, rompiendo el tedio. El perro se rascó y se volteó. Jota se untó los labios del anisado. No bebió de la leche.

—Para ponerme la pantaloneta, subí por el borde de la quebrada, hasta un matorral. Creí que me podías ver, así que mi timidez me hizo buscar escondite entre los muslos de una roca mayúscula. Tú y las muchachas comenzaron a chapotear en el agua, refrescando ese murmullo bueno que suelta el monte. Recuerdo que

busqué un lugar por ahí para no mojar la ropa cuando me la quitara. Me desabracé de la camiseta y del resto y fue tan conveniente el sonido de la fronda con las risas y los juegos de ustedes rebotando en mi entrepierna, que puse a un lado también mi pudor, pisé hojas muertas muy tostadas que crujían como astillas de canela y no vi esas raíces que me enredaron los pies. Entonces caí torpe y desnudo rompiendo el duplicado del sol limón en un pantano.

Manuela venía escuchándolo. Ella se había sentado en un brazo de la mariapalitos, aquel que Jota había dejado libre; era un brazo grueso y firme como los suyos, cuando la abrazaba y la protegía.

—Yo ya venía creciendo con el cauce y con ese clima que me envolvía de ganas por ti— siguió contando Jota—. Yo enjuagué el barro de mi piel y mi edad de hombre que se inflamaban. Lavé mi sensatez y me di un baño en la corriente que agravó mi fragilidad cada vez más primigenia, como esa esencia activa y viviente del agua que me fue endureciendo por partes, enardeciendo, desnudo.

La corriente seguía grabando su tiempo geológico sobre una fila en desorden de rocas calvas que se lubricaban a su paso.

—Yo tenía una piedra cromada de mí mismo entre las piernas, iluminada como tus pies descalzos con una luz de abajo, como de adentro de la quebrada, y tú chapeabas con las muchachas, inocentes. Entonces, comencé a oír los sonidos más lentos y cóncavos y los verdes se pusieron más verdes rodeándome. Sabes que me gustaba explorar por ahí, oír cómo se labran las venas del cerro, ver algo.

—¿Te gustaba?— interrumpió Manuela—. Aún te

gusta lanzar esos ojos más allá y recogerlos llenos de curiosidades— y le dio un beso en los párpados que él recibió con agrado.

Allá, en ese tiempo, detrás de la primera línea de árboles y entre sus espacios, vio que ellas se bañaban, y seguía desnudo por debajo de las axilas de las ramas flacas que colgaban sobre él, rosado y mojado, y sobre la quebrada, ambos horizontales. Y la vio como una aparición.

—Estabas jugando con ellas y contemplé cómo te diluías. Fue por eso que el aire le quedó grande a mis pulmones y mis bocanadas se crecieron. Yo merodeaba tu cuerpo empapado hasta que me viste. Y no fue a los ojos.

—¿No?— replicó ella con malicia y agregó—: Sólo que estaba leyendo como tú el paisaje, y eras parte del paisaje.

Mientras levantó su ceja, él volvió a darse un traguito de aguardiente y otro de leche. Ya el almendro les daba una sombra que era masa color ámbar, cubriéndolos. No era una sombra, eran muchas sombras revoloteando con el viento que las agitaba. Y cayó una hoja tostada. Ella la recogió y la arrumó con las otras al pie del tronco. Las chicharras replicaron sus tonos una y otra vez, en coro, hasta reventar. Jota acarició al perro que seguía dormido.

—Y vi cómo te movías. Yo te vi, Mela, escurriendo la mirada y el pelo que chorreaba brillos de mercurio. Yo hice como el que no me veías y sabía que tú actuabas de ausente, como si no me vieras y jugabas con el agua. ¿Jugabas conmigo y con el agua?— Manuela contestó su pregunta enviándole, esta vez, un beso por el aire—: ¡Es que me gustó tanto!

—Pero mi vergüenza no se asomó ni llegó esa vez como una descarga —dijo él— ni me aplastó. Hice la farsa de no encontrar mi pantaloneta, clavando la dirección de mis ojos hacia el suelo, buscándola, mientras te daba el tiempo suficiente para que me miraras de nuevo. Es que el clima calentaba y por eso extendí mi plazo para la desnudez. Era la quebrada la que me ponía así, sin pudores.

—¿La Chaparrala o yo?

—Las dos, inseparables.

Hacia adentro de la quebrada, los anturios del monte les hacían señas con sus dedos y ellos multiplicaron sus imágenes en la savia traslúcida que seguía pasando y murmurando. Los hilos de luz que se colaban entre las ramas azotaban sus caricias en la espalda.

Aquel recuerdo había buscado acomodo en los rincones de sus arrebatos, que salieron fogosos trepándose por las arterias, como una obsesión por tenerse y tocarse mientras los olores altos del bosque se precipitaban como besos, cayéndose igual que hojas secas, rozándolos con su saliva dulce. Por debajo de alguna roca, un limpiapiedras seguía ejecutando su labor lamosa, chupando su alimento, y la corriente mansa seguía arrastrando hileras encadenadas de piedritas vivas que se apresuraban para llegar al mar, rodando. Y el caudal sonó más recio, como en invierno, queriendo invadir sus cuerpos, allanándolos, sumergiéndolos.

—Yo escuché tus pasos hídricos escurriendo las ganas y vi que llegaste a mi cuerpo desnudo y que delante de mí, te inclinaste para atraparme— apuntó él, acariciándola.

—Yo no hice nada— le dijo Manuela con su voz mordida por aquel cuerpo que se acosaba para calcar

ese tiempo, cuando cerca a Charcolargo ellos estuvieron en su juego húmedo, como éste.

Ella sacó su lengua firme y bebió, así como el perro bebe agua de arroz, y se alargó chupándole las falanges y se untó de su sabor salado de ansiedad. Él se dio de beber para aplacar otra sed, esa impetuosa y magnética sed que se alborota cuando el sonido del paladar de la quebrada vocifera vocales llenas de agua. Y el vaso de leche al clima se derramó sobre la tierra barrida del patio, que se la tragó. Ellos y la tierra andaban acalorados, porque el agua no siempre vive quieta.

La quebrada también a veces se salía de madre y se asoleaba en la manga, y así desbordada era inservible. Así se ensuciaba el ruido fresco con un bramido terroso que dejaba marcas sobre las rocas, robando más tierra a los barrancos para entonar su color de azote mojado. La habían visto arrastrando animales desesperados y cubriendo con su tendido mostaza los bordes de los sembrados, anegando surcos, hasta las rodillas de la gente; ella enfurecida llegaba hasta los solares y se metía en el patio. Luego, cuando se asomaba el sol, el agua volvía a su propio rastro, el de siempre, y se reacomodaba retomando su color vidrio y su calma. Tan temperamental como Manuela.

—Ya eres menos impulsiva, Mela. Recuerdo que arriba del charco cuando estuviste conmigo, de pronto, así no más, me diste un empujón volteándote, escurriéndote muy rápido. Un empujón como esos en los que uno se desprende de algo, de los que uno se suelta displicente. Y te pusiste irascible haciéndome de lado. Luego me tiraste terrones y agua y te escapaste con tu moral extraña, lanzándome piedras.

—Era un juego.

—¡Linda energúmena!— le protestó Jota, apre-

tándola juguetonamente contra su cuerpo. Una protesta que se transformó en un montón de besos y continuó—: Luego yo salí detrás de ti, pero llovían cosas duras y te fuiste brincando esa coreografía de grillo que aún tienes pegada en los talones. Fue un instante en el que casi te tuve, Mela, pero chapoteaste ese lapso entre amarnos o engullirnos, dejándome, y yo vibraba de ganas.

—Pero te dejé una mirada traspasándote— apuntó ella que se acompañaba de un gesto simpático en los ojos.

Jota se puso en la boca el último trago del fondo del vaso y ya no tuvo leche para pasar su sabor dulzón de anís. El perro se sacudió algo que le picó.

—¿Por qué huíste antes de que mis dedos se filtraran por entre la ranura de tu escote, antes de que mis roces atacaran tu traje apretado?

—Me he arrepentido de no haber hecho lo que quería— dijo ella y repitió su gesto de ojos coquetos.

—Huisté brillando en la curva y esas rocas que lanzabas me desesperaron como si un montón de hormigas cachonas me mordieran vencido. Esa tarde no supe qué hacer para instalarme junto a ti— y él la tomó por la cintura—. Yo estaba mojado reflejando el cielo...

—¿O era un purgatorio?— interpuso ella que se quedó con las palabras, diciendo—: Más abajo, donde nos bañábamos, te tuve en mi boca, con un poco de esa agua de la quebrada que también te envolvía. Yo sentí que tus ganas bajaron navegando con unas hojas y que me palparon. ¿Lo sabías?

Él no dijo nada y respondió con el gesto de duda levantando la ceja.

Ella continuó: —Sin que te dieras cuenta, nos unimos en el mismo cauce, habitado por los peces y esa arena que recorría el fondo como si fueran insectos

subacuáticos acariciándome las plantas, iluminada con luz mojada. Eras tú prolongado y yo tomándote.

El hombre sintió que al escucharle aquello, él se metía de nuevo entre la espesura de los árboles y dentro del agua, porque las corrientes lentas de La Charrala le traían sus fugas marcadas, flotando.

Él se rascó una cicatriz junto a la curva de la oreja y dijo, cerrando los ojos: —Después de recibir tu lluvia de piedras, ya mi humedad no fue sólo de agua; sentí que docenas de grillos acústicos reemplazaban a las chicharras, con sus cantos duplicados, y que mi sombra desnuda se iba nadando sin esfuerzo, hasta que llegó ese golpe sin dolor.— Era un golpe denso que le dio la paz que él no tuvo pescándola-amándola. Un golpe en un pedrejón que sonó coco en su cabeza.

—Mi tronco buscó un remanso y comencé a sostener mi propio sueño. Allá en la quebrada caían las luces derretidas hacia el fondo, brillando con las burbujas bailarinas de esa otra dimensión que no conocía. En el tímpano enmudecieron los grillos y comenzó a sonar la alarma de una lluvia dactilar sobre el techo de pergamino de mi vida, tan frágil que se me escurría en la saliva de la quebrada, que se lavaba tu beso, ya sin tu boca y sin tus juegos.

—Yo no sabía eso— añadió Manuela con tristeza.

—Yo estaba empapado y tus risas y tus gestos se me escapaban. Yo me estaba yendo de viaje solo, en un viaje bocabajo, sin haberte tenido, sin haber aprendido a acomodarme en tu cuerpo, que se difuminaba dentro de mi sueño frío y pesado.

Ella se puso tierna y dijo: —Y yo que me mordía las ganas de buscarnos aletas en las costillas y branquias en la entrepierna. La quebrada nos lo hubiera permitido esa tarde— y continuó con un tono de arrepentimiento—: Yo no supe que bajabas mal y golpeán-

dote contra las rocas. Yo creí que jugabas. Yo te hubiera dado mi respiración antes de que ese fondo te supiera a lagrimón salado y hubiéramos nadado en nosotros mismos estando uno en el otro.

—Mejor que ese chasquido espeso que ocultaba "mi juego"— dijo él.

Esa tarde la corriente de la quebrada bajó con su luz mojada diluyendo a Jota, que se hundió lleno de pesadumbre, del color de la carne lacerada, y el agua lo envolvió con hojas que bajaban y que se estampillaron en sus tobillos y en la espalda; él, golpeándose contra las piedras que lo recibían sin ganas, guardando en el fondo un sordo silencio cómplice, tan mudo, lleno de líquido: agua imantada hacia otro polo, hacia el negativo de esta vida positiva y erguida. Agua callada, porque a los que se ahogan, se les ahoga primero la voz y luego les da un sueño muerto en la cara.

Jota aún seguía con los ojos cerrados. El perro babeaba. Y él siguió contando su angustia.

—La Chaparrala envolvió mi volumen sumergido y me cargó con fastidio. Y yo quedé sin aire; lento y sin aire, pero sentía como si yo estuviese ciego, que afuera el día refulgía y se colaba por entre las ramas y que entraban al agua muchos sables luminosos cortando mis impulsos ya quedados; que entraban a mi cerebro ecos del canto gotereado de pájaros en una caverna de cristal, y que seguía siendo arrastrado sin gravedad por la corriente, con mis instintos disipados.

Sentí entonces una serie de jalones de peces en desfile sobre mis ganas líquidas que se iban. Me rasguñaba el deseo de una vida buena, una vida corriente. Porque la muerte es un estanque repleto de desconsuelo. Uno puede morir con el desagrado de esa muerte que

no duele, antes de ser lo que quiso ser y quedar lleno de agua y vacío de vida. Pero el agua así no sirve para nada. Pero no me valía sacar las ganas, porque las ganas se estaban quedando inhábiles, dejadas sin la conciencia de mis partes, sueltas. Y sin aire en mi pecho hundido, comencé a olvidar todo, menos tu mirada viva.— Jota abrió los ojos despacio, recuperó la luz y la miró con ojos de muy adentro. Tomó aire, exhaló con pausa. Manuela respiró con él, acompañándolo. El perro dormía.

—Mi rebote sobre el cauce desdibujó una realidad inatajable: me había quedado estancado. Uno se puede quedar tieso y se le pueden estancar las ganas; uno, así congelado, pierde lo que se siente y no se responden ya las preguntas y no se sirve más que para el llanto. Y no se sirve sino que se estorba mucho.

Ella dijo:— Ya ves que no podemos irnos así de viaje, en cualquier momento, sin más.

—Mela, yo no quiero quedarme algún día con el gesto dormido en la cara, como si pudiera encontrar otra vida de sueño detrás de las miradas blandas, sin despedirme de ti.

—No digas eso— protestó Manuela y ambos se limpiaron un charco corto en los ojos. Y ella replicó:

—Yo no quiero que te mueras primero que yo: me moriría— entonces se les aflojó un llanto compartido, como el aire de la tarde.

—Yo tampoco quiero que te vayas, no sería capaz de seguir sin ti— dijo él.

—No digas esas cosas que los dos estamos vivos y es para seguir viviendo.

Se contemplaron con un abrazo apretado, con besos abiertos y profundos y un afecto más sólido que la cordillera.

—Yo que creí que así, en el agua, bajabas bromeando.

—No, Mela. Nadie puede bromearle a la vida tanto tiempo estando tan pálido, debajo del agua, tan quieto menos el pelo, tan sin nada puesto encima, con las yemas de los dedos arrugadas. Y con la boca muda llena de distorsiones, distorsiones densas y sumergidas.

Manuela estuvo en silencio acariciando la cabeza de Jota con ternura. Jota sobaba al perro y éste despertó lamiéndole la mano y Jota continuó:— Allá afuera, las nubes clareaban como las baldosas del patio recién lavado de la casa vieja, y yo estaba muy hundido dejando de respirar, mientras se ahogaban mis miradas. Pero no dolía ni desesperaba. Sólo se mojaba más la calma. Allá afuera, sonaban revueltas conversaciones en una lengua ajena: eran hilos de palabras lanzadas a la superficie. Sonaban vocales abiertas golpeando un latón. Caían chorros de piedras a ras de mi flotabilidad perdida, aguijonazos impregnados de sonidos confusos. Sabía que no era un sueño, que era más pesado que un sueño pétreo. Y tú creíste que era un juego.

—Yo... no lo sabía— y Manuela agregó—: pero cuando vi que no movías nada en el fondo, junto a mis pies en Charcolargo, no pude salvar esa sensación punzante de haberte tirado piedras y comencé con mi culpa a enojarme. Iracunda para nada... cólerica de impaciencia.

—¡Esa impaciencia!— puntualizó Jota alzando la ceja.

Y ella añadió: —Puse ojos de incrédula, eras un bromista, un grandísimo bromista.

—Dicen que clavaste tus gritos en La Chaparrala y tus ojos tomaron un rumbo extraño. Yo sólo oía como si alguien barriera la tierra llena de hojas caídas y tosta-

das como canela. En la imagen de ese patio había una silla roja pero todo alrededor estaba vacío y sentí que ese alguien venía barriendo largo, largo y que me borraba, que mi alma se descascaraba. Pero mi alma se puso enorme y plena, más que el cerro, más que la tarde, más que tanto susto enmudecido, más que la quebrada entera. Y algo me jaló hacia este lado —señaló el piso de tierra.— Por eso salí como un gran pez desde un chorro bestial y desesperado y fui pescado por la vida y tú te cargabas una culpa que apedreaba tu pecho, haciendo una bulla mujeriega de chillido pánico. Y te cogí con mis fuerzas, las del último bocado de vida y agarré tu talón resplandeciente y resbaladizo. Fuiste tú la pescadora, Mela.

—Yo sólo sentí de golpe un baño frío en mis pies —dijo ella— y te saqué y te pegué en el pecho con rabia. No podías morirte así. No era justo.

—Sin tu impaciencia y sin tu ira instintiva que me benefició, no sería nada— puntualizó él.

Entonces Manuela, dándole el gran beso del pez-beso, le habitó su boca y luego sentada en la mariapalitos y cargando a su hombre, dijo:

—Es que así tan tirado, ¿para qué el deseo?

El perro se sacudió y se fue a beber agua.

Y las páginas húmedas sobre aquel recuerdo profundo, fuera ya del tiempo, dejaron de estar ancladas en la mirada sabaleta de Jota, que siguió viendo cómo fluía la quebrada, mientras aquel cielo y el agua hundían sus cuerpos en el paisaje, junto al gran almendro de la casa de Manuela.





## El olor y la gata

**V**ivo solo hace tiempos, con mis objetos oliendo a lo que huelen las pieles de esas mujeres frescas que me visitan, y luego se van, lanzándome puntadas de enganche y yo las dejo. Imposibilidad de conservarlas, ¡carajo! Y me dejan y a veces vuelven y me traen sus halos que cuelgo en mi pequeño espacio que habito, fingiendo que las deseo ¡tanto! Se tragan el cuento.

Como un animal, yo aprecio aquellos olores que me dejan en las cosas que curiosean, en el sofá donde las acaricio, en la cama donde las revuelco, donde les lamo sus poros saladitos y apreso sus efluvios agrídulces, brotando sobre los cuerpos. Les extraigo, entre roces y besos y masajes, sus fragancias sexuadas, claras, perfiladas y típicas de mujercitas cálidas.

Unas eran rosas turcas, otras jazmines egipcios. Odiaba las que impregnaban mis gestos de cosméticos o jabones que, al mezclarse con el sudor, producían un grajo oloroso a mancha de plátano verde. Pero ellas persistían en los encuentros con sus esencias de flores, emanadas de sus pétalos carnales. Cada una era una nota

dominante de espliegos, hinojos y muguetes, de mimosas, tolúes, copaibas, mamatos benjuí, castoreos y ambarinos que mi memoria olfativa identificaba y clasificaba. Ya las señoritas no olían a muñecas de plástico ni a talcos de bebé: olían a mujerzotas libidinosas y acariciadas entre torrentes de saliva lubricante. Y sus fragancias se quedaban varios días entre mis dedos y dejaban entre las uñas los orígenes más agrestes, fijos, como barnices poderosos. Puto olor babilónico que estimulaba, "allegro vivace", el recuerdo de sus cuerpos esclavizados. Eco largo de las hembras olisqueadas por un macho asoleado.

El apartamento de al lado estuvo mucho tiempo sin ocupar, hasta que una muchacha joven tocó mi puerta y me pidió prestado un martillo, con su voz acuosa de "hola, somos nuevas en el edificio, ¿tú nos puedes prestar un martillo?". De su voz salía un acorde cítrico de bergamota, de limón naranja, neroli, y de petitgrain, que le combinaba con el color de su blusa mandarina.

Yo aguantaba una tarde más que tibia, vestido de pantaloneta y una camiseta sicodélica. Le sonreí y dije "con gusto", mientras chupaba una paleta de fresa, que derretía su hemorragia helada en el piso. Descalzo, fui por el martillo para prestarlo. Ella esperó en el corredor. Yo chorreaba.

Cuando entregué el martillo, su amiga, inmensamente bella, me miró desde adentro del apartamento recién ocupado, esperándola. Pude olfatearlas y sentir el almizcle, el civeta, el ámbar y una corriente avainillada que salía de la cocina. Era una mezcla compleja y original.

No vi allí objetos, ni cajas de trasteo. No hacían bulla nueva de inquilinas nuevas. Aquella tarde y en

la noche no sentí ni un golpeteo de martillo, ni risas, ni ecos. Más sonaban las horas solas y dormí.

A la bella, la vi una semana después subiendo las escalas con su aire sofisticado y su bouquet de "Anãis" y de gardenia enfrascada. Yo bajaba. Nos saludamos como si fuera común que nos encontráramos. ¡Qué bella! Giré detrás de su estela de mujer buena que meneaba su andar subiendo escalas. Me largué aspirándome las ganas. No le reclamé el martillo, ¡desmemoriado! No supe su nombre; qué más da un nombre más.

Esa semana vinieron otras amigas. Todas vienen por algo. Pero curioso, vinieron las que olían verde, a galbano, lentisco y hoja de higuera. Desfilaron por mi cuarto y se marcharon pronto.

Hace ya 20 días no veo a las vecinas, no las oigo, no las huelo, no sé nada. Sólo sé que prenden un bombillo que pinta de azafrán una ventana sin cortinas. Se nota el chorro de luz desde la calle. Adentro, no se mueven cabezas, ni sombras, ni se ve el parpadeo de colores del televisor. En su balcón no hay matas. No sé nada de la bella.

En el segundo piso vive doña Sixta, que no puede disimular los hedores de su cuerpo viejo, al que le prodiga muy pocos cuidados higiénicos. Por debajo de su puerta se prolonga la aparición de su gata angora, que da brazadas desde adentro del cautiverio, tanteando la sombra de mi andar que las escalas estira cuando paso. Mi cuerpo de tinta transita por su territorio como una lagartija recostada y esa gata, desde su encierro entre antiguos polvos de carantoña, barre mi sombra y tal vez mi olor de "Eau de cologne after-shave", y no la atrapa. Por eso insiste en su caza cuando cruzo, y nada. La vieja Sixta duerme con el animal, me lo ha dicho. "Le extien-

do la mano hasta el tapetico en el piso, al lado de mi cama, y ella me lame los dedos y así duermo profunda”.

Ayer, al llegar al edificio, sentí en el corredor un olor fuerte y viejo, con notas dominantes y hediondas que aplastaban las dulces del recuerdo de Bella. Miré mi suela: nada. Rastreeé unas huellas que no existían, pero el olor ese se clavó en cada escalón y en las paredes comunitarias. Tampoco las manotadas de la gata se asomaron para saludar mi sombra larga.

Entré al apartamento que tiene puerta de madera de cedro, para preservarme de lo que huele afuera. Regué las matas del balcón que me dieron las gracias vegetales remojadas. Afuera se percibía la ciudad acalorada y no llegaban tan furiosas esas cachetadas olorosas y tenaces de las escalas.

Hacia adentro comenzó a deslizarse en masa ese asqueroso tono rancio del corredor por debajo de mi puerta, como un tapete donde se han restregado dudosas materias olorosas. Hacia adentro se iba arrastrando el taconeo de ese aire ajeno que se filtraba en mi aire privado. Calenté una aromática de tomillo. Se hacía insoportable la hediondez de los otros.

Husmeé donde las vecinas. Supuse que no había nadie. ¡Fo, qué mal olía!, una banda ininterrumpida, sin lucidez, molestó mi nariz. Bajé donde doña Sixta. Flotaba esa corriente invisible y extraña, esa niebla nocturna de hedor. El azar del viento caliente unía los acordes en el aire y disonaban.

—Doña Sixta, ¿cómo está? ¿Siente ese perfume agresivo?— Lo asociaba como a Vent Vert de Balmain.

—¿Un qué?

—El olor, el olor...

—¿Su anisado?

—No, ese olor a cosa mala.— No le dije que parecía un depósito de deyección estomacal de ballena, ligrada grasosa!

El edificio enmaderado había perdido su habitual olor verde a musgo de encina, cítrico y almizcle afrutado.

Ella aspiró con su gesto de morsa: —No siento nada, vecino— dijo.

No le mencioné que ese olor denso podía salir de un escondite o depósito de ñola de su animalejo, ni que tal vez era su angora, destapando su basurero... para no ofender.

La doña volvió a dilatar las fosas nasales como una bestia en chanclas:

—Viene de su piso— dijo.

—Tal vez del apartamento de las nuevas— dije.

—Las putas bullosas que no dejan dormir, ni ver la telenovela— soltó su queja y alzó las cejas señalando al cielorraso. Pensé que me estaba quedando sordo, pero Bella y la otra eran el puro silencio.

¿Sería que las secreciones glandulares de anciana le taponaban el pico de lora, o que la grasa mujeriega de su musculatura repintada le cerraba la puerta a esa cochina telaraña de olores nauseabundos?

—Yo acabo de dar la última restregada al corredor con detergente oloroso a lima.— "Fresco pero fugaz", pensé.

—¿Lo siente?— preguntó.

Dije —¡hum!— por no insultarle su trapeado dulzón y sucio.

—¿Algo más?

—No gracias, señora.— Y la Sixta cerró de golpe sin importarle más el olor que las mentiras televisadas.

Volví de nuevo a la puerta de mi apartamento. Eso apestaba. No eran olores comunes. Era un agreste extraño, un olor ácido agudo, huidizo y lento que se enraizaba en mi pituitaria, atravesando el bulbo olfatorio, cociéndome el cerebro; olor no aprendido, sin memoria, alertando.

Entré a mi apartamento que se había impregnado de ese jugo infecto. Encendí incienso de canela mientras puse mi oído atento para detectar el sonido de esa puerta vecina cuando se abriera, o la algarabía que no escuchaba sino la gorda de abajo. No hubo llaves sonando, ni pisadas femeninas, ni el suspiro de un aparato eléctrico. Nada en horas. Pero aquella materia abyecta seguía soltando sus olores tenaces.

El calor se volvió agudo y perforó esa vena grave de aire seco que se puso potente y duro, inaguantable, repugnante. Eso invadió el olor del incienso ya ahumado y mi propio olor a esencias de lavanda, de geranio y cumarina que agresivamente me había chorreado.

Golpeé de nuevo la puerta de madera de Bella: no abrieron. No insistí, porque una gata desde adentro asomó su pata por debajo de la puerta, como la angora de la vieja Sixta. Y ésta perseguía mi sombra lanzada al piso, hasta que dejó un arco sucio, rastrillado, de una tonalidad viscosa, regado como dulce pegotudo.

Volví donde la vieja. Toqué furioso. Puse cara de mala gana.

—¿Quién?

—Yo, otra vez, el del tercero.

—¿Qué quiere, hombre?

—Que esto apesta y es su gata la asquerosa. ¿Sabe dónde está la chandosa?

—¿Qué le importa?

Y me saturé hasta la coronilla de ese aire pesado, como una batería a presión cocinando chunchurria y coliflor. Me estuve callado. Oí que la bocona movió unas tapas de olla y chirrió un jugueteo infantil como palillos entre los dientes llamándola "chuíto, chuíto, chuíto"; esperé con desagrado.

Ella abrió su puerta algo violenta, soltando sus efluvios con una fuerza impresionante y frunció el ceño, esperando a que le hablara.

—Está en el apartamento de las muchachas— le señalé.

—¿Con esas puticas escandalosas?

—Yo le conozco su jugueteo bajo la puerta. Creo que es ella.

—¿Qué hace encerrada allá?

—La respuesta la tienen sus llaves— le dije. Ella administraba el aseo del edificio, las llaves de repuesto, los cobros, al que podaba el prado cada mes, y sin embargo no sabía administrar a su gata.

—Es violación de propiedad ajena.

—Pero su gata es propiedad privada— le presioné para que fuéramos a buscarla.

Su gata me importaba un rábano. Era aquel olor inimaginable, esa esencia que no era pasajera sino una sensación inflada y fija que olía realmente al peor antro. Era aquel olor lo que me importaba: lasqueroso! Y la gata podía saber de esos olores.

Ella fue por las llaves. La gata maulló. Y la gorda se apresuró con un potente y disonante "ya voy muñeca".

Subimos. Cuando llegamos, el animal asomó por debajo de la puerta su sucio rastro. Toqué: nadie.

Ensayó una y otra llave, hasta que abrió y me llegó una sensación olfativa más grande que ese espacio que la aprisionaba. La angora de la vieja se me tiró al ombligo como una flecha y me untó de algo viscoso, que olía dulce. Pero vino una ola de podredumbre que me golpeó la cara. Me tapé la nariz dolida.

Doña Sixta calmó a la gata con su tonito infantil entredientes, sobándola, dejándose lamer los dedos.

Entramos preguntando al espacio ciego que si había gente. El silencio respondió su mudo "no".

Ella encendió una luz y avanzamos. Y luego prendió otra. Y allí se iluminó el cuerpo de Bella que estaba tiesa en la cocina con sus olores corrompidos y derrotados. Estaba desnuda y con guantes de caucho. El olor penetrante, extravagante y profano se prodigaba. Su cabeza abierta estaba untada de mermelada de mora del tamaño de una cuchara. Ella estaba caída sobre el lavaplatos y tenía el cuerpo rígido más azuloso que los baldosines. A un lado estaba mi martillo untado de una costra de óxido rojiza, y una masa grasa y macerada pegada a las uñas con que se sacan los clavos.

Encima del poyo había un molde lleno de cucarachas, hormigas y residuos de torta, cubierta con mermelada de mora babosa. Había 23 velas de cumpleaños con sus pabilos chamuscados y una tarjeta con un "Happy Birthday para mi amiga", con una firma ilegible y fecha de hacía cuatro días.

Bella expelía una dilución alcohólica de cadáver trasnochado, que se imponía sobre los otros olores saturándolos más allá de lo normal.

Y en un plato blanco, puesto con cuidado en el centro de una mesita cuadrada sin mantel, untado con un dedo en forma concéntrica y con ese óxido rojizo que tenían también las uñas de mi martillo, alguien había anotado esta frase en la que se unían el comienzo y el final, como un símbolo de eternidad: "La muerte también lame".





## Domadores en el puente

### Hora inicial

**L**a mascota de antes, ese perro peludo que dormía sus siestas en un andén, calentándose, hoy es una roca más como esas rocas de encima que lo cubren y ya tapan casi todo, dando frío. Fue que a su tiempo lo aplastó el derrumbe, ese que dejó convertido casi todo en montañas nuevas sobre las cosas, con su tedio tirano, encima de lo que era nuestro mundo, tan soluble.

—Yo acompaño al Zurdo a la catedral cada cuatro días. Entre mi cama y la catedral hay dos mil trescientos veinte pasos flojos, de los míos; pero estando allá, los pasos no tiemblan porque se ponen firmes en los escalones para subir a la torre y manejar mis asuntos.

Y la muchachita aleonada, se montó a la mesa donde estábamos charlando. El Zurdo le dio un beso y me dijo: —Iris será como yo, especialista en el conteo de las horas.

Mientras estiraron su beso sobre la tabla, el boquerón se tragaba la tarde y hacía sonar duro al aire congelado que era más recio cuando se golpeaba contra la cordillera. Entonces ellos se quedaron pegados, dándose mutuo apoyo. Yo me estuve muy callado. Ella soltó su lengua de nuevo: —¿Te gustó?

—Hoy llegaré hasta aquel muro alto, allá, el que casi ni se ve delante de la bruma— señaló el Zurdo con las cejas y los tres lanzamos unas miradas que no alcanzaron el sitio, tan estiradas como los hilos largos de unas cometas que se habían enredado en esos pocos techos que aún quedaban en pie, después de que el ronco escurrir de la lluvia de cascajo duro se vaciara sobre los parques, las plazas, las avenidas, cada barrio del norte o del sur, aplastando a la sabana, durmiéndola en el fondo de los cerros que ya se ven por todos lados.

Se miraron y se fueron a abrazar sus sueños un rato, mientras yo me llevé las ganas de su olor caliente, hasta un puente alto.

## **Hora dos**

El Zurdo se desapretó de ella y se puso a enmarañar los hilos colgantes de sus cometas caídas sobre los morros, que ya hacía mucho tiempo cubrían lo que aún podíamos llamar "bloques": lugares donde vivían los pocos vecinos. Y enredaba esos hilos con tanta gracia, que sobre ellos lanzaba otros hilos resistentes que anudaba, construyendo cuerdas y redes que luego se volvían puentes.

— Por donde viniste, forastero, aprendieron a venir los otros a favorecernos, para darnos algo a cambio de estar conmigo. Así dejé de sentirme tan sola.

Le conté que detrás de la torre, más allá de las peñas, de donde yo venía, nadie sabía si existían más morros, ni más hombres, o si todo lo que existía era sólo esa muralla nebulosa con su sonido metálico rebotando, rebotando...

Ellos se habían ido ganando a los vecinos. Él se fue arrimando poco a poco con sus tendidos hasta la catedral, y desde el ojo vacío de ladrillo construyó puentes colgantes que iban hacia los bloques, para que las señoras fueran y adoraran con llamitas a la figura de palo que cargaba un niño pálido, esa que todos decían que los protegía y los guiaba.

— Al Zurdo le conviene tener ese santuario y a mí también. Él cobra su cuota de alquiler para que ellas visiten a la figura tiesa, pero bendita, y mientras tanto, yo sirvo para no estar tan sola y me estoy con los hombres por turnos, siendo míos, en mi sitio sobre el abismo. Ellos conmigo y dentro de mí, queriéndome, calentándose.

Afuera silbaba un viento moribundo, con su olor denso a babosa.

Ella sabía hacer de su sonrisa joven, un apretón de labios deseados, un par de objetos carnales que convertían lo imaginado, en algo posible y poseído. Pero los señores, con sus nuevas ganas a la hora en punto, cuando el reloj de la catedral hizo tañer las campanas, llegaron a este lugar que se cubría con una carpa color elefante, estampada de bocas luminosas, donde la ley de gravedad jalaba muchísimo y el deseo se alzaba más poderoso que las olas bravas. Llegaron ellos, los equilibristas, lanzando al aire un discurso de babas como malabares, tres promesas que sonaban falsas y sus cuerdas fugaces para ensartarla. Entonces

Iris se colgó, volviéndose trapecista, para recibir sus cuerpos que venían girando en triple salto y espiral, ansiosos. Luego fueron desfilando hasta su cama una serie de hombrecitos disfrazados de payasos, que hicieron fila junto a otros payasos maquillados de fieras insinuantes, repitiendo en coro "danos la miel, dánosla todita".

Y sin más brincos, Iris arrojó su piel de un día en el suelo, y como un resorte, apareció esa jauría de vecinos sin nada puesto encima, con sus bocotas anchas hablando mierda. Ella debía elegir al acompañante, sobreviviendo, para jugar con sus poros y su loca carrera, enmudeciendo sus rugidos. Y estando allí voyerista, ella me escogió para un rato, por ser el más nuevo. A los otros, los despachó tan sólo con un gesto.

Entonces le lancé mi afecto en la demarcación de aire llamada besosfera que envolvió su pose rica, muy dispuesta, y me metí en su boca jugosa, deshabitaba como la mirada de todos, como la mesa del Zurdo y mi casa vieja y le compartí mi cuerpo y sumé un poco de su calor para tanto frío. Afuera del refugio, sobre las embalsamadas calles del centro de la capital, seguía cruzando esa corriente fétida, rumbo al antiguo capitolio. Ella dejó sus ojos fijos viendo hacia arriba y me dijo:

—Siempre me asomo por esa ventanita que tengo, buscando las cometas —y señaló a la lona—. Veo por esa boca cuadrada, el cuero azul del animal descomunal y manchado que reptaba lento y trae el frío. Y a veces lo cruzan los hilos de las cometas. Así he ido aprendiendo a manejar la magia del centro, la del buen equilibrio con el cuerpo, para sostener mi calor sobre los puentes, para no caerme. Dicen que eso ayuda.

Se acomodó desenredando mis pies y siguió diciendo: —...entonces grito mis cosas de adentro al riesgo y él se absorbe las desdichas.

Yo solté mi silencio con un silbido blues.

## **Hora tres**

—Cada cuatro días, el Zurdo y yo salimos con mi andar más lento— le oí de su voz muy queda de niña—. Nos vamos por el aire, apoyando cada pie en esas redes colgantes que él hace sobre el vaivén de los nudos. Y se caen las sombras en el precipicio que era antes calle y antes cuadra y antes esquina— dijo con nostalgia—. A mí, ya no me da susto la altura ni el fondo y cada vez se extienden más los puentes y crecen las redes ¿Y qué hay más allá de donde yo no puedo ver? —me preguntó.

Allá abajo del despeñadero hay letreros y graffitis oxidados de tiempo que nadie entiende, y también hay alambres encerrando los viejos viaductos y los lodazales de las zonas de aislamiento. Y detrás de la catedral que asoma eréctil su torre del tiempo, hay peñascos que tapan el día con el color del plomo, y arriba, ese aire adonde señalan las manecillas al medio día, es un aire añil gastado, y abajo se liberan olores oscuros y pesados. Allá quedábamos muy pocos después de que se lanzaron sobre nuestras cabezas, unos dados enormes llenos de puntos negros, tantos como el número de agonizantes que fueron tantos. Hoy están encascaradas otras zonas, porque al viento cuando se infla, le da por deslizar sus abrazos fríos y arrojarse desde la atmósfera hasta nuestros cimientos.

Iris escuchaba mientras que yo recordaba ese horror y que me mantuve oculto de la muchedumbre desbocada, escondido de los de afuera que se volvieron frágiles como pavesas.

Ella interpuso un silencio bajando su cabeza sobre la mía, que escondí de temor entre las palmas de las manos, como mi mejor acto de fe para borrar los escombros de ese tiempo. Y dijo:

— ¿Para qué tan largo el horizontal si hay tan poca gente para mirarlo? Y si no hay gente, ¿qué hacemos con estos morros secos, tan oscuros y cerrados y tan duros?

Afuera no había ruido de otros, ni de esas cosas móviles de "La Gran Urbe", ni existían los niños con sus estruendos.

## **Hora cuatro**

— Desde que el Zurdo y yo llegamos al ojo hueco de la catedral, todo ha sido tan distinto. Junto a una figura de yeso, herida y sangrante con llagas de pinturita, él abre una puerta tostada y nos metemos al corredor que termina en una voltereta de escaleras. Las subimos caracoleando, yo siempre adelante. El Zurdo dice que mi olor le alivia, por eso yo voy al frente y el respira mi olor de alivio. Y subimos muchas vueltas y estando arriba, él le da manivela al Seth Thomas, así llama a eso, un caballito de hierro anclado en cuatro patas atornilladas al piso, con tres estómagos que giran, mordiéndose entre ellos. Y al Seth le cuelga una cola larga y pendular que pesa muchos kilos— dijo ella.

—¿Una máquina del tiempo? —le interrumpí.

Ella no atendió mi sobresalto y continuó diciendo: —Jamás a esa cosa se le ha aquietado su aparato circulatorio de cables jalados por poleas. Jamás se le han desengranado las flechas que dan los minutos y las horas cada tanto. Cuando estamos arriba, en la catedral, reanimamos la cuerda del reloj para que siga marchando el tiempo, y para que suene y así las señoras sepan las horas de visita, y para que el Zurdo pueda cobrar su cuota y luego yo, no esté tan sola, sobreviviendo en mi oficio.

Y no dijo nada más. Se puso a estirar sus nudillos esperando la hora en punto.

Entonces yo me fui de su carpa sin tropezar con las montañas llenas de rocas, porque el ruido ronco de las campanas le anunciaba compañía. Y junto a su cama, ellos, se arremolinaron de nuevo, los vecinos sin camisa, calculando la hora en sus muñecas con sus dedos adelantados un cuarto de tiempo, acosando. Ella se sintió vista y necesitada; parecía que le gustaba más que un poco.

## **Hora cinco**

— Hoy no tañeron las campanas para que las señoras fueran a prender llamas— me dijo el Zurdo mientras anudaba más puentes y continuó diciendo—: Las doñas se iluminan y hacen unas liturgias tan raras, que arrastran sus barullos por los pabellones. Así se rompen los amaneceres. Así comienzan los mismos días. Así viene sucediendo. Y sus rezos rebotan en las laderas vaciadas que hay en todas partes. Hoy no fueron; el reloj amaneció dormido y eso allá se estuvo solo.

Yo notaba su habilidad de pescador antiguo uniendo cuerdas y redes. Iris no estaba muy sola, sobreviviendo con su buena cuota para los vecinos. El Zurdo continuó contando y haciendo sus nudos:

— Cuando le di cuerda al Seth Thomas, regresé por el balcón con tablas de escenario viejo, en la torre de la catedral. Había un arrume de palos, cables, varillas y polvo y esas rocas por montones. Al deambular sobre los escombros en su desorden, yo iba quitando los estorbos con la punta de los zapatos, tirando hacia un lado, despejando el camino, pero las rocas se quedaban quietas sobre el pasadizo que había podido limpiar poco a poco.

—Este no es un territorio para un buen vivir —le dije.

—Ni al menos, para un buen recuerdo— contestó y siguió—: Bajé las escalas concéntricas, abrí la puerta cerca al sepulcro de yeso. Ese cuerpo con llagas seguía arrodillado y escuché un murmullo de rezos también arrodillados, pero allí no había nadie. Recorrí la nave derecha de la catedral y esas rocas por montones me hacían andar lento y torpe. La Virgen solitaria vigilaba todo con su tez inmóvil y bella. Trepé unas piedras acomodadas que servían de escalas para subir al ojo hueco de ladrillos, donde tenía atados los puentes colgantes. Entonces comencé a sentir como si algo jalara de para atrás al mundo, arrastrándose todo; como si lo chupara o se vaciara a medio impulso.

Su voz relatando aquello me hizo sentir un torbellino atado a las costillas.

— Ya no sé qué hacer, más que andar estos caminos muy cabizbajo, con mis ojos metidos en la ranura de este tiempo tan muerto, como mi olvido.

Y su lenguaje se emparentó con el mío y nos quedamos un rato callados, fundiendo los silencios, hasta que llegó un eco como un chorro de luz de relámpago, que todo lo atraviesa y lo llena y se nos cruzó. Entonces vino un estruendo desde la lona, desde esas bocas estampadas y luminosas rebotando entre los puentes, golpeando las piedras, resonando más que el tono del viento.

Salimos tambaleando en ese puente y llegamos donde Iris, que estaba más enferma que la peste que se olía. Nadie se había quedado a dormir con ella, profundamente devorada por la niebla muerta. Entonces se nos pegó la ausencia que nos mordió como un animal de los que se extinguieron.

—Por ahí se oye un zumbido de ala seca y un reptil movimiento en los rincones —dijo el Zurdo sollozando.

Y el tiempo con su soplo de polvo de partículas, me lamió de frente su frío violeta en los ojos y me puso a llorar lágrimas de lodo. Y cuando miré turbio sus cuerpos, no pude ya palpar el de Iris vuelto roca; entonces sentí que el Zurdo se volvió una lluvia de arena como todo, y a mi alrededor habían morros de más arena y cerros de piedras hasta los cielos que caían y ya no hubo puentes, ni carpa con bocas, ni cuerpos de vecinos ni de nadie, absolutamente nadie y ya sin nada, la otredad se vació encima hasta que el silencio se puso tan largo, como un montón de negaciones.

Culminación.





# Un tren se va sobre los durmientes

## Episodio primero

**E**n todos lados hay parejas que se declaran el amor en frases, en gestos y flores, y hasta en hijos. Hay parejas que se juntan y otras se amontonan; se aman-san y se estrujan; se llaman por sus nombres o sobrenombres hasta que se van silenciando y enmudecen. Todas se chupan las lenguas y los humores; se mueven y conmueven los temperamentos, se penetran, se incorporan. También existen amores dentro de una gran soledad que se recuperan y conservan, así como soledades acompañadas, atadas y prisioneras, que irremediablemente se vacían y se pierden. No digo sólo de sus cuerpos, sino que nombro a las sustancias del fondo que se adormilan entre disculpas de tiempos idos, donde se cree con necedad que casi todo estuvo siempre bien hecho y adecuadamente dicho. Yo, al lado de los solos, me encontraba.

Ella se dejó ver caminando ingrávida junto a las mesas y los tenedores señalándola en el comedor de la

estación. Allí frecuentaba mis almuerzos y comencé a tratarla. Confieso que nunca antes una mujer como ésta me encalambró tanto. Que su complacencia desafiante era tan intensa que quise gastar mis horas sólo con ella y ganarla para mí, solamente para mí. Pero a pesar de sus ausencias, convertidas muchas veces en indiferencias ya incontables, ella comenzó a ocupar su trono obsesivamente, aunque yo mantuviera en mi casa puertas bien abiertas y mi hamaca suspendida.

En mis dominios aún hago un cálculo inexacto del tiempo que estuve encascarado en esta pieza, lanzado sobre la cama, soñando con calmar la sed de su incendio con mi insistencia, plegando mi abrazo que aguardaba entredormido y distanciado, y tragándome la noche sumergida en una taza de café muy oscuro.

Todo el cielo denso quería caerse encima de los anturios color mercurio que se abrían con las heridas de cal en el muro del patio, donde colgaba mi hamaca y arrumaba pistones vencidos, un quitapiedras oxidado de locomotora, polines y rieles cubiertos de batatilla y otras chatarras.

Ella tomó mis ojos cesantes de guardavías con su mirada entreabierta y dijo con esa voz paciente que me dulcificaba: —¿Para dónde vamos tan alejados? ¿No se trata de tener a alguien que esté, que de veras esté?

—Pero... ¿Vas o vienes como una ola? —le dije.

—No sé.

—En las fotos que envías, nunca te sale el color de los ojos— y señalándole el puesto en la cama, agregué que ese colchón ya sabía moldear su cuerpo cuando no estaba y conservaba su figura asoleada y hasta dormida—. Ya no sé rogar— y le solté la columna que mis dedos conectaban.

Un mechero de queroseno era suficiente iluminación. Gozábamos ese colchón rayado que nos calcaba los sueños en las sábanas, y al amanecer podíamos extenderlos sobre el mapa arrugado de algodón. Allí escribimos capítulos de nosotros apoyándonos y a veces nos desdibujamos tanto, que las almohadas mudas fruncían sus mímicas blandas. En las huellas dejadas por sus piernas, se abrían las hojas de un libro cálido para leerla. Allí nos juntamos una y otra vez para tragarme la interlínea que encandilaba las páginas de sus costillas y sorber la "o" de su ombligo adormilado, para morderle con mis ojos hambrientos y acosadores, arrancándole la presencia, agarrándole el cuerpo entero con mi cuerpo entero entrometido. Allí me puse a sumar las distancias que había consumido, eludiendo derrumbes y depresiones; ya había perdido esas cuentas.

## Episodio segundo

Llegué a contar los silencios tendido entre los rieles y fueron muchos. Olvidé los múltiples de nosotros dos, cuando duplicábamos los encuentros bajo las torres remachadas, esas que cargaban la tensión de cables de acero, filados sobre el puente colgante de la carrilera, donde vibrábamos por la bulla y el deseo cuando pasaba el tren agitado, como nosotros.

—Escucha amor; ahora que creo estar tan seguro de todo, que me haces falta en todas partes, tengo la maldita sensación de que vuelves para despedirte. —Estuvo callada. El clima se hacía insoportable. La ventana abierta ni la hélice girando y ululando monótonamente sobre la cama, alcanzaban a refrescar mi insomnio. Legiones de termitas intentaban morder las tra-

viasas del ferrocarril, sucesivas y paralelas. La cordillera sosegaba.

Ella tenía una enorme capacidad de abrirse para que me metiera hasta donde quisiera, pero yo no sabía qué planeaba conmigo, qué tenía y qué temía. Guardaba sus dudas; no creo que las olvidara. Una tarde no supe qué hacer con una centena de caricias que le salieron como chapolas revoloteando desde su mirada color panela. Entonces preferí quedarme en cuclillas viendo el mundo tan revuelto, para pasar por niño o por fiera.

Apenas quise más, ella no estuvo para pedirle la ternura de rascarme el lomo con los roces de su cuerpo entero. Fue tanta la necesidad del lenguaje suyo sobre mis rutinas, que cuando sus sustancias no habitaban mis arterias, parecía que las noches fueran más negras y que las gotas de lluvia pesaran más en mis silencios.

Fue por eso, por tenerla sin tenerla, que jugué con otras. Fue así como comencé a buscar en otras lo que no podía tener de ella: buscar una mirada que me deseara, una boca que guardara un beso húmedo para mí. A lo mejor ellas jugaban a quererme un poco, pero hacía rato yo andaba en otro juego, en ese que nombré "escasez de ti". Detrás de ellas se podían abrir algunas puertas pero ella se imponía como un reflejo sobre esos otros cuerpos recelosos, convenientes, curiosos o represados, como el mío.

Cuando ella supo de otras, a la adorada se le desencajó el genio y se le revolcó una gran bestia en la tráquea para decirme, con aquellas palabras de silbato y sacando a relucir las uñas: —¡Cállate!—, entonces me hundió hasta el fondo una mirada temerosa y rápida. Luego tomó aire y se puso tierna en un segundo y

me tocó muy suavemente los párpados con la yema ensalivada del meñique, bajando su beso hasta la comisura de la boca que intenté lamer como una lágrima, pero La Mansa ya había quitado el dedo para ponerlo con un susurro mojado, en el pabellón de mi oreja: —Shhh. Allá viene...

### Episodio tercero

El tren se aproximaba con un tañido de campanas aún muy débil. Entonces alcancé a pegar una a una mis papilas como estampillas en su paladar. Me arrimé hasta endurecerme en la ocupación, y estando sumido en ella, comencé a tragarme los chorros de un llanto de cascada que nos bañaba. Cuando caí en aquel precipicio, ella agitaba las manos despidiéndose de sí misma, azotada por mi lluvia oblicua. Cuando dejé de hundirme en su cuerpo concreto y extenso, manoteé su retirada y perdí las reglas del juego. Así no pude volver a guerrear por largo rato, con los nudillos exprimiendo mi tolerancia para no aferrarme más de su imagen.

—No te duermas— le insistí moqueando. Muchas veces no había más que hablar y llegaba el cansancio pegotudo.

La tracción de la locomotora era baja y el sonido muy fuerte al frenar. —¿Oirás que viene el tren? ¿Si lo escuchas conmigo en el fondo de la pieza?— Viene evaporado respirando su maquinaria, bramando, ciclopeando con su aguja luminosa la carne del amanecer, con la figura de un muchacho de hollín que se apea desde el techo de un vagón cenizo, lanzando maletas y atados de prendas viejas, tirando equipajes de tiempos almidonados.

La frontera violeta de la madrugada cambió la infinitud del claroscuro por unos bordes cadmio luminosos en el perchero sin ropa, tan alto como ella. Y ya sin palabras, mis poros amplificaron sus gargantas calientes para llamarla. Cuando quise ponerme en orden, ya ella no estaba, ni su éco. El piso de tablas crujió estirándose, acomodando sus clavos viejos. El patio de los anturios y la chatarra le bostezaba óxido a la hamaca vacía y desteñida. El mosquitero le daba una veladura suave a la visión del cuarto, y a mi lado, sólo estaba la sábana en un rollo desordenado que se parecía a su cuerpo que soñaba. Cuando descargaron ruidosamente un gancho que acoplaba vagones, creí sentir que ella había vuelto. —¿Amor?— La hélice del ventilador levantó el toldillo y vi que una corriente escasa y pasajera sacudió la manga de mi camisa tirada en el taburete, haciendo un gesto de trapo, parecido a uno de sus impetuosos saludos deslizándose en ralenti, y de paso, su alma empapada voló por encima de mi desolación, alejando una caricia de sombra mansa. Es que siguió siendo mía, más mía que nunca, porque después de su sacudida, me entró una melancolía desconsolada que me puso los dedos fríos y el corazón amarillo crudo hirviendo, y se me encogió el iris lacerado con su nombre como una marca azul cobalto, lagrimeándola.

—¡Vámonos!— Parecía oírle aullando detrás del maquinista.

—No sé...

En la cama ya no había nadie más que yo, fugado, toteándome con las yemas, llamándote en clave morse sobre mi tetilla. Así que estiré su presencia incompleta en esa ausencia que había dejado destendida mientras partía y me rompía.

El calor sudado entró por el patio y llenó los espacios internos, borrándola. El ventilador con sus manecillas afiladas seguía cortando aquel tiempo espeso. El toldillo que danzaba perezoso y pendular, empañaba mi visión de los pocos objetos para ser vistos en mi escenario. Afuera, todo estaba detenido como si los giros del mundo se hubieran frenado. Junto a la vaguada estática y a la respiración de la maquinaria, los grillos me vigilaban expectantes; entonces conmovido, me desdoblé en medio de mi aparatosa soledad, sacudí esa sábana por la cintura, arranqué de golpe la coreografía del toldillo y aspiré mi aburrimiento. El rumor de mis latidos seguía pausado e insoportable. Abrí las fosas para implorar aire fresco, y la fachada montañosa e impermutable, con una hilera encadenada de vagones cenizos sobre la línea férrea, me observaban.

Uno debería aprender que hay tantas cosas que se van, para no olvidar que en la marcha, el amor se puede estancar cacareando hasta el sueño, sosteniendo ese bendito pacto de la tabla del dos, inacabada. Necesitaba fusionar el tiempo que se disolvía, ese ritmo que se consumía a sí mismo dentro de una burbuja de aire, prisionera debajo de mi superficie ya tostada. Yo no quería dejarla ir, ni que me olvidara, ni quedarme así un rato más del que ya había estado sin ella, porque lo peor de quien se queda es que continúa estando en esos lugares comunes que habitó quien se fue y reviviendo en las fotos, donde no se ven los colores de los ojos.

En el patio de los anturios, la hamaca desteñida seguía meciéndose sola por un viento trasnochado y recostado. Estuve tantas veces sentado, prolongándome, buscándola, asomando la mirada sobre las rodillas que encogía ante mí, por costumbre. Allí contemplaba su recuerdo adormecido, que, como un animal cansado, se devoraba su distancia, mientras que las noches se me-

cían detrás del rugido gastado del tren con sus cien ojos ciegos, midiendo las horas flojas de la duermevela sin ella.

—No te escurras. Ahora quiero aprender a no recordar del todo tu ausencia, ahora que estoy entendiendo de a poco, que posiblemente sientes por mí una rara especie de lejanía, aferrada a tu costumbre de no necesitarme casi para nada.

## **Episodio cuarto**

Al frente, una procesión de muchos marcos comenzó de nuevo a arrastrarse como un animal de sangre fría. Sobre los vidrios sucios de las ventanillas del primer vagón, apareció la foto enorme de cuando nos amábamos y nos mirábamos sonriendo. En el siguiente vagón, en otra ventanilla, estaba la figura fija de un abrazo. En uno más, un recuerdo de cartón y otras láminas más en otros vagones lentos. El tren seguía avanzando vertebrado y despacio, colgado de una nube plomiza que cayó y tapó todas esas imágenes nuestras, sostenidas. Miré el tren pasando. Luego seguían vagones vacíos, uno y otro, desocupados, y en alguno la vi levantando un poco la mano para hacerme un signo especial de despedida. —¿Escucharás mi grito que te amo?— Contuve el charco en las pestañas; por dentro, hacía tiempo estaba inundado.

La mujer entreabrió los ojos de libro nuevo y comencé a leer otro cuento que se posaba sobre ella, vertiendo la grandísima verdad del adiós sobre un montón de recuerdos estancados. Comenzó a alejarse en el tren desbocado igual que el tiempo. Entonces salí veloz para alcanzarla con mi mordida de fiera herida, pero

el tren ya se largaba y su olor se desprendía trazando la huella de las presencias que tuvimos el uno en el otro. Y vi que se metió de espaldas en la boca de su mundo, suspendiendo mi dicha que se fundía al oscuro, narrando con los dedos agitados el fin de nuestro encuentro, el fin de la contemplación, el congelamiento de todo, el punto final de nuestro cruce. Así fue que la línea de menor resistencia entre ella y las certezas, se comenzó a quebrar.

—¿Te vas? ¿Y ahora qué hago con la memoria que conserva el repaso de tu impresión, agarrada en otros días?

Salí detrás de ti, tan veloz como pude, mientras el tiempo de caldera humeante seguía rodando y jalando. Subí y me colé en un vagón. ¡Partíamos! Dentro del vagón había penumbra y un olor a granero abierto. Figuras brumosas y confusas se atiborraban en una galería de retratos de viajeros desconocidos, de esa clase de gente que apretuja en el filo de una ruidosa despedida; gente de cartón-piedra. El piso estaba sucio y había bancos de madera desvencijados a lo largo de un pasillo situado en el centro. La busqué y pasé a otros coches hasta descubrirla en el fondo vital de colores. Afuera, sólo había desolación. Espanté a mi paso unos cuantos objetos; quité escombros, arrastré periódicos amarillentos con noticias viejas y llegué a su luz. Estaba tan bella, reflejándose por la blusa y soltando sus gracias con la brisa. Me acerqué y fundimos las auras. Entonces las ruedas patinaron sobre los rieles chillando, y un viento de aleteo entró señalándome el camino de regreso.

Esa madrugada, ella hundió su recuerdo en el abismo de mi visión perdida diciéndole "hasta pronto", sin la boca alegre, sin tener ganas de que se fuera, sin de-

satar las manos de grava para agitar un adiós, cuando me provocaba detenerla. Ella aceptó mi ternura y yo su "hasta luego" y al voltear mi cara se habían abierto, luminosamente las puertas. En el coche donde viajábamos, pegados a las ventanas, sólo había siluetas mudas, quietas, que se asomaban sin sus dejos, sin sus formas, sin su olor: siluetas ciegas.

—Te amé tanto y tenía tantos planes para los dos— dije y escuché su voz agresiva de redoblante húmedo, reprochando: —Tú tienes lo que deseo, pero no sabes cómo dármelo. No empieces de nuevo.

—No empiezo. Terminó— le dije con voz precisa.

Y sucedió que una fuerza rara y enorme tiró de mis impulsos empujándome hacia afuera, y mientras el tren con hernia jalaba tantas ruedas pesadas, vociferé mi terror con tono de sirena. Pendiendo de ella, me anclé en sus dedos agitados, y colgado de los fragmentos de sus falanges, de nuevo pude tenerla conmigo. Pero toda esa maquinaria cogió mucho impulso mientras más se estiraba mi casa paralela a los rieles y más se agachaban los árboles y el terraplén rayaba una curva apretada que desembocaba en el pico de botella de un túnel de vino tinto, rojo, sangría. Pero antes de que ella desapareciera en el entresijo de la tierra, metida en el estruendoso y humeante aparato, yo me largué soltando su mano, cortando el adiós, y rastrillé mi rostro en el barranco de paredes rocosas, como si le diera un beso de iguana disecada. Con los omoplatos, reboté en el vagón corredizo y otra vez fui de bruces contra el terraplén para deslizar mi nuca por el balastro, a menos de una cuarta del eco veloz de las ruedas, respirando con sus pistones sopladores en mi pelo sacudido, resoplando junto a mi oreja, tirándome en la cara su velocidad fluida. Allí en la zanja, desgajado, me bebí la sombra que se alargó en fracciones desde mis pies, chorreándose. Eran pedazos de mí, de otras épocas, rega-

das, veladas. La tracción continuó resonando a lo largo de la carrilera su potencia de arrastre, sobre los rieles paralelos que se extendían dentro del paladar del túnel, hasta perderse sobre los durmientes.

Desde el piso percibí cierto rumor de cremallera que se filtró en la pupila oscura del túnel, y mi voz rota gritó repetidamente para que ella volviera. Entonces en los rieles siguió sonando mi fragilidad sobre las traviesas, y antes de quedar profundo, alcancé a sentir que toda la realidad de lo que fuimos y pudimos ser, se metía en su lado opaco, y sentí que la estantería que yo tenía con sus cosas debajo de la piel de mi pecho, se había vuelto añicos cuando la corriente pasó descascarando sus esencias en mí y yo ya estaba tirado, sintiendo que su destino convergía hacia la próxima estación.

En ese trance, el dolor no me eximía de sus gracias. Mi largo cuerpo de guardavías de otros tiempos, estaba extendido en el lecho de piedras junto a los durmientes impregnados de alquitrán y aceite quemado. Estaba blanco, claro y perfecto, apuntando un dejo inconsolable de mortaja, y mi rostro hinchado se fundía como brasa, hasta que al tope del amanecer me pude envolver de una llovizna de niebla densa, de mucha niebla, mientras el tren que corría envenenado ya iba tocando su punto de fuga, lejos.

—¿Aún escucharás que te amo? Es que ya me voy, antes de que el párpado de la madrugada espabile.

El ventilador con sus manecillas afiladas seguía cortando aquel tiempo espeso. Las termitas mordían su desayuno. El óxido crecía como musgo. Tal vez no escampe, ni afuera.

